

CON DORREGARAY

UNA CORRERÍA
POR EL MAESTRAZGO

ÍNDICE

Por vía de prólogo	385
CAPÍTULO I	387
CAPÍTULO II	391
CAPÍTULO III	396
CAPÍTULO IV	408
CAPÍTULO V	416
CAPÍTULO VI	422
CAPÍTULO VII	430
CAPÍTULO VIII	433
CAPÍTULO IX	439
CAPÍTULO X	443
CAPÍTULO XI	447
CAPÍTULO XII	451
CAPÍTULO XIII	461
CAPÍTULO XIV	466
CAPÍTULO XV	471
CAPÍTULO XVI	476
CAPÍTULO XVII	479
CAPÍTULO XVIII	486
CAPÍTULO XIX	489
CAPÍTULO XX	496

POR VÍA DE PRÓLOGO

Es bastante feo hablar de sí mismo; pero ¿qué remedio queda, puesto uno a contar cosas de las que, como el *Rimado de Palacio* cabe decir: *E puedo fablar en esto, ca en ello tove que fazer?*

El yo aborrecible de Pascal no es siempre odioso y antipático. Es indudable que hay cierto deleite en descubrir al hombre detrás del escritor, o como dice san Agustín en sus *Confesiones*: «Yo no soy yo cuando estudio a la humanidad, porque entonces necesito un hombre para mis estudios, y como el que tengo más a mano y más conozco soy yo, echo mano de mí mismo...».

Tras este preliminar, voy a mi asunto, que es una breve correría por el Maestrazgo, allá por los años de 1875, cuando la segunda guerra carlista.

Y pues suelen prestar algunos, avisos y atención para oír novelas fingidas y otras, de que no poco daño traen con sus avisos, profanías y deshonestidades a las verdaderas, tengan atención a la que leen, pues en ella, si buscan guerra o acaecimientos o mudanzas, que siempre suelen aplacer, no hallarán pocas.

CIEZA DE LEÓN (*La guerra de Quito*, capítulo XLIX).

I

MIS quince de edad coincidieron con la obtención del título de bachiller en Artes; en franquía, por consiguiente, para matricularme en una Facultad.

¿Cuál escogería? ¿La de Leyes o la de Medicina; la de Ciencias o la de Filosofía y Letras? No lo tenía resuelto, pues hasta septiembre, y estábamos en mayo, quedaba todo el verano para pensarlo.

La verdad es que así me importaba hacerme abogado que médico o ingeniero, pues maldita la inclinación que sentía por ninguna de estas carreras de levita; las únicas que me tiraban eran la de militar o de marino, y aun marino de guerra; pero mi señora madre, árbitra y tutora de mi persona, se oponía a ello, parte por egoísmo materno y parte por miedo a los peligros inherentes a la navegación o a la carrera de las armas. Confieso que, a darme por el gusto, yo no me hubiera hecho entonces militar ni marino; porque como para ser una de las dos cosas había que estudiar de firme y yo detestaba toda disciplina académica, lo natural fuera que se enfriaran mis entusiasmos y se me antojara luego ser obispo, en vez de general de mar o tierra.

Esto digo, porque andando el tiempo, cuando me resolví a elegir carrera, hícelo después de haber desflorado los prolegómenos de todas las Facultades de Universidad; y si al fin caí en abogado fue por ser algo, en vista de que iba camino de no ser nada.

Discurro ahora que a un chico como yo, lo que mejor le hubiera estado entonces, fuera empeñarle en un viaje de instrucción, según acostumbran los hijos de los ingleses ricos, que parten a las colonias a tantear las artes de la vida antes de escoger puesto en la sociedad.

A esta educación práctica, a este tanteo de vocación, no estamos acostumbrados por aquí. Los padres españoles acomodados no sosiegan hasta ver a sus hijos doctores o siquiera licenciados, cuanto antes mejor. ¿Qué es esto de pasar el tiempo tanteando este u otro menester y adiestrándose los hijos en la práctica de la vida? Ciertamente que pasa el tiempo, pero no se pierde; y a veces sucede que cuidando un asno se encuentra una corona, como le pasó a Saúl.

Siguiendo, pues, la corriente, quieras que no, se me obligó a ser estudiante. Entonces salí yo por peteneras. ¡Y qué peteneras! Con acompañamiento de tiros y cañonazos.

Pero vamos por partes.

Por los días de mi ufanía y satisfacción por el título de bachiller, y más que todo, por la independencia que me prometía a la salida del internado, mi señora madre determinó darme un mentor en la persona de un caballero de Valencia, a quien dio su blanca mano, ascendiéndole, por tanto, a padrastro mío; aborrecible nombre que no volveré a mencionar, ya que llamándose aquél don Andrés, así le llamaré en lo sucesivo.

Este don Andrés vino desde Valencia a recogerme y llevarme junto a mi madre.

Hicimos el viaje por mar, porque los carlistas tenían cortada en varios puntos la línea férrea de Barcelona a Valencia. Como era la primera vez que me embarcaba, subí con gusto la escalerilla del *Raimundo Lulio*. El vapor iba abarrotado de carga y pasajeros. Los pocos camarotes disponibles los ocupábamos unos pocos privilegiados, entre los que se contaban don

Andrés y yo, amén de dos o tres *paisanos* más; término militar que viene al caso, pues el resto de las literas estaban intervenidas por jefes y oficiales del Ejército, adscritos casi todos al Estado Mayor del general Martínez Campos, que también venía a bordo.

En aquel entonces el nombre de este general llenaba la boca con sólo pronunciarlo. Reciente estaba su *calaverada* de Sagunto, según la calificara Cánovas. Después de llevar al Rey a Madrid, el nuevo Monk había pasado a Cataluña, donde se hizo notar por sus atrevidos y felices hechos de armas en todo el camino de Barcelona a Gerona. Tenía anunciado a sus tropas que irían a tomar la Seo de Urgel, pero desde Madrid aplazaron esta expedición hasta que se realizaran las operaciones que se proyectaban en el Centro, llamando al general a conferenciar con el Gobierno. A esta causa obedecía el embarque de Martínez Campos en el *Raimundo Lulio*.

El tipo del «caudillo de Sagunto», como dieron en llamarle, no se despintaba una vez visto. La característica en él era la cara ancha, de pómulos salientes, frente cuadrada y bigote y perilla a lo tártaro; aditamentos marciales estos últimos que contrastaban con un peinado con raya en medio, *a la alfonsina*, como se decía entonces.

Era fumador empedernido. Prefería los puros de estanco baratos, porque los encontraba más fuertes y con ellos alimentaba su afición de culotar boquillas. El puro en la boca y la sonrisa en el semblante eran detalles típicos del simpático general. Tal le vi sobre cubierta y vistiendo levita militar, sin más distintivos que el fajín y la gorra cuartelera con los entorchados de su empleo.

Luego me tocó verle de más cerca, en la mesa redonda de a bordo, a la que nos sentamos los pocos pasajeros indemnes del mareo. Frente por frente del general nos tocó ponernos a don Andrés y a mí. Era Martínez Campos muy popular en Valencia por haber levantado el cantón de esta ciudad cuando el año 73; de suerte que allí tenía muchos amigos particulares, entre ellos don Andrés. Al sentarse a la mesa se saludaron afectuosamente y tuve el honor de ser presentado al gran hombre. Tal me pareció don Arsenio, en toda la extensión de la palabra.

De puro amable hubo de preguntarme:

—¿Qué va a ser el pollo?

—Militar, mi general —contesté con valentía.

—Sí, médico militar —corrigió don Andrés, conciliando su opinión y la mía, pues él pretendía hacerme galeno.

—Muy bien, pollo; ánimo y adelante —repuso Martínez Campos, dándome una palmadita en el hombro.

Esto colmó mi entusiasmo. Sentí como si el general me hubiese dado la pescozada de caballero de la Tabla Redonda.

Poco duró mi ensueño. Un bandazo del buque me alteró la bilis, y a toda prisa, lívido y avergonzado, escapé del comedor a cambiar la peseta.

Llegamos por fin al Grao. El general con sus ayudantes desembarcó en la falúa de carabineros, y los prosaicos boteros se repartieron el resto del pasaje.

II

JARDÍN de España llaman a Valencia, y no hay que decir cómo se verá en el mes de las flores, que es cuando yo pisé la ciudad.

Disfrutando de las vacaciones y de la patente de corso que se me concedía, paseaba suelto y a todas horas del día las calles y jardines. Joven de quince años, recién salido del cascarón; ¿cómo decir que todo era nuevo para mí, los amigos, las mujeres, las diversiones? A haberme preguntado, qué me gustaba más de todo, hubiera contestado lo que el doncel de la parábola damascena que cuenta Gracián —y que viene a cuento por la semejanza de educación de aquel mancebo y mía.

«... El rey, su padre, le mandó criar en un aposento oscuro, donde estuvo hasta que cumplió los doce años, y después le mandó sacar de él y ver mundo. Como el muchacho hasta entonces no había visto cosa, y se hallaba tan nuevo en todas, íbanle mostrando muchas de las que Dios ha criado, y declarándole lo que era cada una, y sus nombres; aves, peces, flores, frutas, hombres y animales. Entre las otras cosas le mostraron algunas mujeres; y preguntando él cómo se llamaban, un soldado de la guardia del rey su padre, burlándose le dijo que se llamaban demonios, y que eran los que enredaban a los hombres, sus mayores enemigos. Después que hubo visto tanta muchedumbre de cosas, y holgándose y aprendido los nombres de ellas, le preguntó su padre cuál de todas las cosas que había visto le había dado mayor gusto y deleite. El príncipe respondió que lo que más le había agradado eran aquellos demonios (Discurso 57, *Agudeza y Arte de Ingenio*).

¡Dichosa inocencia y dichosos quince años! Aquel alardear, aquellas primeras batallas de la vida, aquel mirar atrevido, pero

ingenuo, y aquellos movimientos ágiles y desembarazados, son ensayos del cachorro que quiere ser león, y brinca, salta y araña el suelo probando las fuerzas de las garras y de la voz. Entonces es cuando apunta el bozo, momento en que, como dice Homero, la juventud tiene más gracia. Entonces se empieza a mirar el mundo por un agujerito, a través del cual, como por el ocular de un caleidoscopio, se ve uno dibujado por el hada de las ilusiones, en gran señor, en glorioso militar, en estadista ilustre, conforme la ambición y las aficiones...

Fue mi primera novia una vecinita que veía de balcón a balcón.

¿Cómo no sentirme alentado por aquellas miradas de soslayo, por aquellas sonrisas que me enviaba, y el gracioso lenguaje de su abanico? El hilo de su voz suave y bien timbrada me embriagaba como al bisoño el licor con pólvora que le dan en vísperas de una batalla.

No está mal la comparación; porque a mi valencianita le gustaban precisamente los militares —hasta el punto de decirme siempre que yo debía procurar serlo—. Con lo que removió mi antigua afición a la milicia, exacerbada con la pescozada de Martínez Campos.

Sí, no había duda; entonces, como en todo tiempo de guerra, la mejor carrera para todo joven que no sea un gallina, era la de las armas. Fomentaba mi entusiasmo el ambiente belicoso que se respiraba.

Vencido el cantonalismo, seguían pujantes la guerra carlista y la de Cuba. Cinco años de continuo pelear habían trocado lo anormal en ordinario; y hasta tal punto se había acostumbrado la gente al estado de guerra, que bien puede asegurarse que, a excepción de los soldados rasos, carne de cañón, y de los pequeños contribuyentes, comidilla del fisco, los demás veían desarrollarse la guerra civil como un cuadro escénico, abundante en episodios y peripecias. Sangre de hermanos enrojecía el suelo patrio, pero a todos se les veía contentos. La escasez de brazos hacía más remunerado el trabajo del obrero y del jayán; las cosechas se vendían como nunca, y la falta de vigilancia en las fronteras abastecía los comercios, con notable rebaja para los compradores. Esto sin contar con los acaparadores, proveedo-

res, contratistas, banqueros y demás gente, por quien se dijo que a río revuelto, ganancia de pescadores.

En suma, que aunque parezca extraño a economistas y pacifistas, la gente estaba bien avenida con la guerra, y aunque sea repetirme, muchos la miraban, bien así como una corrida de toros, cuanto más sangrienta mejor. No por esto, se daba fe entera a los partes de la guerra. De ser exactas las bajas que traían la *Gaceta* o *El Cuartel Real*, cada uno de estos diarios arrimando el ascua a su sardina, la juventud española no daba abasto a tanto muerto, herido y contuso que los partes sumaban todos los meses.

Lo que sí se aprendía era mucha geografía patria, con tanto reseñar itinerarios, marchas y contramarchas de columnas liberales o carlistas.

Los periódicos, hasta los más pacíficos, estaban convertidos en boletines de guerra. Los militares privaban en teatros, círculos y salones. Fue el tiempo de los rápidos ascensos. Niños recién salidos de las academias, al año de entrar en campaña, como tuvieran influencia o la suerte de que les tocara una bala y rebotara en el Ministerio de la Guerra, se hacían capitanes. Luego, con el extraño sistema de la dualidad de grado y empleo, llegaban a coroneles y brigadieres antes de los treinta años de edad. Los hubo quien, como Pando, llegaron a general antes de rebasar el empleo de capitán en la escala de su arma.

Por este estilo abundaban los muchachos alféreces con grado de capitán, luciendo en las mangas la estrella del alferazgo entre los tres galones superpuestos en ángulo hacia abajo, divisa entonces de la capitanía.

Como siempre, el arma de infantería era la más castigada y su escalafón el más corrido por vacantes de sangre. Ni los oficiales de «cuchara» o «patateros», como se llamaba a los procedentes de tropa, ni los cadetes de Toledo daban abasto a los regimientos. Un decreto de Guerra otorgaba el título de alférez de milicias provinciales a cuantos jóvenes, que siendo bachilleres, se sujetaran a un examen militar, tan ligero, que el *Manual para cabos y sargentos* era muy suficiente. Después, por acción de guerra o por pase a Cuba, se pasaba a oficial del Ejército.

Leí la convocatoria, me entusiasmé y como lo principal ya lo tenía, que era el bachillerato, dime a estudiar a hurtadillas el programa. A mi madre le saqué dinero con engaños, con que pagué los derechos de examen y comparecí ante el tribunal militar. Hiciéronme cuatro preguntas sobre aritmética, historia, geografía y táctica, y contesté buenamente. Salí aprobado. Supe por un ordenanza que lo que más me había favorecido era mi temprano desarrollo y buena estatura, cosas ambas no despreciables en un cadetillo.

Al siguiente día leí en *El Mercantil Valenciano* la lista de los agraciados. ¡Cómo me regodeé mostrándosela a mi vecina! ¡Ya era militar; ya me vería ella hecho un pequeño Marte! Faltaba, sin embargo, que aprobaran la propuesta en Madrid y saliese en la *Gaceta* mi nombramiento; circunstancia que pensaba aprovechar para enterar de todo a los de casa, ya que, a la cuenta, parecía no se daban por enterados. La cosa no tendría remedio y no se podrían oponer.

Pero pasaban días y el despacho no llegaba. Harto de esperar, pasé por la Capitanía y allí me desengañaron.

—Se ha dado carpetazo a su promoción —díjome el oficial del negociado.

—¿Cómo así, señor mío?

—Pues muy sencillo. Al revés de otros que han interpuesto recomendaciones para afianzarse, las de usted se han ejercitado para eliminarle, hasta el punto que ni siquiera su propuesta se llevó a Madrid. Como si no se hubiera usted examinado. ¡Menudas influencias se trae usted, amigo: como que ha intervenido personalmente el capitán general del distrito!

Comprendí de dónde había partido el tiro. Volé furioso de la oficina militar, pero resuelto a salir con la mía. Ya que no me dejaban ser oficial alfonsino, sería oficial carlista.

Recordaba haber leído en los periódicos que Dorregaray había establecido recientemente un colegio de cadetes en Mosqueruela. Consulté el *Itinerario de Rozas* y vi que este pueblo, perteneciente a la provincia de Teruel, quedaba a 67 kilómetros de Segorbe. Como el ferrocarril llegaba de Valencia a Murviedro, la cuestión era trasladarse de Segorbe a Mosqueruela.

Con esto tracé mi plan de viaje al colegio militar de esta localidad. No traté de averiguar las condiciones que se exigían para ser cadete carlista: daba por sentado que a un joven de mi clase y de mis condiciones le recibirían en palmas. En último caso, manifestaría mi aprobado para alférez del Ejército, y esperaba sería creído por mi palabra.

Siendo el viaje tan corto, podía hacerse con bien poco dinero. Juzgué suficiente las cincuenta pesetas que un platero me dio por un relojito de oro. Y sin decir nada a nadie, despidiéndome a la francesa de mi vecinita, por miedo a que me delatara, callado y silencioso como un zorro, salí de casa una mañanita de últimos de mayo y tomé el tren a Murviedro.

III

MURVIEDRO está edificada sobre las ruinas de la antigua Sagunto; de ahí que a esta ciudad se le conozca por uno y otro nombre.

De los monumentos romanos, no quedan más que los cimientos. Aquí de la pasquinada tan sabida: *quod non fecerunt barbari, fecerunt Barbarini*, porque como lo explica un terceto de Bartolomé L. de Argensola:

*Con mármoles de nobles inscripciones,
teatro un tiempo y aras, en Sagunto,
fabrican hoy tabernas y mesones.*

Al pasar por la calle Mayor, me llamó una mujer desde la puerta de su casa. Yendo como iba escapado, me alarmé; pero quien me llamaba era una cocinera nuestra de Valencia, que se despidió para casarse con un cabo de carabineros de Murviedro. Poco trabajo me costó hacerla creer que mi viaje a la ciudad era para visitar las ruinas romanas. Por pura fórmula la pregunté por su marido, que yo conocía, y me dijo que estaba prestando servicio en el Grao, que fuera a verle, que él se alegraría mucho con mi visita, y al mediodía volviéramos juntos, que ella nos esperaba con una buena paella. Sabiendo qué tal cocinera era ella, acepté la proposición y me avine a hacer una caminata al Grao para ganarme el convite. Eran las ocho nada más, y hasta la noche quedaban muchas horas por delante.

El Grao en todos los puertos de Valencia, es la playa. El de Murviedro está obra de unos cinco kilómetros de la ciudad y a él se llega enseguida cruzando un sendero entre pitas y olivares. Al frente se divisa el mar Mediterráneo, manso y apaci-

ble, que en las mañanas de sol parece una inmensa balsa de azogue.

Volvían al puerto las barcas pescadoras que habían pasado la noche tendiendo las redes. Se las veía entrar de una en una, doblar la punta de la escollera y pasar a lo largo del muelle como bestias cansadas a la acostumbrada hora del descanso.

En los productivos meses de verano, la vuelta de las barcas pesqueras constituye la fiesta diaria y, sin embargo, siempre nueva, de los pequeños puertos del litoral.

Así como en los pueblos del interior se va a la estación a la llegada de los trenes, en las costeras, la gente acude a la playa para ver llegar las barcas.

Es un espectáculo que no cansa nunca, y a fe que lo merece, porque pocas escenas habrá tan animadas y pintorescas. Diríase una caravana inmensa evolucionando en la plateada llanura del mar. Las velas latinas, blancas y triangulares como alas de gaviota, parecen andar solas a ras del agua, y cuando se acercan las barcas, las caras curtidas de los marineros se representan hermosas y nobles. Parecen argonautas venidos de una navegación fabulosa.

Y cuando amainadas las velas, las tripulaciones vuelcan en el muelle sardinas a millares; las mujeres que las van acomodando en cestas y aportaderas, se antojan hadas manoseando copioso botín de nácares, carbunclos y joyeles.

Aquella mañana la playa de Murviedro estaba muy concurrida; unos por diversión y otros por interés. Entre los segundos, pescadores, acaparadores y compradores sueltos que, con achaque de las sardinas, van a la búsqueda de tal cual congrio o anguila que copó la red; entre los primeros la gente desocupada que circula por allí como en un mercado.

A la pareja de carabineros pregunté por el marido de Teresa —la cocinera— y la contestación fue que estaba de servicio en el resguardo. A este punto me dirigía ya, cuando noté algo insólito entre la concurrencia y pasé a ver lo que era.

Habían atracado unas seis barcas; a estas siguieron otras seis y cuando llegó la décima tertia, propagose extraño rumor entre los curiosos. Algunos grupos se deshicieron y dieron cara al mar.

Una barca había abatido el lino, *La Revoltosa*, y a bordo ocurría alguna novedad. ¿Cuál? No se sabía, pero se presentía; algo grave, muy grave. Uno de los marineros iba tuerto, otro tuerto y manco a la vez; el patrón llevaba la frente vendada con un pañuelo y el grumete el brazo en cabestrillo. En suma, un hospital flotante. La gente que tal les vio, se arremolinaba para enterarse.

A todo esto *La Revoltosa* atracó. El patrón, de un salto, se puso en tierra. Traía el rostro desencajado, la ropa en desorden y el pañuelo, humedecido con agua del mar, le tapaba la mitad de la cara.

—¿Qué ha pasado, Carreño? —le preguntó solícito uno de los carabineros que salió a su encuentro—. ¿Habéis reñido a bordo?

—Ya se contará, pero no aquí —contestó malhumorado el lobo de mar—. No puedo decir más. Es un pleito que se ha de ventilar en tierra. Así lo quieren ellos —añadió enseñando los puños a los de la barca—. ¿Quieren que la autoridad lo resuelva? Pues vamos allá.

Y volviendo la espalda a la pareja, gritó a los dos marineros heridos que acababan de saltar de a bordo, dejando al grumete en la barca:

—Andando, pero deprisa.

Sin embargo, por mucha prisa que quisieran darse, los tres lixiados creyeron conveniente pulirse un tantico, porque a la verdad, estaban hechos una lástima. Sus caras eran un mosaico de rasguños y chichones; lo que se veía de piernas y brazos estaba cubierto de llagas que la áspera ablución del agua salada encornara más; las camisas hechas jirones. Los tres marineros se arriaron a una fuente, laváronse lo que pudieron y poniéndose las chaquetas, única prenda de su indumentaria que no padeció detrimento, echaron adelante.

El gentío no les dejaba andar, abrumándoles a preguntas. Ninguno de los tres abrió la boca, hasta que una joven, presunta novia del que iba tuerto y manco a la vez, abriéndose paso dijo al herido:

—¡Qué guapo estás, Miguel! Talmente pareces un novillo ensangrentado después de una capea.

Entonces, el llamado Miguel, agradecido al cumplido, hubo de contestar:

—Y lo que te rondaré, morena. Antes jugaron los brazos, ahora jugarán las lenguas, porque yo no me acobardo y sabré defender mis derechos.

—Puedes hablar de brazos —repuso la joven—. ¡Buenos los traes! ¡Qué vergüenza! Reñir por algo que no valdría la pena.

—¿Que no vale la pena, dices? Si tú supieras...

—¿Qué, Miguel?

—Se trata de una barrica de oro —contestó el marinero, bajando la voz, en tono misterioso.

El mar tiene sus espejismos y en su litoral se acogen los mitos marinos con la ardiente fe de otras edades. La noticia de la barrica de oro fue engrosando como bola de nieve entre la gente y cada uno la veía a su manera. Ni faltó quien diera las dimensiones exactas de aquella y evaluara la fortuna que contenía.

Este fue un contraamaestre retirado quien, por inducción, supuso además cómo la encontraron. Uno de los marineros de *La Revoltosa* tirando del copo notaría cierta resistencia, como de un cuerpo pesado flotando a flor de agua; otro compañero correría a ayudarle y entre los dos acercaron la barrica. Pesaba mucho y costó un triunfo izarla a bordo.

—Pesaba quintales —añadió el orador—. ¡Qué sorpresa la de los pescadores cuando la desfondaron! Creían ver derramarse un caldo cualquiera, aguardiente, ron o coñac, jerez por lo menos, y lo que vieron fue un chorro interminable de oro acuñado, redondo, luciente y sonante; un río de *peluconas*, de onzas de oro. Del tiempo de Carlos III —recalcaba—; de suerte que al premio actual vienen a valer el doble.

El montón de gansos amontonados frente al cuartelillo de carabineros, donde ya eran llegados los de *La Revoltosa*, oían extáticos al improvisado orador, que hablaba como si fuera uno de los de la barca.

—Sí, señores —siguió diciendo el contraamaestre—. ¿Qué tiene de particular la aventura? Fue cuestión de suerte, de tropezar con ella, porque tesoros así se encuentran muchos en el mar. Os lo puedo probar matemáticamente. ¿No se iba antes a las

Américas por barricas de oro, como se va ahora a Noruega por bacalao? ¿No habéis oído hablar de los galeones que venían cargados de oro y plata y perlas de las Indias? Precisamente por el peso que traían se perdieron muchos; porque estos barcos estaban mal contruidos, tenían mal velamen, gobernaban peor y cuando les sorprendía una tempestad se iban a pique. Otras veces varaban en la costa huyendo de la persecución de los piratas. ¿No tenéis noticia del puerto de Vigo? En sus arenas hay enterrado el tesoro de una flota; yacen allí riquezas inmensas a trescientas brazas en el fondo del mar; un cementerio de millones de oro y plata en barras o acuñados, que harían la felicidad de todos los pescadores del mundo. Pues como en Vigo hay también galeones perdidos en aguas de Cádiz. Supongamos que uno de estos galeones, a causa de una perturbación submarina acaba de dislocarse. ¡Crac! Uno de los cajones, por ley natural, sube o boga a la deriva y arrastrado por la primera corriente que encuentra... Ayuda a mi hipótesis la circunstancia de que las corrientes de esta costa suben a engolfarse hacia las Baleares, que están al frente. Ahí lo tenéis explicado todo.

La demostración del contraamaestre pareció tan palmaria, que ninguno de los oyentes puso en duda que efectivamente la barrica no viniera con rumbo directo de Cádiz. Acerca de la batalla suscitada a bordo, no se necesitaba gran penetración para adivinar los motivos. Evidentemente disputa por el reparto. El mismo contraamaestre, que conocía muy bien al patrón, lo explicaba satisfactoriamente.

—Sé quién es Carreño y cómo las gasta. A pretexto que es el patrón de la barca, habrá querido adjudicarse el tesoro.

Dejé al contraamaestre en el uso de la palabra y entré en el cuartelillo en demanda del cabo Mínguez, el marido de Teresa, a quien tocaba estar de guardia aquella mañana. El veterano me recibió alborozado, lamentando que aún faltaran tres horas para la paella. Por mí había desatendido a los tripulantes de *La Revoltosa*, que estaban esperando en una pieza de al lado, triste, pero espaciosa; de paredes grasientas, sin más adornos que algunos edictos oficiales y un entarimado húmedo de las huellas de los chanclos marineros apestando a sardina, brea y otros efluvios marítimos.

El cabo Mínguez me rogó le esperara en el contiguo cuerpo de guardia, y hasta tanto despachaba a los recién llegados, me distraje escuchando lo que hablaban.

—¿Se puede ver al teniente? —oí le decía el patrón.

—¿El teniente? —repuso el cabo Mínguez—. Cualquiera se mete con él a estas horas. Aún es temprano para despertarle.

—Pero si le llama usted, vendrá. Hágale ver que se trata de un asunto urgente, importantísimo, y si no, vea usted cómo nos encuentra a los tres.

—Pues esto precisamente hará que no venga; porque tratándose de riñas entre marineros, lo remite a un juicio de faltas. No va a dejar ahora la cama para hacer de amigable componedor.

—No importa. Dígale que Carreño, el patrón de *La Revoltosa*, necesita hablarle para un asunto de importancia.

—Todos dicen lo mismo, y luego nada entre dos platos. Crea usted, Carreño, que no conseguirá nada. El teniente no querrá molestarse.

—Pues lárguele usted la escandalosa. Dígale que se trata de una barrica de oro.

—¡Cara...pe! —exclamó el cabo Mínguez—. ¡No haberlo dicho antes! ¡Voy, voy enseguida! Verá usted qué pronto viene.

Salió Mínguez; pero al pasar por donde yo estaba, me dijo con aire convencido:

—Me ha traído usted la buena; lo menos me gano ahora una mesada de propina.

Desde un ventanillo me puse a mirar a los mal heridos. Estaban sentados en un banco corrido empotrado en la sala; el patrón a un extremo, y al otro, mano a mano, los dos marineros.

Las rabetas de los marinos se han comparado con los huracanes del mar; son ciclones pasajeros. Los de *La Revoltosa*, olvidando la reyerta y los golpes dados y tomados, rumiaban a qué diablos habían venido allí, a encallar en aquel recinto sombrío, cuando les hubiera sido mejor haber hecho las paces ante un buen pichel de vino, en cualquiera cantina del muelle. La manera de recibirles el cabo y el interés mediante el que los servía les tenía disgustados. Empezaban a comprender lo ridículo de su situación.

Añádase a esto que el local les imponía tanto como el pretorio de un juzgado y que no estaban seguros que su litigio valie-

se la pena de llevarse ante la autoridad. El teniente era capaz de estimar el asunto insignificante, para sacrificar el sueño de la mañana... ¿Y si le daba por ir contra ellos? La soga se rompe siempre por lo más delgado; ellos eran simples marineros y su contrincante, patrón... ¡Ah, si pudieran zafarse del compromiso! Pero ya estaban en el ajo.

A este punto de las cavilaciones de ambos, se presentó Mínguez a decir que el teniente ya venía; siendo de ver la afabilidad, la cortesía extremada con que les daba la noticia. Tan breve ausencia había cambiado por completo el curso de las ideas del marido de Teresa; creo que allá en su interior veía transfigurados a los tres marineros, y convertidas en gloriosas heridas las cicatrices y los grotescos chichones de aquellas caras villanescas.

—¿Pero es posible —les decía, hablándoles en plural—, es posible que no declararais a boca de jarro cuando os presentasteis aquí y así se hubiera ganado tiempo?... ¡Vaya una suerte la vuestra! Pescar oro en vez de sardinas. En una hora habéis ganado más que un armador en un año. ¿Tan grande es la barrica que no la habéis podido traer con vosotros?... Pero, punto en boca, aquí está el teniente.

El cabo Mínguez hizo el saludo militar, los tres pescadores se incorporaron y atravesó la estancia un teniente de carabineros, acompañado de un sargento secretario.

—Vamos allá, amigos míos —les dijo sonriente el oficial, empujando la puerta de su despacho.

¡Amigos míos! Estas palabras eran para animar a cualquiera.

Los tres pobres diablos, gorro en mano, entraron de uno en uno hasta llegar a la barandilla del estrado. El patrón, que iba el primero, se detuvo ante aquella barrera sagrada, y con religioso respeto se dispuso a quitarse los chanclos. Los dos marineros quisieron hacer lo mismo; pero el oficial lo estorbó, diciéndoles:

—Adelante, suban ustedes.

Llegó su condescendencia hasta rogarles que se sentaran en el estrado, en sillones nunca hollados por posaderas marinescas. Los tres de *La Revoltosa* hicieronlo cohibidos, en actitud tímida e inestable, completamente desorientados.

El sargento se puso junto al teniente, el cabo Mínguez de guardia a la puerta y yo a hurtadillas viéndolo todo. Hubo unos segundos de silencio solemne. Al fin habló el oficial.

—Vamos a ver, procedamos con orden. Algo sé del asunto, pero a bulto; lo que me ha dicho el cabo y lo que he oído a la gente pasando por la calle. Necesito oídos para poner por escrito vuestra declaración. Sin embargo, antes de interrogaros es deber mío ponerlos al corriente de las instrucciones del Código relativas a los hallazgos marítimos.

—Muy bien, señor teniente —exclamó el patrón haciendo señales de aquiescencia—. ¡Ahí le duele! Lea usted la ley a estos imbéciles que no la saben.

Este alarde de superioridad sobre sus marineros demostraba la convicción que tenía de mejor derecho sobre ellos. El teniente se sonrió y continuó en tono benévolo:

—Escuchen, pues, lo que dicen los Reglamentos de Puerto que regulan esta materia. Los marineros cruzaron los brazos en inmovilidad hierática y quedaron como dos estatuas de piedra. El oficial leyó en voz alta recalcando las palabras:

«Los objetos caídos en el mar a consecuencia de naufragio u otra avería y encontrados después, serán vendidos por el Estado. Una tercera parte del producto de la venta —¿lo entendéis bien? Una tercera parte— será propiedad de quien hiciere el hallazgo y los dos tercios restantes pasarán a la Hacienda Pública, a menos que no reclamen los primitivos dueños en el término de un año...».

»Creo que en lo tocante a vuestro hallazgo no tendréis quien reclame ni en un año ni en diez.

Los tres marineros, interpretando esta observación como una broma, se sonrieron, y exclamaron casi a un tiempo:

—¡Oh, no; no hay cuidado!

El oficial prosiguió en tono conciliador.

—Ahora vamos a determinar la posición de cada uno. Si no me equivoco, los tres sois los descubridores del hallazgo; os toca, por con siguiente, una tercera parte a repartir entre los tres; es decir, cada uno de vosotros tiene derecho a la novena parte de la tasación del botín.

—¡Ah! —exclamaron con voz triunfal los dos marineros, queriéndose comer con la vista al patrón. Este a su vez palideció, y

en brusco sobresalto que hizo crujir la silla y desató sobre su cuello el pañuelo ensangrentado que ceñía las sienes, gritó:

—Dispense el señor teniente... Se olvida de la parte que corresponde al buque.

—¿La parte del buque?

—Claro está, señor teniente. El buque tiene derecho a una parte. Esto lo sabe usted tan bien como yo.

El oficial respondió con la suavidad de antes:

—Amigo Carreño, lo que dice usted es cierto en pactos y contratos de pesca. La embarcación con su aparejo y sus artes de pescar es un instrumento de trabajo, un útil esencial; representa en la asociación el capital, y es justo que perciba su remuneración. Pero el asunto que ventilamos es otro. *La Revoltosa* no se armó exclusivamente para la pesca de presas marítimas, que yo sepa. ¿Tropezó con una por casualidad? Pues pertenece a quien o quienes se la encontraron, salvo las restricciones consabidas. Ni más, ni menos.

—Muy bien dicho —contestaron los litigantes contrarios a Carreño.

Este les echó una mirada furibunda; luego, volviéndoles las espaldas y poniendo el codo en un brazo del sillón, balbuceó con desaliento:

—De manera, señor teniente, que es como si dijéramos que la ley no es ley... No, no, señor —añadió animándose—. Primero me dejaré romper la cabeza como una sandía antes que tragarme esto.

—Lo cual quiere decir —agregó el teniente— que por este motivo habéis esgrimido los puños a bordo y os habéis roto las caras... Siempre seréis los mismos.

—Sí, y estoy dispuesto a volver a la contienda. ¿Es posible que no haya justicia para las barcas como para los hombres?

—Basta ya —dijo el teniente empezando a impacientarse.

Y como viese que Carreño, exasperado, se disponía a salir, le conminó severamente a volver a sentarse.

—Pasemos a la declaración —sentenció.

No obstante, viendo que por el momento no podría sacar nada del patrón, obstinado como un salvaje en una idea fija, se dirigió a uno de los marineros, a Miguel, a aquel a quien

el rumor público atribuía la invención del maravilloso hallazgo.

—Ea, amigo mío, dime lo que sabes.

El marinero, rojo como un ladrillo cocido, empujó con el codo a su compañero, y murmuró con voz pastosa:

—*Che, parla tú.*

Pero el otro tenía la boca medio obstruida a causa de la avería de la mandíbula inferior, y rehusó hablar.

—Hable cualquiera de los dos —reiteró el teniente—. Cuando queráis... no tengo prisa.

La verdad es que el buen señor se la prometía buena, por aquello que: *Inter duos litigantes tertius gaudet*. El primer marinero no tuvo más remedio que tomar la palabra. No sabía cómo explicarse, porque el asunto era asaz complicado, pero al fin soltó la lengua.

—Oiga el señor teniente: *La Revoltosa* volvía al puerto después de la pesca de la noche. Yo manejaba el timón, y a mi lado este, que se llama Justo, y el patrón Carreño. El grumete Julián estaba haciendo café en la hornilla de proa. Hablábamos por hablar, para matar el tiempo, porque hacía poca brisa. Entre tantas cosas de que se trataron, el patrón me hizo bromas a propósito de mi novia, preguntándome cuándo sería la boda. Yo le contesté:

—Cuando haya encontrado la barrica de oro de los romanos.

—¡Rara coincidencia! —exclamó el teniente.

—Son cuentos de viejas; ya lo sabe usted —continuó el declarante—. La gente de Murviedro cree que a consecuencia de un naufragio que aconteció cuando el sitio de Sagunto...

—Bien está; vamos al caso —interrumpió el oficial.

—Pues sí, señor teniente. No bien acabé de decir aquellas palabras, que el patrón, como si le hubiese picado un áspid, brincó a mi lado vociferando:

—Es que toda la barrica no será tuya; habrá que repartirla.

—Es verdad —contestó Justo, mi compañero—; nos tocará a mí, a ti, al patrón y al grumete.

La opinión de mi compañero parecía tan razonable, que el patrón nada tuvo que objetar de momento; pero después fue otra cosa. Sin duda echó sus cuentas y quiso reservarse la parte del

león; reclamó las dos terceras partes: la suya y la de la barca. ¿Le parece esto bien al señor teniente?

—¡Nunca, jamás! —dijo mi compañero Justo—; primero me matan que disminuyo la parte que me toca.

—Digo lo mismo —repuse yo—. Antes desfondo la barrica en el mar, y que se pierda todo.

De ahí la disputa.

—¡Iremos a la Capitanía! —gritaba el patrón.

—Como usted quiera —contestábamos nosotros.

—Tengo la ley en favor mío...

—¡No!

—¡Sí!

—¡Sois unos asnos!

—¡Y usted un tramposo!

Y tras estos piropos anduvimos a linternazos. *¡Pim, pam, pum!* Gracias que el viento estaba encalmado, que si no, la barca zozobra.

—¿De suerte —preguntó el oficial— que os zurrasteis la badana antes de encontrar la barrica?

—Claro que fue antes...

—Pues buenos os pusisteis, porque da lástima veros.

El cabo Mínguez en la puerta, y el sargento en el estrado, ahogaban la risa por respeto jerárquico.

—Acabemos —dijo el oficial—. ¿Cómo y cuándo la encontrasteis?

—¿Encontrado? —repitió maquinalmente el joven pescador entornando los ojos estúpidamente, al mismo tiempo que el patrón, que pareció sordo al relato del declarante, fruncía ahora las cejas y exclamaba a su vez:

—¿Encontrado qué, señor teniente?

—¡Qué ha de ser! La barrica. ¡O es que pensáis tenerme aquí hasta la noche!

Los dos marineros se miraron, y el patrón repitió:

—¿Qué barrica, señor teniente?

—¡Cuál ha de ser! ¡La barrica de oro! Hablad de una vez.

—No, señor teniente; no hay tal barrica de oro.

—¿Cómo se entiende? ¿Es decir, que en final de cuentas no hay nada?

—Ya comprenderá usted que si la hubiéramos hallado no vendríamos a depositarla aquí —repuso con cierta sorna el patrón.

—¡Bribones! —exclamó el oficial saltando de su asiento, lívido y con los ojos inyectados en sangre—. ¿De modo que os habéis divertido a costa mía, habéis alborotado el Grao, me habéis sacado de la cama, habéis...?

La cólera no le dejaba hablar; las palabras se estrangulaban en la garganta. Los tres marineros temblaban como hojas en el árbol, y hubieran preferido encontrarse a veinte leguas virando a la redonda en el mar, aunque fuera en mar tempestuoso, azotado por la tramontana.

—Señor teniente —balbució el marinero declarante—, nosotros no hubiéramos venido aquí, pero el patrón se empeñó. Él tiene la culpa de todo; quería a todo trance la parte de la barca.

—¡La parte de la barca! —rugió el teniente—. Yo me encargo de daros la vuestra. ¡Al calabozo! Cabo Mínguez, llévese usted estos imbéciles al calabozo. ¡Dé usted parte de ellos!

—¿Qué motivo alegaré, mi teniente?

—Diga usted que por pasarse de brutos.

Véase cómo los de *La Revoltosa*, tras haberse desangrado por un tesoro imaginario expiaron de sobretasa en un calabozo el crimen de querer saber lo que sucedería si se lo hubieran encontrado. ¡Tantos castillos de naipes se fabrican por el estilo! ¡Que se derrama sangre por defenderlos, y al fin vienen abajo con ridículo estrépito!

IV

CUMPLIDO que hubo el cabo Mínguez con la comisión que se le confiara y con su turno de vigilancia en el resguardo, quedó franco de servicio, a mi entera disposición. Recordamos ambos a un tiempo que Teresa nos esperaba con un excelente arroz, y dejando el Grao nos encaminamos a la ciudad.

Comida la *paella*, dijo Teresa a su marido que me llevara a ver el teatro y el castillo romanos, pero pareciéndome que Mínguez se hacía el remolón, sin duda porque querría dormir la siesta, yo, que estaba en ascuas pensando no se descubriera mi fuga, dije que no me hacía falta compañero, y que ya me daría maña para verlo todo. Entonces el buen hombre, agradecido a mi deferencia, me facilitó un caballo que tenía para ir a la viña, diciéndome:

—No olvide preguntar el señorito por el algarrobo de Martínez Campos —refiriéndose al árbol, a la sombra del cual don Arsenio proclamó a Alfonso XII, sublevando la brigada Dabán; por donde un prosaico alcornoque vino a eclipsar las demás glorias saguntinas.

Salí, pues, al campo, y al verme solo y a caballo me asaltó un mal pensamiento —¡tan cierto es que un pecado llama otro pecado!—: apropiarme el animal, y hacer con él el viaje a Mosqueruela. No me detuve en barras: al primer muchacho que vi le pregunté por el camino de Segorbe; hízome dar un rodeo al cinturón de tapias con aspilleras, sistema de castramentación con que los modernos saguntinos pensaban defenderse de los carlistas, y al final me dejó al pie de un poste que decía: Carretera de Teruel.

El caballo no era ningún corcel; pero como yo le hostigaba continuamente, cumplió como bueno, entrándome anochecido en Segorbe, ciudad episcopal en la falda de dos pintorescas colinas.

Junto al palacio de Medinaceli vi la muestra de un parador, y en él entré con mi compañero, al que alojé cumplidamente en la cuadra, haciendo que le llenaran el pesebre. Una zagala, vestida como las hortelanas del Turia, me guió a una habitación del primer piso, y a mi vista hizo la cama, para que yo me convenciera de lo aseado del servicio. De vez en cuando la pícara me miraba y se sonreía; pero preocupado yo con mi fuga de Valencia y la ratería de Murviedro, no pude corresponder a la amable Maritornes como ella se merecía.

Hecha la cama, le pedí recado de escribir, y sobre una mesa de pino escribí esta carta a Teresa y su marido, en los siguientes o parecidos términos:

—No pasen ustedes cuidado por mí ni por el caballo. Los dos estamos buenos, y andamos buscando los carlistas para que nos mantengan. Lleven la noticia a casa, para que se enteren y Mínguez se indemnice del animal.

Fui a dejar la carta en el correo y volví al parador para cenar.

Sirviéronme, como primer plato, un par de huevos con sebo, que yo devoré con gran apetito; luego una chuleta de vaca matusalénica y de postres, una ración de forraje, compuesta de escarola, pepino y tomate, de que di cuenta ayudándome con buenos tragos de vino, tan bien servido este, que, sin yo pedirlo el mesonero lo renovaba constantemente.

O por el sopor de la digestión, o por el cansancio de la jornada, ello es que permanecí un buen rato de codos sobre la mesa, haciendo tiempo para acostarme. En esto, se sentaron adonde yo estaba dos advenedizos, y, sin que yo les invitara, echaron un trago sirviéndose de mi vino. Repitieron esto otra vez, con lo que agotaron la jarra. Vi que el mesonero procedía a llenarla y la ponía a mi lado, como dando a entender que yo era el pagano.

—Oiga usted —le dije, harto ya de tanto abuso—, yo ya cené y tengo bastante; el que quiera vino que se lo pague.

—Mocito —gritó uno de los bebedores invitados por sí mismos—, ¿lo dice usted por mí?

—Hablo con el mesonero; pero a quien le pique que se rasque —repuse valientemente, apostándomelas con el matón.

Al ruido de las voces, los arrieros que estaban en el comedor se congregaron en torno de mi mesa, como quien va a asistir a una riña de gallos.

—Es que si lo dice usted por mí... —decía el matón, mirándome con aire de lástima.

—Sí, señor; lo digo por usted y por su compadre de usted —repliqué amostazado—. ¿Desde cuándo acá un forastero tiene obligación de convidar a unos desconocidos, y mucho menos de que la tomen con él? Si es costumbre de la tierra, que lo digan estos señores —y señalé con ademán tribunicio a la ronda—; si es burla, no paso por ella...

Un murmullo de aprobación salió del círculo arrieril; el matón vio que eso que llaman el ambiente, no le era favorable, y mirándome altiabajo me dejó en el gallinero; pero no quedé solo, porque otro desconocido se me juntó.

—Veo que sabe usted sacudirse las pulgas —me dijo—; pero vaya con cuidado, porque esta clase de gente se venga a traición... ¿Adónde va usted? Si quiere serme franco, quizás encontrará en mí un compañero de viaje. Soy un pañero que va con una arría a Teruel. ¿Sigue usted el mismo camino?

—Casi, casi —respondí, agradecido a oferta tan desinteresada—; mi viaje es a Mosqueruela.

—Pues hasta allí iremos juntos, o hasta donde sea.

Nos dimos la mano el pañero y yo, y ambos a dos sellamos alianza fraternal.

Muy de mañana pedí el desayuno y la cuenta. Subió la zagala con un tazón de chocolate y una ensaimada encima de una jarra de leche que dejó sobre la mesa, sacando enseguida del seno con las puntas de los dedos un papelito con la cuenta. No recuerdo a punto fijo lo que me cobraban, pero sí que me asusté creyendo quedarme sin una blanca antes de llegar a Mosqueruela, si todos los mesones del tránsito eran tan careros como este de Segorbe. Me quejé al pañero y este me dijo que mi condición de jinete y el elegante terno que vestía tenían la culpa.

En el segundo día no pudimos pasar de Montanejos y el tercero de San Vicente, ya en la raya de Teruel.

Dexarevos las posadas, non las quiero contar.

El polvo del camino y el ajetreo de la marcha nos hacían detener a cada instante en cantinas y ventorros, para refrescar las fauces y descansar las asentaderas.

Me internaba, sin saberlo, en tierras del *Maestrazgo*, especie de provincia aparte entre Valencia, Alcañiz y Castellón de la Plana, perteneciente un tiempo a las órdenes militares; país sumamente accidentado con más montañas que llanuras, y más piedras que árboles. Con tantas subidas y bajadas, las distancias parecen doble largas de lo que son: de este sitio al otro hay cuatro leguas *largas* —dice la gente del país—; ¡Dios sabe a través de qué barrancos, de qué abruptas sendas por las que apenas puede andar el caballo!

Los pocos arrieros que encontraba me miraban atónitos, pues veían un jinete serrano, vestido de señorito, ni más ni menos que si pasara por la Alameda de Valencia. Por más cierto, llevaba un sombrerito semi-cónico, una montera a lo Felipe II, artefacto muy de moda entonces entre la pollada, y como no había soltado la caña de paseo, parecería la efigie ecuestre de un principito de Velázquez.

Mi salvaguardia era el pañero de Teruel, que por trajinar cargas de bayetas, estameñas y paños comunes era práctico del terreno. Su compañía me fue harto provechosa, pues aparte que defendió mi bolsillo de las escandalosas sangrías venteriles, se avino a servirme de escudero en el resto de la jornada.

Mi estómago, acostumbrado a los melindres caseros, hízose buenamente a los comistrajos peregrinos que mi compañero aderezaba por su mano en los fogones de ventas y posadas. Guardo imperecedero recuerdo de sus *huevos bobos* y *huevos en calzoncillos*: los primeros, una tortilla de pan rallado, muy caldosa; los segundos, duros, con ensalada y ajíolío; y del indispensable ajo arriero, compuesto de bacalao sin espinas, partido en rajas y guisado con ajo espeso.

Cuando más descuidado estaba, me hacía *echar la ley*, con un trago de su bota, siempre llena y siempre fresca.

Como el cocinado es lo que más cuesta en los caminos, y él se lo hacía todo, ahorrábamos dinero. En punto a resistencia, jine-

te y cabalgadura aguantábamos perfectamente, y yo iba muy a gusto en el machito; me iba acostumbrando a la idea de que por algo se reza en las letanías por los *peregrinantes*, sin duda, sabiendo lo que les aguarda en los caminos de nuestra España.

Me iba acostumbrando también al polvo y a los baches de la carretera.

Todo el que haya andado por caminos reales, con los ojos abiertos, habrá tropezado muchas veces con reatas de cuatro o seis carros, marchando uno tras otro y cargados hasta los topes. Durante el trayecto por el llano o por la cuesta abajo, esos carros van hendiendo la carretera con sus llantas como cuchillos; llegan a una cuesta, y como no tienen fuerza para subirla, se ayudan unos a otros, desenganchando las mulas que hagan falta, para engancharlas en el carro que va a la cabeza. Para arrancar hacen girar a la mula de varas, iniciando con ello un bache; siguen rompiendo el camino con el enorme peso, descansan varias veces en la subida, vuelven a guiar para arrancar, iniciando un nuevo bache a cada descanso; y cuando ya el primer carro venció la cuesta, se desenganchan todas las mulas para subir el segundo carro, y luego el tercero, y después el cuarto, sembrando así la destrucción por donde van pasando.

A todo esto, lo que más me extrañaba era no ver una sola boina en todo el camino, eso que todo aquel distrito era un hervidero de carlistas, quedando como quedaban muy cerca Mosqueruela y Cantavieja, esta última cuartel general de las facciones del Maestrazgo.

Nadie diría que aquello era el foco de la guerra civil en el Centro: las sementeras crecían ufanas, las viñas apuntaban sus brotes y los pastores apacentaban sus rebaños, sin que por aquellas quebradas se viera el trasegar de partidas y de columnas. Me encontraba en la situación de ánimo de Tartarín cuando se internó en Argelia a matar leones, y no encontraba uno ni para un remedio.

En esto aparecieron los míos, es decir, las boinas por las que yo tanto suspiraba. Lucíanlas dos jinetes con arreos militares; el uno, terciada gallardamente a un lado, con borla de estambre derribada atrás, que sería el oficial; el otro, con lanza en la cuja, que sería el ordenanza. Tal aparición me produjo el efecto de

un caballero andante con su escudero. Ellos en cambio me supondrían un señorito acompañado de su criado.

Fue el encuentro junto al río Linares, poco antes de llegar a Castelvital. Según nos íbamos acercando a Mosqueruela, las patrullas carlistas menudeaban, yendo y viniendo de los fortines avanzados. Llegamos, por fin, al pueblo y el pañero me llevó en derechura a un hostel que él conocía.

Como Mosqueruela estaba considerada como plaza de armas, el hostelero fue más exigente que los otros con que habíamos tropezado en nuestro viaje.

—¿Van ustedes a quedarse esta noche aquí? —nos dijo—; no puedo recibirles si no traen la cédula personal firmada por una autoridad carlista.

Como el pañero estaba hecho a estos trotes, exhibió una que traía con este requisito; pero no hubo más remedio que ir a sacar la mía. Esta clase de pasaportes los expedían los comandantes de armas, y costaban una peseta. Me alegré de la noticia, pues eso me facilitaba el designio de presentarme ante una autoridad carlista, y sin pérdida de tiempo fui donde el comandante.

En una calle topé con la compañía de cadetes que venían de hacer ejercicio en las afueras. ¡Lo que hubiera pagado por verme en sus filas! Confiaba, sin embargo, en que pronto vería satisfecho este deseo. Iban bien equipados; lo mismo que los del Ejército, incluso los cordones de oro que se estilaban entonces en las academias militares, diferenciándose, como es natural, en la boina. Iban armados con excelentes carabinas Remington. En su mayoría eran jóvenes de mi edad, a quienes no les había apuntado todavía el bozo.

Viles desfilan, y lleno de envidia pasé a la Comandancia. Un inválido me llevó a presencia de un hombre con aspecto más de pelotari que de militar. Vestía de paisano, iba completamente rasurado a lo labrador, y llevaba puesta una boina navarra, de un vivo color rojo. Hízome sentar y enseguida vino el preguntarme qué deseaba.

Díjele de sopetón, que presentarme para cadete del colegio militar, pues lo de la cédula lo dejaba para lo último.

—Entendámonos —replicó el hombre de la boina—, ¿viene usted a presentarse o a cubrir plaza?

Vacilé ante esta disyuntiva.

—Porque son dos cosas distintas —siguió diciendo—; para ser cadete de Mosqueruela no basta presentarse voluntario; precisán otros requisitos. ¿Trae usted documentos, recomendaciones sobre todo? ¿Es usted hijo o huérfano de jefe u oficial del Ejército Real?

—No soy más que un estudiante que viene a sentar plaza.

—Para esto están los batallones de línea. Veo difícil, por no decir imposible, su ingreso en el colegio. Se han cubierto con exceso todas las plazas, y quedan muchos esperando vacante.

—Entonces, estoy dispuesto a todo —concluí yo, cortando por lo sano—, si no puedo ser cadete, seré simple voluntario.

—Esto es sencillísimo —replicó mi interlocutor—. Cantavieja está a un paso, y allí puede usted engancharse en el banderín... ¡Así me gustan los jóvenes! Ánimo, qué demonche. ¿No dice usted que es estudiante? Pues acuérdesse del *Estudiante de Tortosa*.

Se refería a Cabrera, que, efectivamente, cambió la beca de seminarista por la canana de guerrillero, y llegó a famoso general.

Consolado con esta esperanza, le pedí me extendiese la cédula personal, creyendo que me la perdonaría en vista de que iba a ser voluntario; pero no fue así, me la dio y me hizo pagar la correspondiente pesetilla.

—No tengo más remedio que cobrársela a usted —me dijo para disculparse—. La causa está tan necesitada que hay que arrebañar con todo. ¿Ve usted Mosqueruela? Pues además de las raciones de carne, pan y vino para los alumnos, y sin perjuicio de racionar también a las fuerzas que a diario llegan, el Ayuntamiento tiene que aflojar mil reales diarios.

Ya en el parador, mientras se hacía la cena, el pañero me dio pormenores acerca de estos comandantes de armas, de que yo no tenía noticia.

Estos funcionarios, mitad paisanos, mitad soldados, al frente de una corta partida o *ronda* de la misma ambigüedad, domi-

naban los pueblos desguarnecidos de la zona, que pudiéramos llamar, carlista. A la aproximación de una columna liberal, el comandante de armas desaparecía con la partida para volver a entrar en el momento que el enemigo se ausentaba. Si la persecución continuaba, los dispersos se ocultaban, y no era raro encontrar en los campesinos que tranquilamente labraban la tierra, los mismos que horas antes estaban tiroteando. Pregúntase, tómanse informes, todo en vano. Nadie ha visto al enemigo; nadie sabe la dirección que ha tomado. Por fin, al día siguiente, las tropas se detienen desalentadas, después de una estéril persecución, sin saber si los carlistas están cerca o lejos, a la derecha o a la izquierda, al frente o a retaguardia. Desde la frontera de Francia, hasta casi los límites de la provincia de Madrid —siguiendo, por supuesto, la zona antedicha— apenas había población que no estuviese dotada de un comandante de armas carlista, formándose de este modo un verdadero cordón de espionaje entre el Centro, el Norte y Cataluña. Además de mantener las comunicaciones entre las fuerzas carlistas, las proveían de subsistencias y las avisaban oportunamente de los movimientos del enemigo.

Gracias a ellos, marchaban tranquilos de una parte a otra los carlistas que se separaban de las filas, encontraban en los pueblos socorros y bagaje, y atravesaban provincias enteras sin tropezar con el enemigo ni dejar de ver boinas un solo día. En el Maestrazgo sobre todo, las comandancias militares eran una institución floreciente. Por no haberlo sabido yo antes, en vez de ir socorrido en todas las etapas de Segorbe a Cantavieja, todavía hube de pagar un pasaporte de a peseta.

AL otro día dimos vista a Cantavieja desde los altos de Mosqueruela.

No obstante su elevación sobre el nivel del mar (1.239 metros, según Coello), la villa está dominada en todas direcciones por alturas inaccesibles, siendo la más característica *La Muela*, nombre que indica la configuración de la pétreo mole desde la cual, en días muy serenos, se descubre el mar de Castellón.

La población está asentada sobre una enorme roca que sirve de pavimento a sus calles, y bordeada de barrancos. No se ven más caminos que los que vienen de Iglesuela del Cid por el sureste y de Mirambel por el noreste. La roca de Cantavieja aparece en medio del severo anfiteatro como un castillo de la Edad Media. Después de Morella es el punto más estratégico del Maestrazgo; un tiempo fue la metrópoli de los baillíos templarios y ahora estaba convertida en metrópoli carlista del Centro.

Cerrando la parte que el caserío dejaba abierta, corría una muralla de cal y canto con aspilleras, única defensa que por el momento aprecié, porque daba a la parte por donde veníamos. Una cuadrilla de prisioneros hechos al Ejército, trabajaba en las obras de fortificación, bajo la vigilancia de unos carlistas con bayoneta calada. Daba lástima verles trabajando como forzados mientras sus guardianes les contemplaban indiferentes, sentados en el suelo, al reparo de la sombra de los paredones.

Pocos meses antes, Lizárraga había abandonado la plaza a la aproximación de Despujols y este hizo demoler el muro del recinto. Soldados de la brigada de este, quizá los mismos que operaron la demolición, se empleaban ahora en volverlo a levantar, pues es de advertir que casi todos ellos procedían de la sorpre-

sa de Daroca, cuya guarnición pertenecía a la división de Despujols.

En la única puerta que daba acceso a la población, estaban dos centinelas que nos miraron pasar sin decirnos nada. A juzgar por la muestra, la guarnición no debía estar sobrada de gente, puesto que se echaba mano de los inválidos para el servicio de las guardias. Los centinelas aquellos, eran dos veteranos de la guerra de los siete años, antiguos soldados de Cabrera, sin duda, pero que ahora, no pudiendo ir a campaña por sus ajes, pertenecían a la pacífica y anodina compañía *de la tos*.

En efecto, si bien Cantavieja era el centro de operaciones de los carlistas del Centro, casi siempre estaba desguarnecida por andar las columnas en continuo movimiento, quedando reducida a un vivero de individuos sueltos de varios cuerpos, transeúntes y convalecientes, y de inútiles y parásitos adscritos a la Diputación y a la Intendencia. Pero el mal efecto que esto me causó, quedó borrado muy pronto con la entrada que a poco de mi arribo hizo Pascual Gamundi al frente de su brigada, tan marcial y tan apuesta como cualquiera otra del Ejército liberal. Era la primera fuerza carlista que veía desfilar a tambor batiente, en columnas de compañía.

La fuerza hizo alto en la plaza de la iglesia, y como en el pueblo no había cuarteles los brigadas fueron repartiendo alojados por las casas, misión que facilita la costumbre que tienen estos pueblos de indicar en las fachadas la calidad y el número de huéspedes militares que pueden alojar, así: *un jefe; capitán; dos oficiales; sargento y cuatro soldados*, etc.

No gozando yo todavía de este fuero me alojé con el pañero en el parador, y entre los dos tuvimos este diálogo, a la hora de comer:

—Pienso quedarme en Cantavieja —dije a mi amigo.

—¿Pero es de veras que va usted a sentar plaza?

—Pues no faltaba más: después de haber andado tanto ñiba a hacer el viaje en balde?

—Comprenda usted que va a tirarse a un pozo y vuélvase atrás.

—Si lo oye Gamundi, le manda fusilar porque le quita un voluntario.

—Pero si me oyeran en casa de usted, me bendecirían. ¿Quiere que le cuente la bola del hijo pródigo tal como se la he oído contar al *abad* de mi pueblo?

—Parábola querrá usted decir. Pero bola se dijo, dejémosla que ruede...

A este punto se oyó el ruido de una cabalgata en el empedrado del zaguán. Era Gamundi con su escolta que venía a alojarse en el principal del parador. Desde mi observatorio vi al general apearse del caballo, acariciarle, y recogiendo luego el chafarote subir las escaleras acompañado de algunos jefes superiores. Gamundi era un veterano de la otra guerra, un viejo de sesenta años, bien conservado, delgado y con bigotillo y mosca.

Casi al mismo tiempo irrumpieron en el patio un pelotón de mozos de cachirulo en la frente y mochila al hombro, conducidos por un sargento y un cabo. El pañero díjome eran quintos que venían a incorporarse.

—¿Quintos? —le objeté—. ¿Quintos entre los carlistas?

—Así como suena. El año pasado Dorregaray decretó una leva de todos los hombres de diez y ocho a treinta y cinco años. En Chelva se logró reunir un batallón de quintos de más de mil plazas; pero como no había armamento disponible, se les hubo de dar licencia ilimitada para sus casas; porque eso sí, entre los carlistas del Centro, muchas brigadas, muchos batallones, pero pocos soldados, porque no hay armas que darles.

No me engañaba el pañero.

Acostumbrados los pueblos a no ver empleados ni fuerzas del Gobierno de Madrid, pagaban a los carlistas las contribuciones, incluso la de sangre. Se cuenta de un alcalde que al recibir la visita de un general del gobierno, le saludó como a *general republicano*, porque aún no había llegado a noticia del monterilla el advenimiento de don Alfonso XII. Otro fue más cuco; tenía un loro amaestrado que, según la ocasión, así gritaba «Viva don Alfonso», que «Viva don Carlos». (Histórico).

Los reclutas se esparcieron por el patio, se aligeraron de sus petates y diéronse a comprar provisiones en la posada, con gran contentamiento de la dependencia venteril, que no

daba abasto para tanta gente. En medio de este desorden bo-rreguil, entre la chupandina y los gritos de los mozos se puso una mesa adosada a la pared donde estaba la sombra, y ante ella se sentaron un comandante y dos sargentos secretarios. Se pasó lista a la mozada, y a medida que iban despachando, se les dejaba hacer lo que quisieran. No pocas veces el sargento que tomaba la filiación, tenía que levantar la voz y llamar al orden a los gritones. Entretanto, leyendo él y el otro escribiendo, bajo la presidencia del comandante, iban llenando hojas.

Testigo yo de esa escena, quise aprovechar la coyuntura para hacer mi presentación. Con este objeto, me puse detrás del último recluta que faltaba filiar y esperé turno. El acto se deslizaba plácidamente, fumando y bebiendo el comandante y escribiendo los secretarios, que de cuando en cuando se divertían tomando el pelo a los reclutas. Así se comprenderá la escena que voy a referir.

Dicho está que quedaba el último mozo por inscribir; un baturro de cachirulo y calzón corto.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el sargento.

—Qui... qui... ri...

—Aquí no se cacarea —interrumpió el sargento.

El recluta, después de un violento esfuerzo:

—Qui... qui... rico.

—Bien, Quirico. ¿Y tu apellido?

—Be... be... be...

—¡Vaya, ahora hace el cordero! —repuso el otro sargento que escribía, siguiendo la broma al primero.

—Ya, ya tenemos para un rato —añadió este.

—No... no...

—¿Cómo que no? Pues yo digo que sí —replicó uno de los sargentos.

—¿Sabes escribir? —preguntó el comandante—. Que escriba y acabemos.

Y el tartamudo puso este nombre en el papel: Quirico Benot.

Entonces me tocó a mí.

—¿Es usted recluta? —me preguntó el comandante, dándome tratamiento porque me veía bien vestido.

—No, señor; soy un estudiante que desea sentar plaza de voluntario.

El comandante me miró de pies a cabeza.

—Muy bien —repuso—. Extienda usted su filiación —dijo al escribiente.

Tuve la candidez de dar mi nombre y apellidos verdaderos.

El comandante se había levantado, dando por terminado el acto, y antes de irse me llamó aparte y díjome:

—Me intereso por usted, joven; soy el comandante Morinchón, del batallón de almogávares; preséntese en mi alojamiento.

Le di las gracias y nos separamos. Hallé al pañero en la cuadra llenando el pesebre a las caballerías, y le espeté este exabrupto:

—Salude usted a un pequeño almogávar.

—¿Qué es esto?

Como el pañero no había de digerir la parrafada erudita que suponía la explicación de aquella palabra¹, salí por la tangente diciendo:

¹ *Almogávar*, que no falta quien vea su origen en el árabe *Almogharb*, el fogoso, era el mercenario de una milicia compuesta de catalanes, aragoneses y sarracenos. El ejército que venían a constituir no constaba de número fijo, sino de grupos más o menos crecidos, según era la compañía que se necesitaba para la empresa en proyecto. Cada compañía estaba a las órdenes de uno o más caudillos, a los cuales se daba el nombre de adalid, derivado también del árabe *dalid*. El grito de guerra era *idesperta ferro!*, a diferencia del general en Aragón y Cataluña, que era este: *¡San Jordi, firam, firam!*

Sus armas eran dardos arrojados en la mano, otra azcona ceñida al cuerpo con una cadena para arrojarla y poderla recoger; y al cinto un cuchillo o puñal. Llevaban cabello largo y despeinado, la cabeza cubierta con una redecilla de alambre y vestían una especie de camiseta atada a la cintura por una ancha correa; completando su tocado unos botines y abarcas de cuero.

Ocho mil de estos hombres eligieron por general suyo a un aventurero y pirata, Roger de Flor, en el año 1302, llegando hasta el Tauro. La venganza que tomaron de los griegos por el asesinato de su general fue cumplida, hasta el punto que aún en Oriente se habla por antonomasia de la venganza catalana. Llamados por el duque de Atenas y en despique de la informalidad y

—O lo que es lo mismo, al voluntario del batallón de almogávares. Todo está arreglado.

—Dicen que los aragoneses somos tercios, pero para tozudo usted.

mala fe de este, conquistaron el ducado de Atenas y la Neupatria y la Beocia. Estos países pertenecieron ora a Sicilia, ora a Cataluña y Aragón, hasta que Mahomet II los arrebató en 1542. Fue historiador de esta expedición don Guillermo de Moncada. VÍCTOR BALAGUER (*Bellezas de Cataluña*).

VI

EL comandante Morinchón era un hombre bien parecido, que tenía a gala cantar las cuarenta, por más que aparentaba menos edad. Así como en la mesa del banderín me trató de usted, al recibirme en su alojamiento me tuteó, y yo, en lugar de ofenderme, se lo agradecí. Quiso que le contara mi historia, y aunque él no me contó la suya por el momento, como la supe después, la pondré ahora para completar su retrato.

Pertenecía a una buena familia de Zaragoza. Para gozar de un pingüe beneficio eclesiástico a ella anejo, sus padres le hicieron entrar en el Seminario. Morinchón aprendió humanidades y teología y se hizo un consumado latinista, pero no le tiraba la carrera y antes que ser un mal abate, renunció a la capellanía. Viajó algo por el extranjero y regresó a Zaragoza, donde vivía como un hidalgo, a expensas del hermano mayor.

Pero el mayorazgo vino a menos y el segundón llevaba vida precaria. Por este tiempo estalló la guerra civil, y Caveró, paisano y amigo de Morinchón, le brindó con un puesto de oficial en las filas carlistas. Vino Dios a verle con esta oferta; fue al Norte, se portó como bueno y a los dos años, ascendido a comandante, pidió el pase al Ejército del Centro, para moverse en su tierra y estar entre sus paisanos. Era uno de tantos militares improvisados, procedentes de los salones de la aristocracia, pero que había tomado en serio su papel, figurando en primera línea por su pericia, su táctica y su valor personal.

Esto lo sabían bien sus camaradas; pero a simple vista la impresión que causaba Morinchón con la bondad que se retrataba en su semblante, con las gafas que traía puestas y con su lenguaje erudito y académico, era la de un canónigo de la Seo que se había dejado crecer la barba e iba vestido de comandante carlista. Los dos años de Seminario habían impreso sus huellas,

como en blanda cera, en este hombre que, a vivir un siglo atrás, hubiera colaborado en la *Enciclopedia*. Se las daba de volteriano, pero en el fondo era un creyente.

Dicho queda que tenía cuarenta años, es decir, que casi me triplicaba la edad. Por esto, y por ser mi comandante, me tuteó de buenas a primeras, como también he manifestado.

—Me encuentras traduciendo —díjome sin levantarse—, ¿sabes qué? Un libraco latino. ¿No es verdad que es rara ocupación en un militar en campaña? Yo recurro a ella cuando no tengo nada que hacer, porque no comprendo un militar ocioso; el arte es el descanso del pelear. Tú debieras ayudarme en esta labor, y así lo pensé cuando te oí decir que eras estudiante. Ante todo, ¿sabes latín?, ¿sabes francés?

—Tengo aprobadas estas asignaturas —contesté sin soltar prenda.

—Verás por qué te lo pregunto: Ando divertido traduciendo de primera mano *De Bello Gallico* de César; sus *Comentarios* de las Galias, como suelen llamarse. Me encanta esta obra, porque como yo también pienso escribir mis memorias, aprendo en estos comentarios, a todas luces muy estimables. Son naturales, castizos y bellos; desnudos de todo adorno en la dicción, como de atavío superfluo. Verdad es que habiéndose propuesto él juntar materiales para los que quisieran escribir historia, podrá ser que se lo agradezcan los necios que piensan engalanarlos con bucles: Julio se muestra en ellos lo que fue en toda su vida; César y sin rival. Razón tienen, Tácito en llamarle *Summus auctorum divus Julius* y Cervantes cuando le titula «capitán prudentísimo, animosísimo, valentísimo». No cabe duda que las mejores historias son las que se escriben por quienes las vivieron y actuaron en ellas de uno u otro modo... Pero mi labor es lenta, porque traducir del latín no es cosa fácil. Muchas son las buenas traducciones castellanas de los *Comentarios*; pero esto no me desanima, y aun hago caso omiso de ellas, para no incurrir en imitaciones; tanto es así, que para el cotejo me valgo de la versión francesa del príncipe Luis Napoleón, o Napoleón III, pues has de saber que el vencido de Sedán tradujo también a César. Y en verdad que sólo un militar puede desmenuzar tantas partes de máquinas de guerra, explicar la forma de tantas evolu-

ciones, dar el pormenor de las fortificaciones, describir la manera y circunstancias de las marchas y contramarchas, deslindar los campamentos, estancias y reales. En resumidas cuentas: tú serás colaborador en esta forma: me traducirás de viva voz al castellano los *Comentarios* en francés, mientras yo leo *sottovoce* mi versión del original latino.

¡Qué confusión la mía! Hube de confesarle que mis conocimientos del francés no daban para traducir de corrido.

—Debí haber previsto tu respuesta —repuso benévolo el comandante—, porque a mí me ocurrió lo mismo, cuando hube de necesitarlo. Esto fue en París. Quise ayudarme con traducciones francesas y me encontré con que el francés que me enseñaron no me servía de nada. Tuve que aprenderlo de nuevo para ganarme la vida con él. Así pasa con casi todo lo que nos enseñan. Nos envanecemos con el título de bachiller, de licenciado o de doctor, cuando ellos no son más que la iniciación de aquellos estudios que mejor se adaptan a nuestras aficiones o aptitudes personales. Las carreras literarias son un lujo que a muy pocos resuelven el problema de vivir. Ahí tienes dos ejemplos prácticos: un bachiller como tú, que se escapa de casa y tiene que apenar al chopo; y un teólogo y humanista como yo, que al verse arruinado tiene que recurrir al chafarote...

Esto era hacerme muy poco favor, porque era tanto como decirme que sentaba plaza por no servir para nada; pero como él se ponía en la cuenta, me di por desagraviado.

—Sí —continuó el disertante—, nuestras Universidades clásicas debieran modernizarse con Facultades de Ingeniería y de Comercio que son las que forman los ejércitos del trabajo. Por no suceder así, salen de las Escuelas, aun de las Superiores, jóvenes sin otras iniciativas que solicitar del Estado una sinecura o prebenda, más o menos disimulada. Todo se resuelve en un concurso de funcionarios y empleados, con la agravante que todos quieren ser generales, ninguno soldado. Los españoles tenemos extraordinaria disposición para todo, pero somos víctimas de nuestra inferioridad de medios educativos y de instrucción. De ahí resulta que en vez de tener arraigada la convicción de que cuanto hayamos de conseguir, en bien o en mal, es resultado positivo y lógico de nuestra propia voluntad, ha-

llamos comodísimo hacerlo derivar de la suerte, de Dios o del Gobierno. Hoy se requiere algo más que la enseñanza elemental y técnica. Ahí tienes el *foot-ball* de los ingleses, que puede servirte de ejemplo para que compares un método con otro. Los españoles jugamos a la pelota mano a mano; los ingleses, aun jugándola con los pies, ponen el concurso de todos los esfuerzos de la habilidad y de la fuerza para asegurar el éxito, en lucha contra un equipo... A otra cosa; ¿tú eres carlista de veras?

—Sí, señor —contesté categóricamente, faltando a la verdad, porque en aquel entonces yo no tenía ninguna convicción política.

—Vamos a ver, explícame la Ley Sálica, porque ya sabrás que todos los derechos de don Carlos VII derivan de la interpretación que a aquella se dé.

Otra vez me vi turulado, porque con toda mi Historia de España de bachillerato, no podía precisar qué fuese la Ley Sálica.

—No me extraña tu silencio —añadió el comandante— porque de cada cien diputados de Madrid, los noventa y nueve tampoco lo saben. Gracias que se hayan enterado muy por encima a fuerza de machacarles los oídos Nocedal, y Aparici y Guijarro. Tú habrás leído los discursos de este último.

—Sí, señor —volví a contestar como un doctrino. Esta vez sin mentira, pues con tanto oírlo citar en los periódicos, érame familiar el nombre del *leader* del carlismo en el Parlamento, y aun había leído algunos de sus famosos discursos de la Constituyente del 69.

—¿Te han convencido sus alegatos en pro de los derechos de nuestro Rey?

—La verdad, mi comandante —respondí avergonzado de tanto monosílabo—, como el estilo de Aparici es tan florido, más me he fijado en las flores que en las razones.

—Muy bien dijiste; pero pues estamos en esto, he de confesarte que a mí no, por lo que toca a la Ley Sálica. ¿Cómo negar la real potestad en la nación de una Berenguela, de una María de Molina, de una Isabel, sobre todo; hembras que gobernaron mejor que muchos varones? Pues si la supradicha ley se hace derivar de Francia, por lo que nuestro primer Borbón la adoptó para su sucesión hereditaria, tampoco es verdad. Oye esta cita

que tengo apuntada, precisamente por ser poco conocida, y que es nada menos que de Shakespeare.

—¡Shakespeare! —exclamé satisfecho de pisar al fin en tierra firme. Y con aire pedantesco añadí—: el autor de *Otelo*, de *Hamlet*, de *Romeo y Julieta*...

—Basta —interrumpió el comandante—. Eres un buen loro de Retórica. Además, tú no acertarás la obra a que voy a referirme, porque no es de las que se representan. Es el *Enrique V*, en la escena segunda del acto primero.

»Habla el arzobispo de Canterbury. “Los derechos de vuestra majestad al trono de Francia no encuentran otro obstáculo que este principio que se hace remontar a Faramundo: *In terram salicam mulieres ne succedant*; en la tierra sálica no heredan las mujeres. Los franceses sostienen sin razón que esta tierra sálica es el reino de Francia, y atribuyen a Faramundo esta ley que excluye a las mujeres; y, sin embargo, sus propios autores afirman, sin dar lugar a dudas, que la tierra sálica está situada en Alemania entre el Sahl y el Elba. Allí fue donde Carlomagno, después de subyugar a los sajones, dejó una colonia de franceses que, descontentos de las mujeres alemanas, a las cuales creían tener qué echar en cara, instituyeron la ley en cuestión, a saber: que ninguna mujer heredaría en tierra sálica. Ahora bien...”. No leo más —prosiguió Morinchón soltando el cuaderno de notas de que había echado mano—, porque el texto es tan largo como empalagoso; un pegote jurídico que desdice del buen gusto del gran dramaturgo, pero que de todos modos es sumamente instructivo.

—¿A la cuenta le ha convencido a usted el texto shakesperiano? —pregunté.

—Es verdad.

—Entonces ¿por qué defiende usted la causa antisálica? —me atreví a argüirle.

—Joven, te lo diré en latín para atenuar la palinodia: *Video meliora, deteriora sequor*... Pero ya es hora de que hablemos de cosas del oficio. Sentaste plaza de voluntario. ¿Te has dado cuenta de lo que has hecho? ¿Sabes en qué berenjenal te has metido? A ti te habrá entusiasmado aquella máxima de Napoleón el Grande: *cada soldado lleva en su mochila el bastón de mariscal*; pero

esto es como sacar el premio gordo de Navidad. A lo que debes atenerte es a las privaciones de campaña, a las fatigas de las marchas, a las caricias de las balas. No te creo apto para tan rudas pruebas; pareces muy señorito. Estás a tiempo de volverte atrás. Si quieres ir a Valencia te haré puente de plata, es decir, te daré dinero para el viaje si lo necesitas.

—No, muchas gracias, mi comandante —repuse con energía—. A lo hecho, pecho. No me vuelvo atrás, sobre todo habiendo encontrado un jefe tan bueno y tan simpático como usted.

—Gracias por el piropo, muchacho. La verdad es que me interesas y quiero ser tu amigo. ¡Lástima no estemos a principios de la guerra; que si no, te hacía sentar plaza de oficial, como el general Caverro hizo conmigo! Ahora no puede ser; los batallones están organizados militarmente y los veteranos no se dejan mandar por un bisoño. ¡Tan siquiera sabrás el manejo del fusil!

Contesté que en mi vida había disparado una escopeta.

—Esto se aprende pronto —añadió Morinchón—, mayormente cuando el arma que te darán será un fusil de chispa, porque escasea el armamento, y los pocos Berdan y Remingtons se reservan para los buenos tiradores... Ahora, en confianza, te voy a hacer otra proposición. La vida militar presenta dos fases distintas: la vida de oficina y la de campaña. En la una se come la sopa boba, se está a la mira de los acontecimientos, se papelea con prudente reserva y se consigue el ascenso sin imponerse sacrificios de ningún género; en la otra se trabaja de firme, se expone la vida y se consigue menos. Algo por el estilo de lo que acontece también en la milicia religiosa. A este propósito quiero contarte una anécdota de un jesuita de La Veruela, noviciado aragonés a la parte de Tarazona. Me estaba enseñando el padre la galería de retratos de los generales y sabios de la orden: “Este es san Ignacio —me decía—, este san Borja; o este Suárez, y el otro Salmerón...”. Frontero a estos primates había un lienzo que representaba los jesuitas martirizados en el Japón. “Estos son los tontos de la orden —me dijo el jesuita—; es decir, tontos en la tierra, pero santos en el cielo...”. Moraleja: que a ti te convendría sentar plaza de tonto y no de héroe. En casi todos los pueblos importantes que ocupamos hay lo que se llama *depósitos*: una aglomeración de parásitos, con la sola obligación

de pedir las raciones y la paga y ocupar un alojamiento. Esto debías hacer: quedarte en Cantavieja en cualquier oficina de la Intendencia o de la Diputación, y dejar que otros batan el cobre; porque te advierto que de un momento a otro nuestro batallón saldrá de operaciones. Esto debes decidirlo ahora mismo, y si te resuelves, interpondré mi influencia.

—Y usted, mi comandante, ¿irá con el batallón?

—¡No faltaba más! Yo amo la guerra por deporte.

—Pues entonces iré donde usted vaya.

—Veo que eres un barbián dispuesto a todo. Pues no hay más que hablar: sabe que perteneces a la compañía que manda el capitán Gouvión, zuavo francés. Preséntate en su alojamiento, y dile que vas recomendado por mí. Conque adiós, y hasta cuando tú quieras.

Acto continuo averigüé dónde vivía mi capitán, y le encontré en casa. Era un francés *pur sang*; alto, rozagante, cabello rubio, ojos azules y cutis sonrosado... Era de alguna más edad que Morinchón, sólo que él trataba de disimularlo con unturas y cosméticos en la barba y en el cabello. Sus bigotes, sobre todo, eran famosos, con unas guías rígidas horizontales, largas y puntiagudas, a *l'empereur*. Pero lo más llamativo era su uniforme de zuavo: pantalón bombacho grancé, chaleco encarnado y chaqueta azul con sinfín de presillas, de alamares, de galones y de botones, en más número que ojos tiene la cola de un pavo real. Por complemento, la boina con un borlón que le llegaba al hombro.

Me recibió como si tal cosa, y no le merecí las distinciones que a Morinchón, si bien me dijo tendría presente la recomendación del comandante. Más tarde supe su historia; pero la pondré ahora para conservar la unidad de acción.

Era un Morinchón galicano, es decir, un hidalgo bretón que de muy joven se llevó sus rentas a París, huyendo de la triste monotonía de las costas y de los bosques de la Bretaña, en los que sus ancestrales empolvieron las barras y los escudos de sus escudos. Fue ansioso de placeres; gustó de todas las dichas fáciles, amó a muchas mujeres costosas, sufrió bastantes desengaños, y un buen día sorprendióle amargamente el terrible aviso del más viejo de sus administradores. Habíanse acabado las ren-

tas, habíanse hipotecado los viñedos; hubo que talar sin piedad los pinares macizos; estaban las vajillas de plata repujada en las casas de empeño, en la dolorosa compañía de las pesadas cadenas de oro fino, de los pendientes enormes cuajados de pedrería fina, de las espadas de empuñadura de diamantes. Sólo quedaba el viejo solar, mitad castillo, mitad alquería, necesitado de una reparación costosísima. Gouvión vendió las mil chucherías que impone la moda a los jóvenes ricos, las pocas joyas que de su ciega liberalidad le habían perdonado sus amantes, y volvió a Bretaña. Sólo le quedaban su educación y el *de*, que no se caía de sus tarjetas. Mientras sus parientes le preparaban un destino de categoría y de sueldo en Argelia —que ha venido siendo el Jordán que lava culpas y redime de deudas a muchos señoritos franceses, como fueron Cuba y Filipinas el bálsamo de Fierabrás para muchos señoritos españoles—, Charette, general de los zuavos pontificios, le invitó a ir a Roma. Gouvión peleó contra los garibaldinos, defendiendo el poder temporal del Papa, y enseguida contra los alemanes, cuando los zuavos se trasladaron a Francia a defender la patria invadida. Terminada la guerra franco-prusiana, los zuavos se quedaron demás por la intransigencia de su general. Thiers dispuso que se licenciaran todos los voluntarios de aquella guerra; pero quería conservar el batallón de Charette, a condición que este aceptara la República. Charette se negó, porque quería quedar libre para acudir al primer llamamiento del Papa o del Rey.

—Pero, general —dijo Thiers—. ¡Si vuestro Papa es el último de los Papa-Reyes, y vuestro Rey acaba de suicidarse con el manifiesto de Chambord!

Fortuna fue para los zuavos que se encendiese la guerra carlista de España, porque entonces don Alfonso, hermano de Carlos VII, los llamó a su lado; pero no dieron resultado; su condición de extranjeros y el orgullo de la oficialidad les indispuso muy pronto con el resto de las fuerzas legitimistas, y no hubo más remedio que licenciarles. Quedaron algunos oficiales repartidos entre los batallones de Cataluña y del Centro, y entre ellos Gouvión, con el grado de capitán.

VII

EL pañero, mi amigo, estaba bien enterado cuando me dijo que los reclutas de Cantavieja eran los quintos de Dorregaray.

Al encargarse este general del mando del Ejército del Centro, dio orden de que se reforzaran los batallones para activar la campaña, pero se encontró con que no había uniformes ni fusiles para tanta gente. El armamento de las fuerzas de Cantavieja era, en general, de tiro español o inglés y rayado antiguo, muchas escopetas de caza, trabucos y armas recortadas. Tan heterogéneo como el armamento era el personal: en su mayoría, carne de hospital y de presidio; algunos estudiantes sin medio de seguir estudios y algunos entusiastas enardecidos ante el tronar de una banda de tambores; náufragos casi todos de la vida que buscaban su amparo a la sombra de las banderas, como en otros tiempos lo encontraban, y bastante más propincuo, entre las cogullas de las Comunidades.

A mí me tocó en suerte un fusil de pistón, cuyo manejo era har- to sencillo: cebar el arma por la boca, atacar la munición con el taco y poner el pistón en el disparador; sólo que había que precaverse mucho al hacer fuego, no fuera que reventara; de todos modos, el retroceso del arma era formidable y echaba para atrás. Proveyéronme asimismo de canana y bayoneta y de un uniforme viejo, parecido en todo al del infante de ejército. Lo único nuevo que se me dio fueron las alpargatas y la boina, esta encarnada, con una chapa en la coronilla con las iniciales C. 7. entrelazadas.

Al hombro la escopeta y llevando en la otra mano el lío de mi ropa de señorito, volví al parador a presentarme al pañero, a quien hallé enalbardando las bestias, preparándose para la partida. Antes que me viera, solté el lío en el suelo y, apuntándole con la escopeta, le eché el alto:

—¡Atrás, paisano!

—¡Otra! —exclamó mi hombre—. Ya me lo disfrazaron a usted de carca.

—¿Qué es esto de carca? Si vuelve usted a decir esta palabra, le fusilo. Soy un almogávar.

—Pues que le vaya bien, señor almogávar, que yo me las guillo.

—Habrà que arreglar antes la cuenta del 81 viaje, porque a lo que se me figura, yo salgo alcanzado.

—No vale la pena; conque me convide usted en Valencia cuando volvamos a vernos, estoy pagado.

—¿En Valencia?

—Sí; porque como ha de cansarse usted muy pronto de esta vida, se volverà a casa.

—Primero me matan... ¿De modo que usted piensa volver a allà?

—Es mi oficio: de Valencia a Teruel y de Teruel a Valencia.

—Pues le voy a dar un encargo; ¿ve usted este lío de ropa? ¿Tendrìa usted inconveniente en llevarlo a mi casa y de paso contar mi calaverada? (En un papel le apunté las señas). Al mismo tiempo, llévese mi caballo, que para nada lo necesito.

—Véndalo aquí a cualquiera, porque en Valencia no lo querrà nadie.

—No es para que lo devuelva usted, sino para que se quede con él; lléveselo como un recuerdo mío.

—Así lo haré, y muchas gracias por el regalo.

Contento el pañero y yo también, recogí mi animal de la cuadra, lo puso de reata con sus mulas y salió del aparador, acompañándole yo hasta el arrabal. En una cantina llenó de morapio la bota, echamos el trago de despedida y, tras abrazarnos, nos separamos. Supe posteriormente que el buen hombre cumplió a maravilla el encargo, y que mi madre recibió mi ropa, causándole el efecto que a Jacob la túnica ensangrentada de José.

Despedido el viajero, volví a la población a posesionarme del alojamiento que, como militar, me correspondía, el cual estaba reducido al usufructo en común de una amplísima cocina en la planta baja de una casa de labrador. Cada tres o cuatro *números* formábamos un rancho; cada uno aportaba la menestra que

daba el furriel todas las mañanas, comprábamos a prorratio vino y aceite con la peseta de pre que se nos repartía a diario; el más hábil de todos cocinaba y se aderezaban excelentes condumios. La sal, el combustible y la luz eran a cargo del patrón o dueño de la casa. Para dormir se improvisaba la cama en cualquier sitio con un montón de paja y un cabezal, sin descuidar la manta, porque en el Maestrazgo hay noches de verano tan frías que hace falta arder leña para calentarse.

Cantavieja estaba bien abastecida. Un día que me tocó ir de provisiones, vi amontonados en almacenes militares sacos a granel de patatas, de habichuelas, de garbanzos; pastaba en las afueras de la villa un buen rebaño de ovejas para el consumo de la guarnición y los hornos de la intendencia proveían de pan tierno todos los días.

Fechas antes se había copado un convoy enemigo, y como en el botín figuraba una buena partida de tabaco, tropa y oficiales fumaban como turcos.

Bien ganado teníamos todo esto, porque desde el toque de diana al de retreta eran continuas las llamadas de batallón o de compañía para el servicio de patrullas exploradoras por las cercanías o para maniobras de instrucción. A los quintos nos llevaban mañana y tarde al *Calvario*, como llaman en estos pueblos de Aragón a un descampado del ejido que sirve para romerías y víacrucis en días de rogativas y de Semana Santa. Achicharraba el sol; pero esto no era obstáculo para que nos moviéramos como muñecos a la voz de un sargento implacable. ¡Dichoso Calvario! Si dura más tiempo la instrucción, sí que se cumple la predicción del pañero: me deserto.

Bien o mal, en pocos días aprendimos lo que se nos enseñó y quedamos incorporados al resto de las fuerzas veteranas. La gente se agita cada vez que el corneta da al aire las notas apremiantes de toque de *parte*; se espera la salida inmediata, pronta, en pos de lo desconocido, y esto tiene para los jóvenes un atractivo indefinible.

Por fin, salimos a campaña, con gran satisfacción mía, harto ya de las *delicias* de aquella Capua.

El último día de mayo se reunió la brigada, púsose Gamundi al frente de ella y se emprendió la marcha.

VIII

¿ADÓNDE íbamos? Nadie lo sabía a punto fijo, pero algunos lo presumían. El comandante Morinchón, con quien estuve momentos antes, me había dado a entender algo del plan de operaciones.

A últimos de mayo, Gamundi se iba aproximando a Molina de Aragón con ánimo de sorprender a Despujols, capitán general de Aragón, que allí estaba tomando baños; pero habiendo este recibido numerosos refuerzos, horas antes de la aproximación de Gamundi, este general carlista se retiró por Montalbán. Distraído el enemigo por este lado, Gamundi dispuso caer en otro punto de la zona abandonada, que, según Morinchón, muy bien pudiera ser la importante ciudad de Cariñena.

—Se trata de repetir en esta ciudad lo que hizo César en Gergovia, cuando la toma por sorpresa: «Negocio es este de ventura y no de combate», digo con él.

Por de pronto, nuestra brigada salió en dirección a Montalbán.

Hízose la marcha en dos etapas de a seis leguas cada una; pernoctando la primera en Aliaga. Por ser la primera vez que me veía en estos trotes, no lo hice del todo mal, y Morinchón, que andaba a caballo en medio de las filas, hubo de felicitarme en más de una ocasión, premiándome con un sorbo de ginebra que según parece, es el cordial de los militares.

—Si te cansas, te haré subir a un bagaje —díjome cierta vez.

—Gracias, mi comandante; aguanto perfectamente.

La calorina, el peso de la escopeta y el ahogo de las fornituras se bastaban cada una de por sí para poner a prueba la resistencia de un bisoño, cuanto más de un señorito; pero no es lo mismo andar solo, que ir entre soldados. El fusil pesa, el sol envía sus

dardos de fuego. Las hileras de infantes caminan automática y silenciosamente, como hormigas en un camino. Los más flojos se tambalean como borrachos; algunos acortan el paso para liar un cigarrillo o dar un tiento a la bota. De repente una voz robusta rasga el aire con la vibrante tonada de una copla popular y toda la compañía repite el estribillo: *¡Olé! ¡Olé!, maña...*

Un cantar despierta las energías mejor que una voz de mando. En estas marchas forzadas el soldado hace de sus piernas un metrónomo automático; cada paso es el compás de una canción. El canto es el mata-kilómetros del infante, el paraguas cuando llueve, su gargarismo refrescante cuando hace calor; por él olvida la fatiga, distrae la imaginación y se reanima; por él sacude esta terrible, única idea: andar, andar, andar siempre, con frío o calor, con lluvia o con sol. No siente el agua que se le filtra adentro, que le hiela; ni las quemaduras del sol. Anda mascando el polvo, no importa; si a mano viene un cornetín de pistón vendrá a reforzar la voz. Hasta los enfermos que quedan a retaguardia parece que se animan; oyendo cantar a las compañías hacen fuerzas de flaqueza y ensayan algunas notas con voz tan débil como la sonrisa de sus labios, ipero sonrisa al fin!

En Montalbán se nos incorporó la otra brigada de Boet, y junta, la división aragonesa marchó en otras dos jornadas hasta Cariñena. La última etapa hízose de noche, con orden terminante de silencio en las filas y de no fumar. Hasta a los caballos se les calzó los cascos para que no hicieran ruido en las piedras.

La del alba sería del 5 de junio, cuando se llegó a inmediaciones de la ciudad. Estaba fresca la mañanita; el vientecillo de la sierra, moncaíno puro, empezaba a rasgar en jirones la niebla. Hizo alto la división y los ayudantes empezaron a dar órdenes de un lado para otro. —¡La que se va a armar! —me dije pensando en el bautismo de sangre que iba a recibir. Sin embargo, me consolaba la idea que era de los zorros que iban a sorprender un gallinero.

La pobre Cariñena se mostraba al frente en lo mejor de su sueño. Los mastines de las casas más avanzadas nos olían sin duda y ladraban como rabiosos; pero los vecinos parecían estar

sin cuidado, confiados en los centinelas que en las murallas se pasaban la voz de alerta.

Tomadas las disposiciones necesarias para conservar las salidas y asegurar la retirada, la división ensanchó sus anillos. A mi brigada le tocó quedar sobre el terreno, en su lugar descanso, mientras la otra avanzaba sigilosamente, precedida de una sección de ingenieros con escaleras de asalto. Saltando un ancho y profundo foso que rodeaba el recinto, una compañía escaló rápidamente la muralla y sorprendió dormido al retén, del que dio cuenta para que no se esparciera la voz de alarma. Se abrió enseguida una puerta y por ella se precipitó el resto de la primera brigada.

¡Terrible diana la que despertó a la guarnición! Los asaltantes invadieron las calles entre alaridos, toques de corneta, redobles de tambor y disparos de fusil. Mandaba la plaza el comandante militar, teniente coronel don Sebastián Cosío de León, a quien el suceso sorprendió en la cama. Al estrépito de la asonada despertó, tomó una carabina, y tal como estaba, en paños menores, se asomó a la ventana dispuesto a hacerse matar. Un piquete rompió a culatazos la puerta y le hizo preso. Por el mismo procedimiento se trincaron setenta soldados en sus alojamientos, tomándoles caballos, monturas, sables y tercerolas, todo nuevo, como que el escuadrón venía recién equipado de Zaragoza.

Tan rápido fue el golpe, que cuando yo entré en la plaza con mi brigada, me lo encontré todo hecho, de lo que me congratulé, pues no se pescaron truchas a bragas enjutas; así y todo tuvimos unos seis muertos, nueve heridos y dos contusos. Los más duros de pelar eran los voluntarios nacionales, *cipayos* o *peseteros*, como indistintamente se les llamaba; sabían que no había cuartel para ellos, y se defendieron palmo a palmo hasta conseguir refugiarse en la torre de la iglesia, que tenían fortificada.

Cariñena produce el mejor vino de *Tierra baja*, como llaman a la derecha del Ebro, en contraposición al *Alto Aragón* o izquierda del mismo río. Queriendo el vecindario congraciarse con nosotros, nos envió sus mujeres a la plaza a convidarnos con jarras de rico mosto. Se había dado orden de respetar vidas y

haciendas, y todo se respetó menos las bodegas. Los cosecheros perdidosos lloraban, hacían aspavientos, pero nadie les compadecía; los invasores llenaban sus botas de mano a placer, y muchos aficionados del pueblo contribuían, en la medida de sus fuerzas, a disminuir el ímpetu de la corriente de vino, bebiéndolo de bruces en el arroyo, vino mezclado con sangre en algunos trechos.

Era ya el mediodía y aún seguían defendiéndose los nacionales en la torre del campanario. En el parte que Gamundi dio a Dorregaray de la toma de Cariñena hace constar que no se propuso reducirles, «por respeto al santo templo que habría sido preciso destruir»; la verdad es que no disponía de cañones para ello y que, además, tuvo confianza de que la columna Laso se le venía encima.

Así, pues, antecogiendo los prisioneros de tropa y los rehenes del pueblo, dio orden de retirada a eso de las dos de la tarde, y andando despacio, porque la impedimenta estorbaba dimos las espaldas al Moncayo y a la Ribera, pernociando el mismo día en Herrera. Le viene el nombre a esta población de las herrerías y fraguas que había en su término cuando las empresas militares de Jaime el Conquistador.

Al siguiente día, en Villar de los Navarros, sitio abundante en nogales, acerolos y *minglanas* o granadas. Supo nuestro general en este pueblo que Laso había hecho una variación para cortarnos la retirada, y él inclinó el movimiento a la derecha, a ganar la sierra de Aliaga. Conseguimos atravesar la carretera de Montalbán poco antes que el enemigo, cuya extrema vanguardia vimos cuando ya coronábamos las alturas.

Desde los altos de Portal Rubio, exento de todo peligro, saboreé el vistoso despliegue de una columna militar; la del enemigo, que dejábamos a retaguardia. A distancia, la infantería forma una línea negra, uniforme, y la caballería otra línea dentellada, sobrepuesta a la primera. Poco a poco, las filas de infantes se destacan claramente y se precisan los movimientos de brazos y piernas. Los brillos de las chapas, el reflejo de las bayonetas, el cabrilleo de la luz en el charol de las fornituras y en el metal de las armas, salpica de refulgentes destellos la militar columna. A cuatrocientos metros se ven los cañones de los fusiles y algunos de-

talles de indumentaria. Las fundas de los roses aparecen como un bancal de margaritas blancas, así como nuestras boinas simulan un campo de amapolas sangrientas.

El color de las prendas modifica su tonalidad, según el fondo donde estas se destacan; de todos modos, la uniformidad de tintas y de movimientos da a la columna en marcha el aspecto de una lombriz inmensa que se arrastra con lentas ondulaciones.

Un tiroteo, con honores de escaramuza, fue toda la consecuencia del encuentro. El enemigo, viendo que era imposible alcanzarnos, dejó que nos internáramos en aquellas fragosidades, lo que nos permitió descansar por esta noche en Mezquita.

Nuevamente tiene confianza nuestro general que otra columna del Ejército, la del brigadier Calleja, se hallaba en Esteruel, en combinación al parecer con la que nos perseguía, y nos obliga a otra marcha forzada por los llanos de Aliaga, hasta llegar al pueblo de este nombre.

A partir de Cariñena llevamos tres días de continuas marchas y contramarchas. Menos mal que en todo el camino encontramos sombra y agua. Casi todos estos pueblos están metidos entre barrancos, con algunas cañadas de muy buen cultivo. Oteando las llanadas, se contemplan las chimeneas de los pueblecitos, arrojando a un tiempo columnas de humo, que en el fondo quebrado del paisaje evocan los cuadros de la Escuela flamenca.

Hacia la parte de Aliaga se extienden praderíos con *masadas* o casas de labor. Por algunos de los afluentes del Jalón no parece sino que las piedras se transforman en truchas, las hay muy grandes y excelentes, de las que llaman *asalmonadas* y en los pueblos las venden a bajo precio. La fruta de este lado es temprana como la de Valencia, y por las sendas del camino asoman, incitantes, magdalenas y buenos cristianos, morros de vaca y cueros de dama, extraños nombres con que se conocen distintas variedades de peras y manzanas. Aquello es un feudo de Pomona como que para más propiedad, uno de los sabios de la tierra se llamó Ciruelo, el famoso maestro de matemáticas, hijo de la vecina Daroca, que floreció en el siglo XVI.

La ración de etapa que sacábamos a los vecinos no consistía en fruta precisamente, sino en un celemín de alubias, dos hogazas y tres libras de carne por cada cinco hombres de la columna. El resto se pagaba a los proveedores.

El día 9 mi batallón recibió orden de conducir a Cantavieja los rehenes y prisioneros de Cariñena, y al cerrar la noche regresamos a nuestro cantón después de un aprovechado, si que también fatigoso novenario.

IX

LA división aragonesa quedó situada en Tronchón y Villarluego, estacionándose los *almogávares* de guarnición en Cantavieja. Los prisioneros y rehenes, todos en montón, soldados, mujeres y paisanos, fueron a la cárcel. A los oficiales se les dio por prisión la casa donde se alojaban, y al teniente coronel Cosío, para más decoro, se le hospedó en un local de la Diputación.

Era el señor Cosío de León, un militar irascible a quien tenía revuelta la bilis el recuerdo de la sorpresa. Aunque tenía centinelas de vista, se le guardaban toda clase de consideraciones, hasta el punto que los capitanes del *principal*, instalado en el edificio, tenían orden de presentarse a saludarle a cada relevo. Un día le tocó de guardia al capitán francés y con él a mi compañía. Distribuyéronse los centinelas y a mí me pusieron a la misma puerta de la habitación que ocupaba el jefe Cosío. Esta puerta, como es natural, estaba entornada y nada se veía de lo que pasaba adentro.

Hecho el relevo, Gouvión, parecido a un papagayo con su traje de zuavo, muy acicalado y muy tiesos los mostachos, subió la escalera a presentarse al jefe liberal. Paró a la puerta y le terció el arma, y él se dignó contestarme. La educación más elemental requería anunciarse al de adentro con un golpe de nudillos en la madera; pero con el francés no rezaba esto; empujó una hoja, y arrastrando el alfanje, que no sable, se coló en la sala. ¡Lo que pasó entonces! Cosío, que padecía de almorranas, estaba en el orinal, y al verle entrar tan de sopetón y sin pedir permiso, se indignó, es decir, se incorporó, asió del bacín y lo volcó íntegro sobre el intruso.

Gouvión enloqueció de rabia.

Olvidó el español, echó por aquella su boca sapos y culebras de legítima marca galicana, y acabó por precipitarse airado so-

bre el agresor. Este, que le esperaba, se atacó las bragas y cogiendo su sable se puso en guardia. Al ruido de la contienda fisgoneé y vi a Gouvión destilando churretes, y no de algalia, en esgrima con el enemigo. Como toda mi consigna se reducía a no dejar salir de la habitación al prisionero, traté de inhibirme de lo que pasaba dentro, e híceme el sueco. Pero Gouvión, acordándose que en la puerta tenía un soldado, cambió el papel de Bayardo por el de Breno, y abusando de su autoridad se vino a mí vociferando: «*iNom de Dieu! n'as tu pas entendu. iAppelle la garde!*». Ante este mandato, Cosío le tiró el sable a los pies diciéndole:

—Es usted tan cobarde, como mal educado... Daré parte de su atropello al gobernador de la plaza.

Gouvión no le contestó. Echando espumarajos se batió en retirada, creyendo preferible ir a lavarse la pingue a esperar el refuerzo.

Cuando Morinchón supo el suceso, se rió a mandíbula batiendo. Tenía ojeriza al francés por su fanfarronería; de modo que se alegró de la lección que le dio nuestro paisano. Y como se sabía al dedillo los latinos, me sopló este epifonema:

—¿Los galos? *Prima eorum proelia, plus quam virorum; postreme minus quam feminarum*².

Tanto rieron en Cantavieja el incidente entre el capitán de zuavos y el jefe liberal, que pusieron en berlina a Gouvión. A este no se le ocurrió otro medio de vindicarse que el obligado de concertar un desafío con su ofensor; pero antes fue a consultarlo con el comandante, por ser este el jefe accidental del batallón. Estaba yo presente cuando fue a verle, así que puedo dar testimonio de la entrevista.

—La partida es desigual —le decía Morinchón—; Cosío es un prisionero y no puede batirse hasta que recobre su libertad.

—Yo no puedo esperar tanto —respondía Gouvión retorciéndose el mostacho—. Me ha puesto en ridículo ante todo Cantavieja y el desagravio debe ser inmediato y que llegue a conocimiento de todos.

² Al empezar la batalla más que hombres; al acabarla, menos que mujeres. (Tito Livio. *Anales*).

—Cálmese usted, capitán Gouvión; ¿cómo quiere usted que el gobernador autorice este desafío? Si mata usted en duelo a Cosío, dirán que los carlistas le han asesinado, y esto perjudicaría nuestra honorabilidad. Además, no veo que la ofensa haya sido tan grande; después de todo, usted es capitán y él teniente coronel, siquiera sea enemigo, pues sabido es que en ley de guerra se guardan sus preeminencias a los prisioneros.

—¿Qué quiere usted decir con esto?

—Quiero decir, que el acto de Cosío vino a ser como una especie de reprensión, bastante grosera, lo reconozco, del superior al inferior.

—¿Inferior? Usted quiere hacerme salir de mis casillas, comandante. Paso por la diferencia de grados entre él y yo; pero como caballero no cedo en rango al señor Cosío.

—Pues mire usted —argüía Morinchón, con cierta sorna— que él se hace llamar don Sebastián Cosío de León; fíjese usted en este *de*, ejecutoria de hidalguía.

—Pues yo me llamo —replicaba el francés con expresión olímpica—, me llamo Charles de Saint Cyr–Gouvion, y desciendo del marqués de Saint–Cyr. Soy noble.

—Entonces, ¿por qué se hace usted llamar Gouvión a secas?

—¡Ah! Ello vale la pena de contarse. Allá en tiempos de la Convención, un tribunal popular citó a declarar a mi abuelo, a quien su título de marqués hacía sospechoso de realista, y se entabló este diálogo entre él y el presidente:

«—¿Cómo os llamáis?

«—*Je suis le marquis de Saint–Cyr.*

«—*Il n'y a pas de marquis.*

«—*De Saint–Cyr* —repuso mi abuelo, rebajando la medida.

«—*Il n'y a pas de DE.*

«—*Saint–Cyr.*

«—*Il n'y a pas de Saint.*

«—*Cyr.*

«—*Il n'y a pas de Sir.*».

»Con lo que mi ancestral quedó reducido a Gouvión, otro apellido que tenía de reserva y por el que hemos venido llamándonos los segundones de la familia.

—Pues bien, capitán Charles de Saint-Cyr Gouvión —dijo Morinchón, riéndose—, comprímase como su abuelo y que no se entere el gobernador de su porfía con Cosío, porque si no el Collado será con usted. (Que era el castillo donde iban arrestados los oficiales carlistas del *Ejército del Centro*).

Tal fue el epílogo del incidente Cosío-Gouvión.

POR estos días vi a mi amigo harto preocupado. En una ocasión diome a leer periódicos de Valencia con las últimas noticias de la guerra. Del mando del *Ejército del Centro*, liberal, se había encargado el ministro de la Guerra, don Joaquín Jovellar, que iba a dar impulso a las operaciones en aquella vasta extensión de terreno. Aumentose considerablemente el ejército y se le dio organización nueva, formando cuatro divisiones, aparte de las columnas que operaban aisladamente.

—Lo peor no es esto —comentaba Morinchón— sino que nuestro generalísimo parece ayudar al plan del enemigo.

—¿Dorregaray?

—Sí, don Antonio Dorregaray, marqués de Eraul, a quien conocerás en breve, porque está camino de Cantavieja. Es un buen general, valiente, buen organizador, pero aquí no lo entiende. Ya ves lo que dicen los periódicos liberales y cómo esbozan el plan de campaña. Contempla cómo el enemigo adelanta la línea de operaciones y nos arrebató Chelva, fortifica Lucena y San Mateo, hace levantar el sitio de Morella y estrecha Cantavieja en un círculo de hierro. El plan de Jovellar consiste, sin duda, en acorralar a los carlistas en cierto espacio de terreno, alejarles de los focos más fértiles y reducirles más fácilmente en los áridos y pedregosos; bien se conoce que este general ha leído también a César y practica el aforismo castrense suyo, de cuando se movía precisamente en este camino del Ebro a Tortosa, persiguiendo a Afranio: *fame potius, quam ferro superandi*; más hace el hambre que la espada. Presiento que esto se acaba y que tú llegaste a tiempo de caer en la ratonera.

—¿De veras, mi comandante? ¿Y por qué dice usted que Dorregaray no lo entiende?

—Escucha y juzgarás: una vasta extensión del territorio español, Aragón, Valencia, Cataluña, Navarra y las Vascongadas, están ocupadas a esta fecha por nuestros partidarios. Como ya entiendes de milicia, añadiré que nuestro ejército apoya sus alas en Aragón y las provincias Vascongadas, y su centro está en Cataluña. La guerra no es la misma en los tres puntos; en el Centro y Cataluña impera el orden de guerrillas; pero en el Norte, grandes masas de fuerza armada sostienen una guerra de líneas formal y seria, siendo este plan el más acertado que pudieran idear los nuestros. Con ese hormiguero de partidas en el Centro y Cataluña, ala derecha y centro de nuestros ejércitos, tenemos entretenidos en una guerra de alpargatas, fatigosa y no siempre afortunada, a gran número de batallones enemigos; mientras las condiciones topográficas del Norte les sirven de auxiliar poderoso para sostenerse, ya derrotados, sin llegar al desastre, ya vencedores, para cobrar nuevos bríos, y esta prolongación de la lucha nos favorece tanto como perjudica a las armas liberales. ¿Qué te pareció el golpe de Cariñena?

—Superiorísimo, mi comandante.

—¿Te acuerdas cuán a la callada dimos el asalto y cómo después nos guindamos del muro?

—¿No me he de acordar, si todavía me duran las agujetas de tanta marcha y contramarcha? Hubiera preferido una buena batalla campal.

—No sabes lo que te dices, pero ya te dará gusto Dorregaray cuando venga... Aceptar batallas campales en el Maestrazgo es ir derecho al fracaso. La guerra de partidas es la única que puede preparar la formación de un ejército faccioso; vagar por los montes, destruir comunicaciones, sacar impuestos a los pueblos indefensos, llevarse de grado o por fuerza mozos, huir siempre, disgregarse, reunirse para dar un golpe sobre seguro, mantener la alarma en el país, todo esto da tiempo a que los reacios se incorporen y los tibios se decidan y se desprestigien los jefes de las fuerzas del Gobierno. Mientras haya un hombre en armas, está la esperanza en pie. Cuando la guerra de Independencia, Mina, dueño del *Centro* (Navarra), batió a 60.000 franceses dueños de la *circunferencia*, aun cuando estos eran los primeros soldados del mundo. Además, con la prolongación de

la lucha los rebeldes ganan tanto como pierden las fuerzas del Gobierno, pues siempre obtiene una victoria sobre el derecho y la ley el que contra la ley y el derecho se mantiene en rebel-
día: prescindo ahora de quién tenga razón.

—Permítame, mi comandante, le objete que ese aforismo encierra un gran fondo de inmoralidad...

—Convenido; pero no has de olvidar que aquí hablo, no de lo que a la moralidad toca sino de lo que a los rebeldes conviene. Siendo esto así, teniendo que admitir como indispensable el llamado aforismo, convendrás en que el plan hasta ahora seguido por los nuestros era acertado, y el apartarse de él, insensato desde el punto de vista militar.

—Ya le veo apuntar usted a Dorregaray.

—En efecto, a él voy a referirme. En el Centro no teníamos líneas ni bases de operaciones; todo lo sacábamos del país, y en caso de apuro, nos dispersábamos; pero viene Dorregaray e idea organizar las partidas sueltas y dar principio a una guerra formal, por donde la faz de la campaña aparece muy distinta en esta segunda mitad del año 1875. Los carlistas presentamos algo concreto y determinado que vencer, una forma, una personalidad, valga la frase; ofrecemos ante los tiros enemigos un corazón en el Centro, Cantavieja; y otro en Cataluña, la Seo de Urgel; corazones hacia donde ellos dirigirán sus golpes... Aquí otra vez de mi oráculo, el autor de los *Comentarios: sive casu, sive consilio deorum immortalium*; sea por casualidad, sea predisposición de los dioses, ha llegado el momento de apretarse bien la boina.

—¿Para correr?

—Tú lo has dicho; no parece sino que nuestro emblema es el de Villadiego.

—¿Si los carlistas la habremos adoptado por esto?

—No seas malicioso; fue la casualidad la que hizo de la boina el símbolo del carlismo.

»Cuenta Zaratregui, ayudante y biógrafo de Zumalacárregui, y lo corrobora el general Córdova, primer marqués de Mendi-gorría, que la susodicha prenda es hija del viento y nació en un puente. Los primeros batallones con que Iturralde se lanzó al campo en pro del rey absoluto y la Inquisición componíanse, en

su mayoría, de voluntarios realistas; estos varones llevaban como remate de sus uniformes un a modo de tubo de chimenea, alto de dos palmos, negro como sus intenciones y de equilibrio poco estable, pese al auxilio de las doradas carrilleras.

»Cuando el coronel Zumalacárregui, llevado, más que por afición a la idea carlina, por amarguras y postergaciones sufridas en su carrera, fue a unirse al comandante Iturralde, tomó el mando y revistó las fuerzas, destacamentos, guardias y puestos. Uno de ellos, compuesto de un sargento y varios números, hallábase en un puente, sobre una cañada donde el viento, encajonado entre montañas, soplaba con tan desmesurada furia, que no había carrilleras ni manos capaces de mantener en sus respectivos y absolutistas colodrillos los enhiestos morriones de los voluntarios. Acertaron a pasar el puente una recua no escasa de carretas: los boyeros llevaban sus boinas bien caladas; el sargento, ya en pelo porque el aire habíale llevado el morrión, consideró buena presa una boina; imitaronle sus soldados y el destacamento quedó uniformemente tocado con aquellas prendas, novísimas en los arreos marciales.

»Llegó don Tomás, y apenas desembocó en el puente, la ráfaga le arrancó, no el morrión, que no lo llevaba, sino la alta gorra de picos, usual entonces en el Ejército; ofrecieronle los del puesto una boina, y hallola tan de su gusto y cómoda y le pareció tan práctica, que dijo a sus acompañantes: “Esto ha de ser lo que llevemos los carlistas”.

AL hablar de la marcha sobre Cariñena hice constar que en Montalbán se nos incorporó Carlos Boet.

Este personaje, que tantas desazones causó posteriormente a don Carlos por lo del Toisón, era procedente del Ejército, y por sus conocimientos militares y su carácter activo y emprendedor había llegado, muy joven todavía, a comandante general de la división de Aragón.

Representaba un tipo aristocrático, elegante y muy marcial. Lucía con garbo su uniforme compuesto de boina azul, con chaqueta y borla de plata, distintivos de brigadier carlista; levita corta, ajustada, con entorchados en la bocamanga y rojo fajín a la cintura; pantalón grana con franja de oro salpicada de flores de lis; bastón de mando de concha con puño de oro, y guante blanco de cabritilla como para ir a un baile.

A este general volvemos a encontrarle en Cantavieja comisionado por Dorregaray para que le enterase del estado de la plaza, procediera al abastecimiento de víveres y municiones, y activara las obras de defensa. De acuerdo con Boet, el gobernador de la plaza ordenó la demolición del arrabal y que se cerraran las avenidas de la población con espaldones de madera y altas paredes de cal y canto.

A esta tarea se destinaron los quintos y los prisioneros, y muy especialmente los rehenes de Cariñena. Como se pedía por ellos miles de duros, para obligar a sus familias a que les rescataran, se les confió a un cabo de vara que les hacía trabajar como peones de albañil, aparte otras faenas más deprimentes, como limpiar cloacas y pozos negros. En esta especie de prestación personal a mí me tocó también hacer de albañil y dejar la escopeta por el pico y el azadón.

Haciendo uso de la confianza con que me distinguía Morinchón, me le quejé amargamente del nuevo oficio, prometién-

dome el comandante hacer cuanto estuviera de su parte para rebajarme del, para mí, ímprobo trabajo. Nada pudo conseguirse por el momento, porque había una nube de asistentes, ordenanzas y demás zánganos; ya cuando se me habían hecho callos en las manos, vino a liberarme la entrada en Cantavieja del general en jefe Dorregaray.

Ello fue a la caída de una tarde.

Era el generalísimo, marqués de Eraul, pero todos le llamaban Dorregaray, a secas, por este instinto de las multitudes de tutear a los héroes; y Dorregaray lo era, o a lo menos tal me pareció a mí, que le sabía expugnador de Estella y Portugaleta, y vencedor de Abanto, Abárzuza y Monte San Juan. Enemistado con los ojalateros del Norte, pasó a encargarse del *Ejército del Centro*.

Es chistosa la manera que tuvo don Carlos de relevar del mando del Norte a un hombre de tanta valía. Muy pocos días después de la batalla de Monte San Juan se paseaba Dorregaray con don Carlos por los llanos de Estella, notándose, al parecer, entre ambos la mejor armonía. Al día siguiente el Rey le mandó aviso para que fuese a palacio, y sin más preámbulo ni antecedentes le dijo: «Tenía escrita una carta para ti, pero he preferido decírtelo de palabra. Como repetidas veces me has pedido permiso para atender al restablecimiento de tu salud, yo sería un ingrato si no te lo concediera. Puedes marcharte, y entrega el mando hoy a Mendíry. Pero no te enfades; ya sabes que te quiero, cúrate pronto. ¿Tardarás mucho en curarte?...».

En compensación se le dio el mando del *Ejército del Centro*. Atendiendo a las dotes de mando, actividad y conocimientos militares que al general Dorregaray se le concedían, aun por los mismos liberales, era natural que el Gobierno de Madrid fijara su atención en cualquiera de los distritos cuyo mando tomara aquel, para prevenir y evitar las ventajas que en el Norte había conseguido; y estos temores debían aumentar, si el teatro de operaciones que elegía el caudillo carlista era el Centro, por su mayor proximidad a Madrid. Por esto Dorregaray pedía con insistencia armas y municiones para hacer frente a la avalancha que se le venía encima. Tantas contrariedades, reflejándose en el semblante del general, le daban aspecto de un león enfermo.

Vi en él un hombre recio, bien puesto a caballo, de barba en abanico y el brazo izquierdo en cabestrillo, a consecuencia de un percance en Portaceli (Valencia), al principio de la guerra. Sabiéndole nacido en 1823, le eché la cuenta de los años que tendría, y hallé que era ya cincuentón; si bien a simple vista, por su prestancia y apostura, parecía más joven. Con todo, mirándole bien, su severo semblante y la amplia barba que peinaba confirmaban plenamente su edad.

En pos de él, a distancia de medio cuerpo de caballo, venía un tipo plebeyo, de labrador acomodado; algo así como Sancho Panza a la vera de Don Quijote. Era el valenciano Pascual Cuccala, agregado al cuartel general. Seguían lucido golpe de ayudantes de campo y de Estado Mayor, y después, al son de una charanga, la brigada de operaciones compuesta del primero y segundo batallones de Valencia y Guías del Centro, al mando del brigadier don Ángel Villalaín.

Como estas fuerzas iban de paso y no había en la plaza alojamientos disponibles para tanta gente, acamparon en las calles de la población. Mientras se repartían las raciones, la charanga de la brigada tocó alegres jotas que bailaron los muchachos con las pocas mozas que quedaban en el recinto, y de las que he de decir algo, ya que la ocasión viene pintiparada.

Las mozas de por aquí visten zagalejo amarillo de bayeta, corto hasta la deshonestidad y muy apretado, medias azules y alpargatas, jubón de pana negra con mangas estrechas, pañuelo liado a la cabeza y pendientes orejones, casi hasta los hombros.

Dije que «hasta la deshonestidad», y esto me recuerda un episodio de las guerras de Flandes. En el sitio de Leyden (1573), las mujeres probaron escaparse, pero el general español Valdés las hacía cortar las faldas tan cortas, que avergonzadas de ir desnudas por en medio del campamento, tuvieron que refugiarse en la plaza. ¡Luego hablan de la gazmoñería española! Las mozas de Cantavieja habrían hecho inútil la estratagemma de Valdés.

Antes del baile, en el baile y después del baile se encendieron fogatas, y los cabos de rancho procedieron al aderezo de la menestra. El vino y la fatiga hicieron coger el sueño a los recién ve-

nidos, que liándose la manta a la cabeza se tumbaron a dormir en el duro suelo hasta la amanecida, en que un toque de llamada hizo formar los batallones y emprendieron la marcha. Como recuerdo de su visita dejaron un tendal de inmundicias y de desechos, para cuyo barrido se emplearon los prisioneros de Carriñena.

Quedó en la plaza Dorregaray con el cuartel general. Díjose que venía a inspeccionar las obras de defensa, pero pronto se vio que venía para algo más.

XII

AQUELLA frase tan aguda del comandante Morinchón, «que de las aulas salimos todos generales y ninguno soldado», la veía ahora confirmada en mí. Yo, canuto de doctorcillo; yo bachiller en artes, pero ignaro de todo oficio, resultaba el más ínfimo entre todos mis conmlitones; este tocaba la guitarra, el otro esgrimía la aguja de alpargatero, el de más allá se zurcía la ropa; había quien de una lonja de cuero sabía hacerse unas sandalias; yo, nada, leer, escribir y paren ustedes de contar.

De tanta vergüenza y confusión, vino a libramme una oferta del comandante.

—¿Qué tal letra tienes? —me preguntó en tono ejecutivo, como tenía de costumbre.

—Buena, mi comandante.

—Sí, me olvidaba que eres un Pico de la Mirandola omnisciente, que no retrocedes por nada, pero por esta vez necesito demostración al canto. Siéntate y escribe lo que te dictaré.

Obedecí con la complacencia de quien está convencido de que saldrá airoso de la prueba. Me dictó una carta cualquiera, la repasó, quedó complacido de la letra, y sobre todo de la ortografía, y a seguida añadió:

—Casi, casi eres un pendolista; y sin casi eres un gramático. Dorregaray necesita escribientes para el despacho, los ha pedido al gobernador de la plaza, y este ha recurrido a los jefes de batallón. Me acordé de ti, y te he proporcionado el destino de escribiente de Estado Mayor con el general en jefe; preséntate, por lo tanto, en el Gobierno militar, donde están las oficinas, y que Dorregaray sea contigo.

—Mi comandante —me creí en el caso de contestar—, yo no cambio a Dorregaray por usted; si el nuevo cargo implica darme de baja en el batallón, separarme del lado de usted, disfr-

zaré la letra, haré tantas faltas de ortografía, a posta, que no tendrán más remedio que devolverme a las filas.

—No te apures —repuso Morinchón, satisfecho de mi deferencia—, tu destino es interino, por muy pocos días; lo que dure la estancia del general en Cantavieja. Seguirás perteneciendo a los *almogávares* y aun cobrarás dos raciones, la reglamentaria y la de gratificación. Además nada pierdes en ser oficinista; te tratarás con los mandones, y si la causa triunfa, ¿quién sabe si por ahí, llana y rápidamente haces carrera? ¿No has oído hablar de militares que llegaron al generalato sin más méritos que la pluma y el balduque? Pues los hay, lo mismo en Madrid que en Estella. Conque, adiós, y que te vaya bien.

Las oficinas militares estaban instaladas en la *Casa de Zurita*, que por mucho tiempo guardó los manuscritos del gran cronista de Aragón, y en ellas fui bien recibido, salvo que me mandaron que adecentara mi persona; no que me lavase y peinase, sino que fuera a los almacenes por un uniforme nuevo, porque el que llevaba puesto estaba muy raído y estropeado. Por estos días se había recibido un fardo de vestidos, procedente del Norte, y pude escoger uno a mi gusto; sólo me faltaban las divisas para parecer un oficial.

Así uniformado y bien compuesto, diéronme posesión de mi cargo de escribiente de la secretaría particular del general en jefe. Trabajaba en un principio en un cuartito aparte; pero, en cierta ocasión que corría prisa, Dorregaray hízome llamar a su despacho; me dictó una comunicación, y sin duda quedaría tan satisfecho de la redacción y letra, como antes Morinchón, porque me señaló mesa aparte en un rincón de la sala para tenerme más a mano. Quedé, pues, convertido en amanuense favorito del general.

Los primeros días lo hice algo cohibido, por la importancia del personaje; pero como la cosa era hartó sencilla, escribir lo que dictaba o daba a copiar, salía airoso del empeño.

Tenía Dorregaray acento algo valenciano, por más que él era de nacimiento ceutí. Dictaba bien, con relativa elocuencia, pero puesto a escribir era más descuidado; yo no era quién para enmendarle la plana; pero cierta vez que me dio a extender una minuta lo hice con tal primor que él me demostró su compla-

cencia. En un momento de expansión quiso saber quién era yo; y cuando le conté mi escapatoria, exclamó: — *¡Qué lástima!*

Fue el tercer desahucio, contando con el del pañero y el de Morinchón. *¡Qué lástima!*, decían todos, cuando yo creía haber puesto una pica en Flandes...

Pero eran muy contados los ratos que estábamos solos, porque su despacho era un ir y venir continuo de ayudantes y jefes de Estado Mayor, y de generales de paso por Cantavieja o venidos expresamente para ver al general. Con algunos de estos se mostraba Dorregaray tieso y taciturno, limitándose a las frases de rúbrica; a otros les tuteaba y les hacía sabrosos comentarios de los prohombres del partido. Desde mi observatorio de la escribanía pude advertir que en rueda de generales, don Antonio, como muchos le llamaban, era superior a casi todos ellos; más que por su jerarquía, por su educación y cultura.

De toda la plana mayor del Centro, fuera de Boet, Adelantado y Álvarez, los demás eran unos *condottieri*.

Suele suceder en las grandes conmociones de los pueblos que alguna vez descuella un genio que, sin la instrucción y experiencia necesarias, sólo con su talento natural, llega a ser un gran caudillo; pero como la historia nos demuestra que esto se ve muy de tarde en tarde, y la guerra civil contaba con muy poco tiempo de existencia en aquel país, no podía esperarse gran cosa de la mayor parte de sus jefes, teniendo en cuenta la procedencia de cada cual.

El más singular era Cucala, de quien hablaré más por extenso en otro capítulo; pero los demás eran de la misma telada. Santos fue músico en Marsella y salió a campaña llamado por la Junta de Valencia; José Corredor era otro valenciano sin arraigo en el país: a su batallón se le conocía con el nombre de *Atrapa y fuche* (pilla y huye), porque sólo se ocupaba de sacar contribuciones y huir constantemente del enemigo; José Piñol *Panera*, era medidor de aceites en Tortosa, desde donde salió a campaña, y al poco tiempo se llamaba coronel; José Pascual, soldado de la Guardia Civil, mandaba el batallón de Altar y Trono, pero en el país se le conocía a causa de sus tropelías, por el de *Altar y Trueno*; José Agramunt era el cura de Flix; a Ramón Domingo el apo-

daban *Sierra Morena*. A excepción de Vallés, que se condujo bien y después rindió cuentas, los demás jefes invirtieron gran parte del dinero que recaudaron en crearse una posición independiente.

Dorregaray tenía que luchar con estos elementos o contemporizar con ellos. En estos últimos días lo que más le preocupaba era el trabajo de zapa de los laborantes cabreristas.

La desertión de Ramón Cabrera, el adalid de la causa legitimista, al bando alfonsino, había corrido con la velocidad del rayo por el campo carlista. Los veteranos de la primera guerra, los del Maestrazgo especialmente, adoraban como a un ídolo la legendaria figura del héroe tortosino; ellos fueron también los primeros en sentirse quebrantados y desilusionados con la apostasía del viejo caudillo y fueron sembrando los gérmenes de desconfianza entre los militantes del partido. Era el principio del cáncer que a pasos agigantados había de descomponer el organismo carlista.

Los agentes cabreristas y alfonsinos se las prometían felices en el Centro, porque en este distrito eran muchos los partidarios que don Ramón tenía en el Ejército, dispuestos a seguirle por cualquier camino; con todo, los resultados no correspondieron a las esperanzas, porque la resuelta actitud de Dorregaray paró el golpe, que pudo ser mortal. Comprobada la frustrada traición, tratos y convenios con el enemigo, por el coronel Monet y el jefe de Hacienda, Codina, los hizo fusilar en el Collado en mayo de este mismo año del 75. A pesar de este escarmiento, el mal iba haciendo progresos, y eran muchos los indicados de traición; Vallés y Cucala entre otros.

Ambos se profesaban un odio mortal desde el tiempo que se disputaban el cacicazgo electoral de su común pueblo, Alcalá de Chisvert, y mutuamente se injuriaban y calumniaban. Dorregaray estaba muy sobre ellos y procuraba ir cambiando paulatinamente el personal de sus fuerzas, en las que la desertión iba haciendo estragos. La conducta de Vallés fue tan ambigua que no hubo más remedio que quitarle el mando de la Comandancia general de Valencia y arrestarle con sus dos hijos. Con Cucala pasaba lo mismo; pero como no se le podía probar nada, Dorregaray mandó que se incorporara al cuartel general para observarle

más de cerca; mas tantas eran las reclamaciones que llovían contra don Pascual desde que había cesado en el mando de su brigada, que el general en jefe le llamó a su despacho.

Entró Cucala como el zorro en la cueva del león, con mucha escama, pero dueño de sí mismo. Si hay nombres predestinados, el suyo lo sería, porque don Pascual era un cuco; por más que *cucala* en valenciano es la cigarra. No había más que echarle la vista encima para comprender qué hombre era: de estatura mediana, regordete, cara redonda, violada de puro cetrina, y mirada de lince.

Saludó militarmente a don Antonio y de ahí no pasó, porque si bien Dorregaray estaba descubierto, él siguió con la boina calada. Mucho me extrañó que el general no me mandara salir del despacho; pero, como se verá, es porque le hacía falta.

Empezó la entrevista invitando Dorregaray a Cucala a que tomara asiento, y diciéndole:

—Don Pascual, le he mandado llamar, porque me veo en el caso de sujetarle a un interrogatorio.

—Usted dirá, mi general.

—Álvarez (el sustituto de Cucala) me ha enviado ciertas comunicaciones, en las que, a la verdad, no sale usted muy bien parado.

—No me extraña; Álvarez es mi enemigo; conspiró para que me quitaran la brigada y ahora cultiva la chismografía para acabar de desacreditarme, o calumniarme, porque es persona de mala intención.

—Álvarez es persona dignísima y de buen criterio, que no ha de dejarse influir por chismes. De lo que me dice aporta pruebas.

—¿Pruebas contra mí? ¿Puede vucencia mostrármelas? —repuso Cucala dando tratamiento a don Antonio, señal evidente de que pensaba la coartada.

—¡Qué duda cabe! —replicó Dorregaray—. A ver, escribiente —esto era por mí— hojee usted el archivo y tráigase la carpeta de la Comandancia general del Maestrazgo.

Coincidió esta orden con sacar la petaca el general y brindar con un cigarro a Cucala. Tanta prisa me había dado en cumplir el encargo, que llegué a tiempo de ofrecer candela a los fuma-

dores. Al tiempo de aspirar el humo le dio a Cucala un golpe de tos y gargajeó en el suelo.

—Acerca la escupidera al señor brigadier y di al ordenanza que limpie esto —me mandó Dorregaray con la mayor naturalidad.

—Dispense, don Antonio —dijo Cucala sintiendo la banderilla—; no lo volveré a hacer.

—Pues oiga usted lo que me comunica Álvarez desde Chert —repuso Dorregaray, hojeando el cartapacio que yo había puesto en sus manos—. Voluntario, lee esta comunicación al brigadier general.

Esta petición era muy pertinente, por la razón que a don Pascual le estorbaba lo negro, como suele decirse de quien no sabe leer, y don Antonio no había de tomarse la molestia de hacer de lector.

«Excmo. Sr. marqués de Eraul —leí—. A mi paso por Lucena me manifestó el comandante militar de dicho punto que de orden del brigadier don Pascual Cucala había vendido cuatro mulos propiedad del Ejército real. Además el mismo funcionario conserva una nota de personas del mismo pueblo que por dicho medio han adquirido caballerías requisadas por el brigadier Cucala en su expedición a la Ribera. Los hay también que tienen mulas dedicadas a la labor, con mozos que son voluntarios de nuestras fuerzas, cobrando estos su haber por cuenta de la Hacienda, redundando esto en perjuicio de la causa. Lo que traslado...».

—Estas son cuentas pasadas —interrumpió Cucala—. Estos animales fueron mandados requisar por mí porque hacían falta para los bagajes. No es verdad que se los vendiera: los recibí con reconocimiento y tasación de su valor. ¿Qué culpa tengo yo si se han perdido los recibos? Al comandante de armas de Lucena lo fusilo en cuanto le coja por mi cuenta.

—Además —continuó Dorregaray— el subintendente Roca me participa que en venganza de haber reunido los justificantes necesarios para acreditar los fondos recaudados por usted y que ascienden, con bastante exceso, a mucho más de lo que apare-

ce invertido, el coronel Bautista Cucala marchó sobre Vistabella para hacer desaparecer aquellas pruebas; lo atropelló todo de un modo escandaloso y apaleó a muchos de los que allí residían, no cabiendo duda que obró por órdenes de usted... Brigadier Cucala, usted se empeña en ser jefe de banda, por no decir otra cosa, y esto desacredita la causa del Rey.

—Mire, mi general —replicó Cucala con flema, dando una chupada al cigarro—, cada cual tiene su manera de matar moscas. Usted no sabe hacer nada sin disponer de muchos batallones, con oficiales instruidos, y si son pasados del Ejército, mejor; yo me las arreglo con mis paisanos, y los resultados son casi los mismos. En interés de la causa nadie me gana.

—No paso por esto; con los elementos con que usted ha contado, debiera haber hecho más de lo que hizo, en el ataque de Morrella, por ejemplo. Si usted fuese tan buen carlista como dice, hubiera antepuesto sus odios y miserias personales con Vallés al bien común, y entonces el enemigo no habría forzado el paso.

—En cambio gané la acción de Játiva, entré en Segorbe y en Murviedro, en Amposta y en Minglanilla. Soy el Cabrera de esta segunda carrera.

—Sí, la caricatura de don Ramón.

—Y usted la de Zumalacárregui.

—Bueno, quedamos a pata —repuso Dorregaray, tragándose la píldora...—. En cambio por mal militar es usted responsable del desastre de Villafranca y del reciente descalabro de Vinaroz. Pero no se puede usted quejar, de paisano a coronel, y ahora brigadier.

—Si vamos a esto, don Antonio, me pone en el caso de recordarle que usted de teniente coronel que era con los liberales, se encuentra ahora de teniente general carlista. Dirá usted que su trabajo le ha costado, pues lo mismo digo yo. La verdad es que en nuestro campo ha entrado la discordia desde que los militares de guante blanco tratan de imponerse a los guerrilleros; pero yo me futro de la disciplina y de la subordinación.

—Alto aquí —interrumpió Dorregaray dando un puñetazo en la mesa—. Yo no estoy dispuesto a tolerar desmanes y desobediencias de mis subordinados. O usted obedece, o se retira; estoy harto de contemplaciones.

—¿Contemplaciones? —replicó tranquilamente Cucala—. ¡Y me ha quitado vucencia el mando de la brigada!

—Lo hice para evitar mayores males; y para que usted se convenza de que no he obrado con arbitrariedad, oiga las quejas que se me han dado.—Lea, voluntario.

Hojeó folios Dorregaray y me fue apuntando las siguientes comunicaciones, a las que di lectura:

«Excmo. Sr.: No me es posible continuar al frente de esta Comandancia general, si vucencia no llama a su lado o le da alguna comisión al brigadier Cucala. Dios guarde, etc. San Mateo, 14 de mayo de 1875.—*Rafael Álvarez*».

«Excmo. Sr. D. Antonio Dorregaray. Muy señor mío y de mi mayor respeto: No extrañe vucencia que el señor comandante general tome la resolución de mandar al señor Cucala a ese cuartel general a recibir órdenes. Este señor es una fatalidad para la causa. Son tantas las arbitrariedades que comete, que para detallarlas sería preciso una semana. Con él es imposible emprender ninguna expedición combinada, porque hace lo que se le antoja, por cuya razón nada sale bien. Él por su propia autoridad ha dado libertad a criminales, y hasta ha hecho arrancar causas a fiscales competentes para ponerlas en manos de otros que no lo eran y despacharlas a su antojo, dando con esto lugar a que se dijera que el dinero había sido la causa de todo. En fin, no es para escrito cuanto sobre esto se puede escribir... Me duele en el alma tener que expresarme de este modo, pero mi conciencia de católico y de carlista me obliga a ello...».

—Basta —interrumpió Cucala—. ¿Quién firma?

—Andrés Boet, diputado de la Junta de Valencia —respondí.

—Este señor es un imbécil que no sabe lo que se pesca. ¿Quién le mete a hablar de asuntos de guerra? Mi general, no es extraño que entre unos y otros le hayan puesto a usted la cabeza como un bombo. Veo que tengo más enemigos de los que pensaba.

—Pon estos papeles en su sitio —díjome Dorregaray.

Me extrañó que tratándose de una entrevista tan íntima persistiera el general en mantenerme en la escena. Confieso que me envanecí por la confianza; pero ahora que conozco más a los hombres, deduzco que la confianza de Dorregaray fue más bien la indiferencia, rayana en desprecio, con que un amo o ama de casa hace lo que le viene en gana con sus visitas, a vista del criado... Volví, pues, a mi bufete, y haciendo que escribía, no perdí detalle de la conversación.

Siguió Dorregaray en el uso de la palabra.

—Todavía falta el rabo por desollar. De un tiempo a esta parte vengo recibiendo avisos de que emisarios de usted entran y salen con bastante frecuencia, ocultándose de los nuestros, en Vinaroz y Castellón, sitios ocupados por los liberales. Se aumentó la vigilancia, y las sospechas se convirtieron en certidumbres. Esta gente, es decir, usted, está en relaciones con el enemigo. No me extraña. En Castellón está Patero, el ayudante de confianza de don Carlos, pasado a Cabrera, y desde allí dirige sus trabajos de propaganda y discordia. ¿Qué responde usted a esto?

—Cierto, certísimo, mi general; verdad que estoy en tratos con el enemigo; pero es para ver si le puedo engañar y pescarle cincuenta mil duros en metálico que he pedido para pasarme con mi brigada... pero en realidad, para vestir a mi gente en cuanto los cobre.

—Si esto es así, ¿por qué no lo manifestó antes, y se hubiera ahorrado el parte en que me lo comunica Boet?

—Boet es un joven gótico, adulator y ambicioso. Entre él y Álvarez me han asustado la caza y desbaratarán el negocio.

—Y usted, don Pascual, ¿se considera con suficiente virtud, si le entregan este dinero, para darle el destino que dice?

—El tiempo será testigo, don Antonio. Para que vea si soy franco, el dinero debe llegar a Castellón uno de estos días, y aquí en Cantavieja espero al agente. ¿Va usted también a estropearme el asunto?

—Lo estropearé y pasaré por las armas a cuantos coja en estas comisiones.

—No lo tome usted tan por la tremenda, mi general.

—Es que las cosas han llegado a tal extremo que ya no me fío de nadie. ¿Recuerda usted el escarmiento que hice con Monet y Codina? Sólo quiero a mi lado hombres nobles y leales, defensores de los lemas grabados en nuestra bandera, dispuestos a tenerla levantada hasta que no quede un batallón que la sostenga. Tengo ese convencimiento y creo que este es el modo de sentir de todos mis subordinados.

—Y el mío...

—Pero el que así no piense —continuó Dorregaray, sin hacer caso de esta interrupción y levantándose, dando por terminada la entrevista—, el que así no piense, mejor hará en retirarse, para lo que no encontrará obstáculos, porque estoy resuelto a que se pague con la vida la más pequeña falta de lealtad. Preveo que se dará el caso de repetir aquel parte de Maroto al Rey, cuando la otra guerra: «Es el caso, señor, que he mandado pasar por las armas a los generales Sanz, Güergüé, García, etc., etc.»; estos etcéteras de Maroto... Váyase con cuidado, brigadier Cucala; su cabeza huele a pólvora.

XIII

ETCÉTERA, *etcétera...* Morinchón, a quien hice confidente de la escena anterior, me dijo que estos etcéteras eran indefinidos. Los agentes cabreristas y alfonsinos no se descuidaban en Aragón y las desertiones cundían.

Llegó hasta confesarme que los trabajos en que más insistencia mostraban, era en los concernientes a la entrega de Cantavieja por medio de una traición, para lo cual tenían dentro de la plaza algunos agentes que les facilitaban cuantos datos podían necesitar. Sabía de un capitán Mallén que, detenido en Valencia por el gobernador civil Candalija, cuando se ocupaba en la adquisición de cien carabinas Remington para los cadetes de Mosqueruela, trató este de sobornarle. Fingiéndose acceder Mallén, se presentó a Dorregaray a darle cuenta de lo sucedido. El general le mandó volver a Valencia a seguir las negociaciones, que versaban nada menos que sobre la entrega de Cantavieja, porque así podrían saberse los detalles y volverlos sobre el enemigo. Dorregaray estaba pendiente del resultado y preparaba una emboscada a las tropas que debían salir de Morella para llevar a cabo la sorpresa de Cantavieja.

Esta vino, al fin, pero de modo muy distinto, como luego veremos.

Entrando después en detalles sobre la entrevista de los dos personajes, Morinchón me contó la historia de Cucala.

—Es un residuo de la antigua raza celtíbera; un algomávar salvaje e independiente como el águila de las montañas, pero como el águila sin la facultad reflexiva de su propio mérito. Nació en Alcalá de Chisvert, y fue pastor en su infancia. Después se hizo ganadero. Consiguíó armar una partida en el Maestrazgo, y no pudiendo sostenerse en este territorio, marchó a Cataluña, desde donde regresó más tarde con Vallés, dándole este a mandar

una parte de la fuerza reunida. Velasco, comandante general de Valencia a la sazón, definía a Cucala como «hombre soez sin educación de ninguna especie, refractario a todo lo que fuera orden y que sólo se ocupa en cometer tropelías en número incalculable». No obstante, era tan popular, que las viejas cortaban las cintas de las alpargatas que tiraba, para guardarlas como reliquias. El general Rafael Álvarez, cansado de la desobediencia del hombre de Alcalá, se lo envió a Dorregaray. Como de Estella decían que no le mandarían al Norte, *porque allí no sabían qué hacer de él*, don Antonio, ajustándose a un término medio, lo tiene agregado a su cuartel general.

Comentando a continuación la pretensión de Cucala de suponerse tan general como Dorregaray, Morinchón hizo este comentario:

—Hay una anécdota que puede ser vengal al caso. Preguntaron a un organista, delante del que alzaba los fuelles, la misa que había tocado en unas honras—. *«La misa de Mozart es la que hemos tocado»* —respondió el ayudante. El organista, cuando estuvieron solos, le reprendió agriamente, diciéndole que no se metiera en honduras, puesto que él solo era el que tocaba. Al día siguiente el organista se puso a tocar; dale que le darás a las teclas, el órgano no sonaba—. *«Muchacho de Barrabás, ¿por qué no alzas los fuelles?»*. «—*Porque es usted solo el que toca, que ayer mismo me lo dijo, y pues ello es así, toque usted, que para nada me necesita*». Moraleja: Cuando canta el ruiseñor, responde el papagayo.

Dorregaray duró algunos días en Cantavieja.

Era don Antonio muy religioso; tenía mandado que los batallones rezaran el rosario todas las tardes, al toque de oración. Las fuerzas se reunían en el Calvario; un capellán castrense rezaba en alta voz la corona de la Virgen, y generales, jefes y soldados acompañaban de pie y con la cabeza descubierta. La asistencia a misa no era obligatoria sino en los días de precepto, pero el general la oía todas las mañanas en el templo parroquial, al que iba acompañado de un ayudante, y no pocas veces confesaba y comulgaba. De su estancia en Cantavieja recuerdo tres anécdotas.

Habiendo sabido oficialmente que el obispo de Teruel pasaba por Cantavieja en visita pastoral, dispuso que las tropas formaran en la carretera por la que había de pasar el prelado. Hacía una tarde como de junio, seca y calurosa. Las compañías, alineadas en doble hilera y en su lugar descanso, aguantaban impávidas los dardos del sol, y el general, con su Estado Mayor, lo mismo; esperando todos con impaciencia la presencia del mitrado, a quien se esperaba por la parte de Iglesuela; se sabía que el obispo estaba en camino, pero ni coches ni cabalgatas anunciaban su aparición. Los soldados murmuraban por lo bajo por la tardanza, y más que todo, por el solazo que esta les costaba; y un jefe a caballo, que estaba a la cola de la formación, se permitió hacer un chiste acerca de la humildad evangélica en contradicción con aquellas molestias que se imponían a los soldados, en el preciso momento que cruzaban ante él dos frailes recoletos, pisando el polvo de la calle.

—Señor coronel —díjole el de más edad—. ¿Esperan ustedes a alguien?

—Sí, padre, esperamos a un señor que nos tiene fritos con su tardanza; como vendrá en coche cubierto, maldito lo que le importa que se achicharren las tropas esperándole.

—¿Y se puede saber quién es?

—El obispo de Teruel.

—¡Ah! Pues entonces pueden ustedes retirarse, porque el señor obispo entró ya en la población.

—¡Ojalá pudiera usted hacérmelo bueno, padre —repuso el jefe riéndose—; pero como no haya venido por los aires!...

—No, señor, ha venido por la carretera...

—¿Y no lo ha visto el general?

—Le ha visto, pero no le ha conocido... El obispo que ustedes esperan soy yo, pobre franciscano a quien su regla manda ir a pie. Avíselo al general, dele las gracias en mi nombre y que le suplico mande retirar las fuerzas.

El jefe se quedó indeciso; pero fijándose en el anillo y el pectoral que llevaba el fraile y más que todo, viendo que el clero que esperaba en el atrio de la iglesia había reconocido a su pastor y se arrodillaba a sus pies, picó espuelas al caballo a comu-

nicar la nueva a Dorregaray. Rió este el incidente y se apresuró a deshacer la formación.

Otra visita de importancia fue la de una dama inglesa, joven y bella, que recorría el itinerario de Santa Teresa cuando sus fundaciones, con el propósito de tomar datos para un libro sobre la santa. Venía muy recomendada de la corte de Estella, y el cuartel real la había proveído de caballos y escolta. Dorregaray salió a recibirla a la entrada de la villa, y juntos entraron a caballo, vestida ella de arrogante amazona.

Como en Cantavieja no había casi más señoras que el ama del cura, pues las demás habían levantado su casa por miedo a las contingencias de la guerra, el general hizo alojar a la inglesita en la abadía. La forastera pasó la noche en la población, y anunció que muy de mañana continuaría el viaje. Dorregaray, a fuer de cortés, mandó llevar un cañón al pie de la ventana de la inglesa, y al salir el sol la despertó con una salva de dos cañonazos. Tras este alarde galante, digno de un caballero de la Tabla Redonda, esperó a que saliera y, ayudándola a poner el pie en el estribo, la acompañó un buen trecho con lucida cabalgata y la aumentó la escolta hasta que llegara a las líneas enemigas.

A ratos perdidos, el general se daba una vuelta a pie por el recinto fortificado, para enterarse de las obras que se hacían. Cuando desembocaba en la plaza del pueblo, le seguía invariablemente una turba de zanguangos, con los que don Antonio gustaba divertirse.

Así como quien no quiere, por distracción, sembraba el camino con un reguero de moneditas de plata, que la muchachada se disputaba a moquetes y arañazos. ¡Qué alegría la de los vencedores! Y la del general, también, contemplando la arrebatina.

Una mañana en que el séquito era más numeroso que de costumbre, les encaminó hacia la confitería de un vivandero venido a la golosina de los oficiales. Entonces el general, mostrándoles las incitantes pilas de bollos, les dijo, con voz de trueno, como en función de guerra:

—¡Al asalto!

Los chicos se precipitaban sobre el tenderete, como bandada de tordos que caen en un majuelo. Las manos ávidas deshacían los rimeros de pastas; las bocas engullían cremas y ensaimadas; los bolsillos se llenaban de tortas y empanadas.

Al comerciante le era imposible contener el terrible ataque; pero entonces se adelantaba el general, pagaba espléndidamente la devastación y la ira del tendero se cambiaba en dulce sonrisa. Los galopines se desbandaban gritando: ¡Viva Dorregaray!

Pero a don Antonio le sorprendió ver un chico, como de catorce años, suelto e inmóvil, con las manos en los bolsillos y con la cara disgustada. Era un muchacho delgado, casi raquítrico, que pertenecía a la banda de cornetas de los *almogávares*.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el general—. ¿Es este todo el efecto que te causan los pasteles?

—Mi general, no he catado ninguno —respondió el rapaz.

—¿Cómo? ¿Ni uno solo en el asalto de un colmado? Tú me engañas.

—No, señor, don Antonio; es que los otros son más fuertes que yo, se me adelantan, me empujan y no me dejan coger nada.

—¿Qué quieres que te diga? Eres un inútil, ¿lo oyes?, un inútil; a tu edad debieras ser más listo... ¿Cómo te llamas?

—Vicente Arnau.

—Pues bien, Vicente Arnau, toma esta peseta para que te consueles; pero ten presente lo que te digo: ya que eres incapaz de conquistar un bollo, cuando no hay más que alargar el brazo, serás toda tu vida un inútil...

El general soltó esta predicción con bronca voz y volvió la espalda.

Hago hincapié en este episodio, porque más adelante volveremos a tropezar con *El Inútil*.

XIV

LA vida de guarnición se desliza monótona, insoportable. En las horas de sol es imposible dar un paso por la pequeña Cantavieja. Los calvos peñascales que la circundan, quemantes como piedras de horno, irradian su calor en la hoya de la población, convirtiéndola en una sartén, en la que se achicharran los dos mil y pico de hombres allí almacenados. Si se mueve el aire, lo acaba de estropear, levantando nubes de polvo de las calles y de las obras de fortificación.

Entregados al ocio, oficiales y soldados dormimos como marmotas, hasta que el agudo toque de las cornetas llama a los deberes militares.

A media tarde, la vida se reconcentra en los cafés, improvisados en cualquier caserón por la iniciativa de expertos vivanderos. La oficialidad joven mata el tiempo tirando de la oreja a Jorge. En algunos sitios se sacan las mesas al aire libre y se juega en medio de la calle. Los soldados, por no ser menos, se ponen a las puertas de sus alojamientos a jugar a la carteta o a cantar rondallas.

Hoy 15 de junio llegaron las pagas atrasadas del mes y aparece en la orden de la plaza el consabido párrafo:

«Mañana pasarán la revista de comisario los cuerpos de esta guarnición...».

Ha luengos años, el capitán alistaba y enganchaba hombres para formar su compañía. Un su alférez, con su cortejo de tambor y pífano, levantaba bandera por los pueblos, con el reclamo de sus coletos amarillos, sus acuchilladas calzas, sus galoneados sombreros y su marcial y gárrulo relato de lances amorosos, de hazañas estupendas y del botín en Flandes o en América.

Mas no pocos de aquellos capitanes, cortados por la misma plantilla del que con muchísimo respeto ahorcó el Alcalde de Za-

lamea, tenían en sus compañías plazas supuestas, soldados de alquiler, hombres imaginarios, cuya soldada se guardaban bonitamente, si es que el erario, como de costumbre, y la necesidad, no les obligaba a vivir de lo que garbearen con sus manos. Pero la disciplina, tolerante con el desacato a la propiedad particular, era inflexible con los desafueros administrativos y preceptuó que las compañías «pasasen muestra», para cerciorarse de que todos sus soldados eran de carne y hueso. De aquel «pasar muestra» desciende directamente la actual revista de comisario.

La pantomima es algo teatral y entretenida.

Ante una mesa se sientan un general y un comisario de Guerra. Llamados por su nombre por el comisario, desfila la plana mayor del batallón. Bien saben el general y el comisario que el coronel es don Fulano; pero todos los meses se cercioran de que está vivo.

Comienzan las compañías: primero pasan y saludan los oficiales, también llamados por el comisario; después, un sargento se detiene ante la mesa, da frente y con el «llamador» en la mano va gritando el nombre y apellido de cada soldado; estos pasan uno a uno y dicen a grito pelado el segundo apellido, si no se les ha olvidado en tan solemne momento. A los que no están presentes por cualquier causa, el sargento no los nombra, o si lo hace, dice muy serio: «hospital, licencia por enfermo, de guardia, de cuartel, ordenanza del Gobierno, etc.» y ¡que se averigüe!

Mientras tanto, los jefes de la mesa charlan amigablemente y la charanga toca un bailecito. Y acaba el desfile, y ni el general ni el comisario han mirado una sola vez las listas que tienen delante; y la revista de comisario no es más que un ratito de conversación.

A últimos de mes, el general Dorregaray partió a Mosqueruela, donde se estableció el cuartel general como punto más estratégico, ora al socorro de las fuerzas de Aragón y Maestrazgo, ora al de las de Valencia y Castilla.

Quedé cesante de mi escribanía, pero me vi indemnizado con las jinetas de sargento que el general pidió para mí.

Más que ciencia militar, requiere este empleo práctica cuartelera y marrullería de veterano; de todos modos, el comandante Morinchón me alivió del compromiso, nombrándome brigada o auxiliar del capitán ayudante, con la obligación de ir al Gobierno militar a copiar la orden diaria de la plaza y comunicarla a los sargentos de semana, con la particular del cuerpo que dicta el ayudante.

Morinchón seguía, como de costumbre, enfrascado en sus *Comentarios*, que yo, con mucho gusto, le ayudaba a escribir, y en recompensa me convidaba a cenar todas las noches. Tenía un *machacante* que era un prodigio; con arroz, patatas y judías; y judías, patatas y arroz, invariables adminículos de la doble ración asignada al militar en campaña, con la correspondiente parte alícuota de carne fresca, aderezaba platos exquisitos con variada profusión de salsas y purés.

Estando cenando, pues, con Morinchón, ya en los postres, entró un gastador con un pliego. El comandante se enteró del contenido y dijo:

—Está bien, puedes retirarte.

—Esta noche —me comunicó Morinchón— no nos acostamos; recibo la orden de salir con una columna a operar por los alrededores y como jefe de ella determino hacerlo con la fresca de la noche. Tú, como sargento brigada, vete a llamar al ayudante del batallón, que venga a recibir instrucciones.

Apuré la taza de café y tomé el portante. Llegué al alojamiento del capitán ayudante, pregunto por él y me dicen que estaba en el casino. Como iba para un asunto de servicio, subo las escaleras, y quitándome la boina, me cuelo en la «sala del crimen», a dar el parte al ayudante.

Era el tal, un chico aragonés muy llano, muy simpático, con el que me llevaba muy bien. Había sido boticario en Tronchón y dejó la farmacopea por la guerra.

Le vi muy entretenido viéndolas venir, en una partida de monte, alrededor de una mesa llena de puntos; pero como el parte era urgente me puse detrás de él, y después de una talla le comunicué que el comandante le llamaba con urgencia, anticipándole la noticia de que íbamos a salir a campaña aquella misma noche.

—Espérame aquí, que enseguida voy.

Seguí detrás de él, hasta cuando quisiera. A la cuenta, estaba perdiendo. La piña de jugadores se veía muy animada, porque como Dorregaray había puesto al corriente las pagas, la oficialidad andaba boyante. Junto al tapete verde, las bocas eran chimeneas de humo de tabaco, los ojos ascuas de codicia, y los dedos, tentáculos que retiraban o apartaban apuestas. Circulaba mucho oro en onzas, centenes y monedas de dos duros.

Hacía de banquero, un teniente de caballería, *El Chepa de Montalbán*, de triste nombradía por sus actos de ferocidad cuando mandaba la ronda de aquel pueblo. Era antipático a todos por su ruin figura, por su villanesco origen y malos sentimientos, pero a él le tenía sin cuidado con tal de ganarles los cuartos. De sus rapiñas por los pueblos, tenía reunida una sumita que acrecentaba como «banquero» en Cantavieja.

La banca de *Chepa* no tenía rival; cuando él pedía *ases*, boca abajo todo el mundo, porque nadie tallaba el dinero que él. Por una vez que le desbancaban, hacía mesa limpia cien veces. Era, pues, afortunado en el juego, y nada fullero, que de esto se hubiera guardado mucho entre tantos «bravos».

Sirva todo esto para manifestar que *Chepa* tallaba al monte, que siempre tiraba la descargada y que uno de los puntos perdedores era el capitán ayudante.

Cada jugador tiene su manera de perder: unos aguantan silenciosos, impasibles, al parecer, todo lo más se muerden los labios, se tiran del bigote; otros, más nerviosos, sueltan las válvulas de su contrariedad, gesticulan, gritan, maldicen su suerte y blasfeman. El ayudante pertenecía a la segunda categoría. No bien *Chepa* echaba la carta contraria, había que oír al otro soltar una interjección más que aragonesa. Las tallas eran rápidas, las pérdidas seguidas, y el capitán pasó de las interjecciones a los juramentos, escalonados también; es decir, que primero dijo: *¡Me caso en San Apapucio!*; y luego, *¡Me caso en las once mil vírgenes!* Por último: *¡Me caso en Dios!* Pero dicho con toda su alma, y cambiadas las eses en ges.

Preocupados todos con su propia suerte, ninguno le hacía caso, sino es el capellán del batallón, que no jugaba y como yo estaba de espectador detrás del capitán; el cual «páter» creyó del

caso intervenir. Hízolo, sin embargo, con mesura, con verdadera diplomacia, pues le vino a decir por todo:

—Pero, Quílez —así se llamaba el ayudante—. ¿Cómo quiere usted ganar con estas palabrotas que claman al cielo? ¿Cómo quiere usted que Dios le ayude, si le insulta?

—Tiene usted razón, ¿pero qué quiere que haga?

—Calma, amiguito, calma... Se me ocurre una idea, Quílez; haremos una *vaca*, me la deja administrar a mí, y ya verá cómo con cachaza y resignación, se cambian las tornas.

Accedió Quílez, dejando su sitio al capellán. Con verdadera unción, con mucho sosiego, hizo este su primer envite, y ganó. Volvió la cara a Quílez, como diciéndole:

—¿Lo está usted viendo?

Jugó la doblada y ganó también.

—Hay que despachar pronto —dijo Quílez—, porque el comandante me espera...

—Sí —replicó el páter—; ni a mí tampoco me está bien que me vean en esta silla. Pues nos lo jugaremos todo.

Seguía tallando *Chepa* y sacó una sota contra un caballo. El capellán puso todo el capital de la vaca al caballo. Arañó el banquero los naipes y salió la sota.

—¡Me *caso* en Sanredió! —vociferó Quílez, mesándose los pelos.

—¡Aprobado, aprobado! —reforzó sentenciosamente el páter, mirando con ojos contritos cómo *Chepa* arramblaba con el dinero de la sociedad...

Entonces Quílez me empujó y salimos juntos a la calle.

Morinchón le dio las órdenes para la marcha, y el ayudante las transmitió a los capitanes de compañía por mi conducto. Fue un trasiego de partes y llamadas a oficiales y tropa, hasta que por fin, al filo de la medianoche, la media columna, con Morinchón al frente, salió de Cantavieja.

ÍBAMOS a Castellote con orden de espiar los movimientos de Weyler, que se movía entre Calanda y Vivel del Río. La columna la formaban cuatro compañías de *almogávares* y treinta caballos de la ronda de Montalbán, mandados por *Chepa*, al cual, a gran satisfacción de Quílez, le estorbaron el *negocio* por unos días. Fuimos andando el resto de la noche por un camino de herradura, hollando hierbas monteses, que con el relente levantaban tufaradas de acre y penetrante olor.

El cielo purísimo de la sierra tachonado de espléndidas constelaciones mostraba a aquellas horas, casi en el cenit, el *Carro de la Osa*; y al nordeste, en la dirección que seguimos, *Vega* y *Lira*, debajo de la cual brilla el *Cisne*, cuya constelación forma una cruz echada sobre la Vía Láctea, destacándose entre todas ellas, *Alfai*, estrella amarilla de primera magnitud.

Algo más desviada aparece *Casiopea*, formando una especie de *W*. El comandante Morinchón, a quien se debe esta lección de astronomía, nos la señala, diciendo alegremente:

—Es la inicial de Weyler, muchachos; el enemigo nos alumbraba con su luminaria...

Pero la *W*, como las demás luces del cielo, se tapan por un denso nubarrón, y nos quedamos a las buenas noches.

Hemos dejado atrás las torres de Mirambel, las huertas de Olocán y la quebrada de Bordón, y al amanecer, llegamos al puente del río Guadalope. La zona que atravesamos es peligrosa, porque de todas partes irradian caminos a Morella, a Forcall y Alcorisa, puntos estratégicos del enemigo.

Morinchón empieza a adoptar medidas y manda desplegar la columna por escalones: la punta constituida por una patrulla de exploradores, la cabeza por una compañía y el grueso por tres compañías. A los flancos, pelotones en guerrilla; y a retaguar-

dia a doscientos metros, otra patrulla. A mi compañía le toca ir en cabeza.

Ya ha salido el sol, pero no se le ve, porque el cielo sigue encapotado. El viento trae olor a tierra mojada, y a lo lejos retumba el trueno. Cruzamos el río sin novedad; y a dos leguas de Castellote tiene confianza Morinchón que en este pueblo dejó el enemigo depositadas un buen número de raciones. Se apresura la marcha, y al avistar la población, el comandante destacó a *Chepa* a apoderarse del aprovisionamiento.

Como Castellote estaba desguarnecido, la empresa fue fácil; en menos de una hora regresaron nuestros jinetes escoltando los bagajes secuestrados en que venía el botín: sacos de harina y de arroz y algunas cajas de tabaco, artículo este último de suma importancia en el Maestrazgo, porque los carlistas habían mandado cerrar todos los estancos y no se encontraba un expendedor para un remedio. Para proteger el convoy, caso que se presentara el enemigo, quedó acampado el batallón en medio de la carretera; un delicioso paraje cuajado de huertas y arboledas, siempre verdes y frondosas por el sinnúmero de manantiales que por allí brotan.

El enemigo no se hizo tardar. No obstante la humedad del terreno se veía avanzar una nube espesa de polvo, señal evidente que la columna estaba compuesta sólo de infantería; porque, según oigo decir a los veteranos, el polvo que esta levanta es bajo y espeso, mientras que el de la caballería es alto y más claro. La artillería lo produce como una nube rasa, pero con interrupciones. Lo mismo se infiere por los reflejos de las bayonetas; si son brillantes y nutridos, señal de que una columna avanza; si inciertos, intermitentes y desiguales, que retrocede.

Quedo, pues, avisado que el enemigo se compone de medio batallón de infantería. Me tiento la ropa y me dispongo a recibir el bautismo de sangre, porque lo de Cariñena no se cuenta.

Son las siete de la mañana. Mientras el convoy apresado sigue por un camino de herradura, a la izquierda de nuestras posiciones, convenientemente escoltado por un grupo de jinetes y una sección de infantes, Morinchón hace avanzar dos compañías y el resto del escuadrón para iniciar la ofensiva. Viendo que

el enemigo vacila, refuerza las guerrillas con el resto del batallón y se rompe el fuego en toda la línea.

Lo que sentí en este momento, lo diré con sinceridad. Rasgaban los aires unos sonidos sibilantes, a veces como de culebra, a veces como de gato; los producían las balas. Las veía caer cerca de mí, puntiagudas, pulidas, brillantes, como inocentes dijes. Alguna que otra entraba en las filas, y con su hociquillo afilado hacía presa en un hombre. Se me nubló la vista, se me cortó el pulso, se me puso carne de gallina, tuve descomposición de vientre. Había una pequeña tapia a mi vera, y tras ella me puse en cuclillas.

Pero mi aturdimiento fue pasajero; tanto es así que sorprendido por Morinchón, quien me dijo: «—¿Qué, tienes miedo?» —le respondí: «—Ya pasó, mi comandante; pero la verdad, me he sentido malo».

«—Es un efecto fisiológico del miedo —repuso él—. Por regla general el crisma del bautismo de sangre huele muy feo. Pero te advierto una cosa: de cada cien balas, una hace blanco y la que se oye silbar ya ha pasado».

Así sería cuando ninguna tocaba al capitán Gouvión, quien con sus rabiosos colorines de zuavo debía presentar magnífico blanco a los tiradores de enfrente. Fanfarrón, hasta en el peligro, parecía envanecerse con su *belle allure*, esperando un *Detaille* que le retratará. ¡Lástima grande ver después a un hombre tan vistoso rastrear en la trinchera espionando al contrario! Pero así lo manda la táctica moderna reñida con las preocupaciones estéticas. Desde aquel fusilero que se trenzaba la coleta y empolvaba las cocas antes de entrar en fuego, al infante de hoy que se arrastra ante las posiciones enemigas, hay un abismo lleno de penachos y corazas, de charreteras, de plumeros y bordados...

A todo esto el enemigo no intentaba atacar, sino que se mantenía a la defensiva. Como era inferior en número, esperaba refuerzos que estarían en camino. Temiendo nuestro comandante que se invirtieran los papeles, ordenó el repliegue de las guerrillas y a tiro del enemigo formó toda la fuerza sin ser hostilizada. Llegó la noticia que el convoy había pasado el Guadalupe sin novedad, y entonces dispuso la retirada. El enemigo, por su parte, se retiró al inmediato Castellote.

Apenas rompimos la marcha, se abrieron las cataratas del cielo, que nos envolvieron en un turbión de agua y granizo. ¡Adiós alto en la marcha, adiós el rancho que íbamos a hacer en el camino! No hubo más remedio que andar hasta llegar al primer pueblo.

Nos acogió Bordón, antiguo pueblo de los Templarios, situado al pie de una ladera, a media distancia entre Castellote y Cantavieja. Se nos repartió en la plaza una copa de anís a cada uno, y una vez alojados, secada la ropa y caliente el estómago, se olvidó todo. En campaña, la tensión nerviosa está tan excitada, que se pierde en gran parte la sensibilidad del espíritu y la de la materia.

En el alto de Bordón llegó un pliego de Cantavieja para el comandante. Le comunicaba el gobernador militar de la plaza haber entrado el convoy conducido por el teniente don Ramón León *Chepa de Montalbán*; felicitaba al jefe de la columna por el buen éxito de la expedición y le transmitía órdenes del cuartel general para que se pusiera en Iglesuela del Cid, a recibir los restos de la división de Castilla que venía a incorporarse a nuestro distrito.

El estado de estas fuerzas era lamentable por demás; las rencillas y detestables cualidades y proceder de jefes y oficiales las habían puesto a mal traer. Su primer jefe, Ángel Villalaín, llegó a reunir al comienzo de la guerra 2.000 infantes y 200 caballos, efectuando muchas y provechosas expediciones; pero Villalaín, valiente hasta la temeridad, tenía un carácter atrabiliario que le indispuso con sus oficiales. Dorregaray, a instancias de la Diputación de Guerra de Guadalajara, le llamó al cuartel general, y desde entonces aquellas fuerzas quedaron reducidas a la mitad y no cesaban las deserciones de hombres y caballos. Sus últimas correrías por Castilla las hicieron a vuelo de pájaro, huyendo muchas veces cuando el enemigo se hallaba a más de cinco horas de distancia.

En vista de lo que con estas desgraciadas fuerzas sucedía, enviaron del Real de Estella al brigadier don José García Albarrán, procedente del Ejército, en el que había servido muchos años, portándose brillantemente en la guerra de África. El cansancio de aquellos pobres voluntarios, unido a la buena confianza del

enemigo por los prácticos del país pasados de las filas, anularon los esfuerzos de Albarrán, que a poco de internarse en el distrito sufrió una sorpresa, quedando reducida su división a 400 infantes y 80 jinetes.

Iban ahora destinados a la división de Aragón, y para proteger su incorporación, fue nuestra ida a Iglesuela. Eran legítimos castellanos de Cuenca y Guadalajara; pequeños y enjutos, pero muy sufridos, contrastando con el robusto empaque y el carácter impresionable de los aragoneses de Morinchón. Venían estropeados, medio desnudos, pero con buen armamento. Fraternalizaron un día con nosotros, y al siguiente fueron a guarnecer Cantavieja, en donde quedó de gobernador el jefe Albarrán.

Los *almogávares* seguimos en Iglesuela del Cid esperando órdenes del general en jefe, que con la brigada de operaciones se había trasladado a Villafranca del Cid. Tanto *Cid* repetido indica que el buen Rodrigo de Vivar haría alguna de las suyas en estos parajes, cuando su famosa expedición a Valencia.

ENTRETANTO venían órdenes, quedó Morinchón observando los movimientos de las columnas Montenegro, Weyler y Salamanca, que habían invadido el Maestrazgo.

Alojó la infantería en el arrabal y la sección de caballos que le quedaba, en cuadras que tenían salida al campo; de modo que con regular vigilancia se estuviera al abrigo de una sorpresa.

Todo era tranquilidad en el pueblo; no se recibía ninguna confidencia alarmante; pero el comandante no se descuidaba, como que él mismo vigilaba personalmente las guardias avanzadas. En una de sus excursiones llegó al convento del Cid, escondido en un pinatar. La guardia en este convento era la más apetecida de todas, porque los frailes brindaban a sus huéspedes con sustanciosas ollas, y, a excepción de pan y vino, lo ponían todo.

Mi compañía tuvo la suerte de ser destinada allí, y el capitán Gouvión estaba a sus anchas. Deslumbró a los frailes diciéndoles que era de los zuavos que bendijo Pío IX en Roma, y los santos varones le trataban poco menos que como a un arcángel de las milicias celestes. Con los demás que no habíamos tenido la suerte de que nos bendijese en persona un papa, los frailes se limitaron a tratarnos buenamente como alojados, si bien nos obsequiaron con unos escudos de paño blanco, con un Sagrado Corazón carmesí que llevaba esta leyenda: *Detente, el Corazón de Jesús está conmigo*. Este aviso era para las balas. Unos se lo pusieron, otros no; yo fui de los primeros, creyendo de buena fe que me serviría de amuleto.

Llegó por la tarde Morinchón a girar su ronda.

Como se trataba del jefe de la columna, salió el guardián a recibirle, le convidó a un refresco en el refectorio y luego le acompañó a ver la pequeña iglesia, lo único que podía interesar a un forastero. Yo me añadí a la comitiva, y por esto puedo contar lo que viene.

Toda la iglesia se reducía a una pequeña nave gótica, destacándose en el ábside el altar mayor, cuyo mayor ornamento era un rico baldaquino soportado por cuatro columnas de jaspe, con un Nazareno en el centro. Aunque el guardián se hacía lenguas del mérito de la efigie y de sus milagrosas virtudes, comprobadas por el arsenal de ex votos colgados en el presbiterio, el comandante no parecía entusiasmarse por lo uno ni enfervorizarse por lo otro. Pasaron a la sacristía, y un lego desplegó rica colección de albas de encaje, de casullas floreadas y de recamadas capas pluviales, algunas de estas prendas de tanta antigüedad, como mérito positivo.

El comandante oía silencioso a su *cicerone*, sin duda porque tampoco sentía ninguna emoción estética. En esto se le ocurrió pasear la mirada por las paredes de la sala, y le vimos absorto contemplando un pequeño cuadro; una Virgen en meditación, con la cabeza ligeramente inclinada, los ojos bajos y las manos juntas. El candor divino que resplandecía en todo el semblante, la finura de los rasgos, la belleza de las manos, la gracia soberana de la fisonomía y de la actitud de la Virgen, explicaban sobradamente el embelesamiento de Morinchón, el cual no se cansaba de repetir:

—¡Qué hermoso es esto; pero qué hermoso! ¡Cuánto pagaría por hacerme de este lienzo!

—Tiene razón el señor comandante —dijo el guardián—. Si no le llamé la atención sobre este cuadro, es porque, francamente, ustedes los militares entienden poco de pintura. Pero usted es una excepción a la regla, como lo prueba el haber descubierto por sí mismo el mérito de este cuadro. La lástima es que no se sepa quién lo pintó, porque no lleva firma. Cuantos aficionados lo han visto lo consideran de la escuela italiana prerrafaeliana; debe ser verdad, porque este cuadrado perteneció a Benedicto XIII, el papa de Peñíscola.

—¡Hola! ¿Una tabla del siglo XIV? —exclamó Morinchón—. ¿Y en qué se funda el padre para decir que perteneció al antipapa Luna?

—Porque así consta en el inventario de bienes de la comunidad. Todos estos pueblos del Maestrazgo, hoy sin importancia, fueron pujantes en la Edad Media. Basten estos detalles: en el

vecino San Mateo se reunían las Cortes muchas veces; Morella ha sido residencia veraniega de Fernando de Antequera, y Benedicto XIII estuvo en ambas poblaciones con su cortejo de cardenales, barones y arqueros. El gran aragonés hizo ricos dones a muchas iglesias y conventos de su patria: cálices, cruces prelaciales... y a este convento le tocó en suerte este cuadro, que él tenía en mucha estima, pues es fama lo trajo de Roma, cuando vino a Aragón de cardenal legado, y así consta en el acta de la donación.

No pasó más.

El guardián despidió al comandante en la puerta, y los subordinados de este le acompañamos hasta el límite de la guardia.

—Quítate este postizo —me dijo paternalmente Morinchón, señalando al escudo.

—¿No cree usted en su eficacia preservativa? —le argüí.

—¿Preservativa dices? Las balas son tan herejes, que hacen su mejor blanco en estos corazones.

—Es regalo de los frailes.

—Hay cariños que matan, y este es uno de ellos... A propósito de frailes; ¿qué dirías tú si con el tiempo vieras al comandante Morinchón convertido en *iFray Morinchón!?*

—¿Fraile usted, mi comandante?

—¿De qué te extrañas? Presiento que *esto* se acaba, es decir, la guerra, y que voy a quedarme demás. Viejo y pobre, no tendré más remedio sino comer la sopa de los conventos... Además, ¡qué felices son las almas que saborean la nostalgia del infinito y se acogen al sagrado de la soledad! Tú eres joven todavía y no puedes comprenderme...

Decía bien el comandante; estas sus manifestaciones me parecieron entonces extravagancias o flirteo volteriano; ahora es diferente; leyendo una vez a Musset, vi explicado el sentido de las palabras de mi amigo: «Quisiera —escribe el poeta—, quisiera saber de algún sitio donde hubiera un templo consagrado al Amor, para lavarme en un bautismo y vestirme de un hábito nuevo...». ¿No parece esto la paráfrasis de lo que dice santo Tomás cuando, al hablar de la profesión religiosa, afirma que algunos tienen estas intuiciones místicas aun en sus ensueños más profanos?

XVII

NO para aquí el episodio del convento. Atravesando el pinar, topamos con un, al parecer, cazador furtivo que se nos hizo sospechoso por la contrariedad que se pintó en su semblante al vernos y por la prisa con que trataba de escurrir el bulto.

—Este es un espía —dijo el comandante, y le hizo detener.

Esos agentes secretos maniobraban entonces a sus anchas en el teatro de la guerra, en servicio recíproco de los jefes de columna. Eran pagados espléndidamente; pero, en cambio, a mucho se exponían, pues de ser descubiertos se les fusilaba sobre la marcha. Había *confidentes* y *espías*. Los primeros trabajaban en los centros de población; eran, por decirlo así, la policía secreta de cada bando; los segundos, simples ambulantes, reclutados entre aldeanos y gente del campo. Algunos disimulaban su artería haciendo del carbonero, del leñador, del cazador y aun del mendigo.

—¿Adónde bueno, amigo? —preguntó Morinchón al detenido.

—¡Otra! Al pueblo, si usted no manda otra cosa —respondió muy comedido el mozo.

—¿Eres de Iglesias?

—De Iglesias soy, es verdad.

—¿Qué llevas ahí?

—*Lo qué?* Conejos; a la vista está.

Y el paisano mostraba el zurrón, en el que, efectivamente, asomaban un par de ellos.

—Entonces, ¿por qué tratabas de esconderte cuando nos viste?

—Como ustedes los militares son *asina*... Vamos, que quieren las cosas regaladas.

—Gracias por la parte que me toca —replicó Morinchón—. ¿Qué tales piezas son?

—No son malas; pero no las vendo.

—¿Pero se podrán ver?

—Eso sí —dijo el paisano, descolgando el zurrón de mala gana.

Miró el comandante los conejos, y al verlos tan frescos y lustrosos se le antojaron.

—Vaya, véndeme uno siquiera; te lo pagaré bien.

—Le venderé este, puesto que usted se empeña —repuso el mozo levantando una pieza.

—Hombre, no seas tirano; déjame escoger el que más me cuadre. ¿Qué más te da uno que otro?

—Es que... el que yo me reservo lo maté en un rastrojo de aliagas, y el conejo que tiene el cado en un sitio así, da muy buen gusto al guisado.

Esto era espolear la gula de Morinchón, que resolvió hacerse del conejo de las aliagas. Le suspendió en vilo y lo empezó a palpar. Algo notaría al tacto que le llamó la atención.

—¿Qué tiene este conejo aquí tan duro en la rabadilla? ¿Ha comido piedra?

Viose al paisano palidecer y no saber qué contestar, acabando por decir:

—Es que yo lo he adobado a mi manera. Para que, pesando más, lo venda más caro.

—¿En qué quedamos? ¿No acabas de decir que no lo vendías a ningún precio?... A ver, ábrelo en canal.

—Perdón, señor —exclamó el mozo, abrazándose a las rodillas del comandante—. Es la primera vez que lo hago... La necesidad...

—De modo que tú confiesas...

—Sí; confieso que dentro del conejo va un canuto con un parte escrito.

—A ver —dijo el comandante—. Prendan a este hombre... Mala suerte fue la tuya; ya sabes lo que te espera.

El preso fue entregado a una patrulla, que le trasladó a la cárcel del pueblo, incoándose enseguida juicio sumarísimo. El co-

mandante hizo tocar llamada de oficiales y designó un consejo de guerra para sentenciar al reo.

La noticia cundió por el pueblo, y el vecindario se sintió consternado. Y sucedió lo inevitable: el tribunal marcial condenó al espía a ser pasado por las armas, debiendo verificarse la ejecución a la mañana siguiente en el *Calvario*. El parte secuestrado se refería precisamente a una combinación de fuerzas enemigas para sorprender nuestra columna, y esto agravaba el delito. Se le comunicó al reo la sentencia y fue puesto en capilla.

Si en opinión de Balzac, cuando se le dice a un hombre: «Te quedan sólo dos horas de sueño; son las cinco, hasta las siete», ve su sueño turbado por un pensamiento gris que aletea continuamente al vidrio de su cerebro, a manera de un murciélago, ¿qué no sucederá al otro que le dicen: «Te quedan unas horas de vida; morirás a la madrugada»? Aporto esta somera reflexión, porque sé que ha de hacer más mella en el ánimo de ciertos prójimos, más que si llenara una página con frases patéticas...

Aquella noche, a pesar del calor propio de la estación, el vecindario se recogió temprano y cerró los portales en señal de duelo, clausurándose al mismo tiempo tabernas y cantinas. La tropa, respetando la tristeza de sus huéspedes, cuchicheaba silenciosa en la recocina, sin que alegrara la hora de la retreta con alegres albarillos y picantes coplas. También fue mala noche para Morinchón, que muy a pesar suyo dejaba que se cumpliera la sentencia, en aras de la ordenanza y de la salud de su tropa.

Alboreó. La banda de cornetas y tambores del batallón tocó diana en la plaza del pueblo; y a esta hora un baturro bien trajeado hízose anunciar al comandante, diciendo que necesitaba hablarle para un asunto urgente. Acto continuo fue recibido por Morinchón.

—Señor comandante —vino a decir el hombre, sobre poco más o menos—. Vengo a pedirle que haga justicia; el caso es apurado y por esto vengo de gran mañana; ya dicen que al que ma-druga, Dios ayuda... Soy padre de una hija única, que aunque me esté mal el decirlo, hasta *de* ahora es la moza más templada de Iglesuela. Viudo soy y ella conmigo vivía sin salir a la calle más que para lo preciso. Es rubia como el panizo, delgada como la sargantana, y todo así al consonante. Tenemos de *un* todo en

casa y yo guardaba mi hija como un tesoro; pero ¿quién guarda a una mujer cuando a ella no *le cae* guardarse? Un mozo muy laminero la requirió de amores a esta hija, a escondidas de mí, y ese amor fue correspondido, viéndose los dos amantes con todas las precauciones imaginables para no ser sorprendidos. Tanto era la reserva que ponían, que nadie llegó a enterarse. ¡Paice mentira en un pueblo pequeño! Como es natural, sus raras entrevistas eran en mi casa, a altas horas de la noche, cuando todos estaban durmiendo. Desgraciadamente para ellos, en una de las noches que estaban juntos, cayó una de aquellas nevadas con que el invierno regala todos los años al Maestrazgo. Tan copiosa fue, que el *maño* no se atrevió a salir, de miedo que las huellas de sus pasos traicionaran el secreto. Él y ella, angustiados y sobresaltados, no sabían qué partido tomar; pero el alba se venía encima y era forzoso decidirse, si no querían ser descubiertos. En tales apuros, la mujer suele ser más expedita que el hombre. En *puesto* de asustarse, a ella se le ocurrió sacar en hombros al *maño* hasta la casa frontera, para que de este modo no se conocieran más huellas que de mujer. Sucedió que aquella noche la pasé yo desvelado, y de pie, antes que amaneciera, estaba mirando por detrás de la ventana cómo se llenaba de nieve la calle... Y lo que vi fue mi hija, que andaba lentamente, tambaleándose con su carga, hasta aligerarse del peso en el portal de enfrente y desandar presurosa el trecho recorrido... Sentí rabia y admiración a un tiempo; pero pensándolo más despacio, me contuve y nada dije a ella de lo que había visto. No obstante, como conocí al *maño*, resolví llamarle en mejor coyuntura y casarle con mi hija, visto que la cosa había pasado a mayores y ello no tenía remedio. Así las cosas, averiguo que él se va al otro mundo, y como no quiero que mi hija se quede compuesta y sin novio, que en este caso es el marido, acudo al señor comandante para que de su autoridad los case antes que él se vaya.

—Gracioso es el lance —exclamó Morinchón—; pero buen hombre, ¿por qué acude usted a mí en vez de recurrir al cura o al alcalde del pueblo?

—Por la razón principal que usted es el único que puede detener la partida del mozo; que conseguido esto, el casamiento se hace enseguida.

—Hombre, pues si en esto consiste, yo me avengo a todo, y aun me ofrezco por padrino de la boda; porque, a la verdad, me ha interesado el rasgo de la hija de usted.

—Pues vamos corriendo, señor comandante, porque si no el pájaro se nos va.

Morinchón se caló la boina, requirió la espada y se echó afuera en compañía del baturro, quien a gambadas le llevó hasta la puerta de la cárcel. El centinela saludó al comandante y dejó el paso libre.

—¿Cómo se entiende? —dijo el comandante al baturro—. ¿El novio es algún alojado de esta casa?

—Sí, señor.

—Pues si es un preso está seguro y no comprendo la escama de usted.

—¿Mi escama? Figúrese el señor comandante que dentro de media hora llegaríamos tarde... Ya verá usted si tengo razón.

Como era tan temprano, la luz del día se filtraba muy débilmente por las ventanas y claraboyas de los pasadizos; pero en una de las crujías se destacaba un altar con un Cristo y dos velas encendidas. Un centinela se paseaba por el corredor, y al pie del ara se veían un joven y un fraile entregados a la oración. La visión, más que sombría, era tétrica.

—Este es, señor comandante —dijo el baturro en voz baja, señalando al reo—; ¿tengo o no tengo razón?

Al ruido de las espuelas de Morinchón, el fraile volvió la cara y con un ademán invitó a los recién llegados a que esperaran; muy pronto suspendió el rezo, y encarándose con el comandante, no sin indicar al rústico que se retirara, dijo:

—Le esperaba a usted, señor comandante —dijo el guardián del Cid, que no otro era el fraile—. Sabía que la historia de amor de este desgraciado interesaría a un hombre como usted, capaz de sentir una emoción estética, según lo ha demostrado en su visita al convento, y por esto se la he hecho referir. Lo contado es la verdad; tanto es así, que me veo obligado a casar a este hombre *in articulo mortis*.

—¡Y yo que me he ofrecido a ser su padrino de boda! —repuso Morinchón, un si es no es desconcertado.

—Pues no se vuelva atrás el señor comandante; hará una obra de caridad; será un acto generoso que mitigará en parte la tremenda sentencia. *Dura lex, sed tamen lex!* Triste himeneo el de este desgraciado, ¿verdad, señor comandante?

—¿Y dónde está la novia? —preguntó Morinchón.

—No tardará en venir; su padre fue a por ella...

—Y tú ¿por qué no te casaste antes con esta mujer? —interrogó Morinchón al reo.

—Porque no pudo ser, señor; los dos somos pobres y teníamos que esperar. Yo entretanto procuraba hacer ahorros para pedirla.

—¿Y para eso te dedicabas al puerco oficio de espía?

—No, señor; a coger conejos.

—Y a que te los envirutaran los *guiris*.

Cortó el diálogo el oficial de guardia, que anunció al comandante la venida de un hombre y una mujer.

—Que pasen —dijo Morinchón, suponiendo de quién se trataba.

Eran el baturro y su hija, efectivamente; esta última, una preciosa joven vestida de luto, tocada con negra mantellina que encuadraba el óvalo finísimo de su cara. La moza habló a su novio con una mirada que quería decir muchas cosas; bajó los ojos enseguida y juntó las manos en actitud resignada.

—¿Sabe usted, padre —dijo por lo bajo Morinchón al fraile—, que esta joven se da un parecido a la Virgen del Papa Luna? ¡Qué finura de rasgos! ¡Qué candor! ¡Qué pudibunda parece! ¡Miren la mosquita muerta! ¡Pensar que el día de la nevada se cargó el novio a cuestras!... Ea, cáselos usted.

El fraile se revistió de sobrepelliz y estola, y haciendo de acólito un soldado de la guardia, procedió a administrar el sacramento del matrimonio. Hechas las preguntas del caso y dada la bendición, como advirtiese el comandante que el ministro no leía a los contrayentes la epístola de san Pablo:

—No omita usted nada, padre —le dijo—, dígales usted la epístola para que sepan sus obligaciones de casados.

El fraile lo hizo así, y terminó con el gradual.

—¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya! —contestó alegremente Mo-

rinchón al final, en tanto que los dos jóvenes rompían a llorar, abrazados el uno con el otro—. No lloréis, muchachos —les dijo el comandante—; alegrad los corazones, ¿no soy yo vuestro padrino de boda? Pues ahora viene el regalo... Señor oficial —siguió diciendo al de guardia que actuara también de testigo de la boda—; puede usted retirar la guardia, porque el reo está indultado. Y usted, buen hombre —al padre de la moza—, avise al *nuncio* que pregone la fausta nueva en todas las cantonadas del pueblo.

Pintose el estupor en todos los semblantes porque nadie podía creer lo que oían; hasta que al fin dijo el guardián:

—¡Ya lo veis, hijos míos, Dios es grande! Besad la mano a vuestro padrino.

Así lo hicieron los recién casados, estrechando y besando las manos a Morinchón, sin acertar a decir más que repetidas: —¡Gracias! ¡Gracias!

El comandante se sintió conmovido y rápido se zafó de ellos, yendo a dar la noticia oficial del indulto.

Voló la noticia en el pueblo y tanta fue la alegría del vecindario, que echaron a vuelo las campanas de la iglesia como en día de fiesta mayor; la mozada se echó a la calle a dar el parabién a los novios y el Ayuntamiento repartió a la tropa una doble ración de víveres.

Epílogo de tan agradable episodio fue el regalo que la comunidad del Cid hizo al comandante del cuadro de la Virgen que tanto admirara este. Morinchón estimó en tanto el obsequio, que dijo al guardián cuando se lo entregó:

—Será mi Virgen de las Batallas; la llevaré en todas mis expediciones como diz lo hacían los antiguos caudillos.

XVIII

EL pesimismo de Morinchón acerca de la campaña del Centro estaba justificado por la crítica situación en que se encontraba el carlismo en ese distrito. La prensa liberal anunciaba a los cuatro vientos que iban a empezar las operaciones sobre Cantavieja. Según los pormenores que se detallaban, Jovellar marchaba desde Valencia a Sagunto, y desde aquí a Segorbe, porque Dorregaray, moviéndose sobre Chelva, parecía abrigar el pensamiento de invadir las provincias de Cuenca y Guadalajara; cosa que el general carlista no llegó a realizar por las medidas adoptadas en contra, regresando al Maestrazgo por Yesa.

A fines de junio de este año de 1875, la situación de los dos ejércitos era esta: *Jovellar*, con la división *Esteban*, en Lucena; *Montenegro*, con la primera división, en San Mateo; *Salamanca*, con la segunda, en Pedralba y Sarrión; *Weyler*, con la tercera, en Calanda y Vivel; y la división catalana de *Martínez Campos*, camino de Cantavieja, después de haberse apoderado de los fuertes de Flix y Mirabet y hecho levantar el bloqueo de Morella. Los carlistas, por su parte, se encontraban: *Dorregaray*, con la brigada Villalaín, en Villafranca del Cid; *Álvarez*, con la división del Maestrazgo, en Cati, observando a Salamanca; *Gamundi*, con la división aragonesa moviéndose sobre Valderrobles; y *Adelantado*, con la valenciana, por Chelva y Torija. Comparando estas últimas fuerzas, desprovistas de todo y minadas por tanto género de disolución, con las del enemigo, superiores en número, provistas de mejor armamento, con abundancia de municiones y con todos sus servicios organizados, la lucha había de ser desigual.

—¿Pues sabes lo que dicen a todo esto en el Norte? —agregó Morinchón, después de darme los antedichos detalles—. Oye las

noticias que me comunica mi amigo el general Cavero, ayudante del Rey. *El Cuartel Real*, comentando la noticia de los grandes refuerzos que acumula Jovellar, escribe: «Mientras más vayan, más caerán. El general Dorregaray dará cuenta de todos». ¿Cómo, pregunto yo, si a Dorregaray se le deja entregado a sus propios recursos? En todo el tiempo que aquí lleva no se le ha enviado un solo fusil, y las municiones escasean de tal manera, que apenas pueden hacerse más de tres horas de fuego en ningún combate. El enemigo fortifica todos los pueblos que pueden facilitarnos algunos recursos, y puntos hay donde es un problema dar la ración diaria a nuestras columnas.

»¡Qué poco saben en el Norte de nuestra agonía! Cavero me dice que allí están muy divertidos con las juntas, jura de los fueros y otras cosas, y que les queda muy poco tiempo libre para ocuparse de los asuntos de la guerra: que Doñamayor, ayudante de Dorregaray, anda tras el Real pidiendo y suplicando en favor nuestro y que el Rey se lo ha quitado de encima, encargándole diga a su general de palabra: «Que como nada podía hacer, si le perseguían, que huyera»...

»El mismo Cavero añade tristes noticias de la situación del Norte. Los generales se acusan públicamente, los unos a los otros, de todo lo peor que un hombre puede ser acusado, prodigándose, con una facilidad pasmosa, las especies de traición, inutilidad y tal y tal. Don Carlos no sabe ya de quién fiarse y ha tomado asco a todos.

»Hay que oír el juicio que le merecen uno por uno. De Tristany, jefe de su cuarto militar, publica que *hasta le falta saber presentarse bien*; de Mogrovejo, *que sólo sirve para intrigar y estar tras la cortina*; de Velasco, *que para nada sirve*; de Viñalet y Benavides, *son un hatajo de inútiles*... Son tantos en número estos generales, que llegan a constituir un batallón sagrado, llamado vulgarmente *El Panteón*. Pues a pesar de la mala opinión en que el Rey les tiene, en vez darles la licencia absoluta, se deja aconsejar de ellos. A veces hacen dar a don Carlos órdenes tan deliciasas como mandar a Dorregaray que abra una información para saber si eran siete o no eran siete, los fardos pertenecientes a los señores Gómez hermanos, de Madrid, que por necesidades de la guerra hubo de quemar en la estación de Archena el

jefe Lozano... Después del tiempo transcurrido, y sabiendo cómo nos encontramos, la orden es bufa.

»Otro detalle para que veas el buen concepto que el Rey tiene de sus huestes del Centro. Estando Dorregaray en Cantavieja, recibió a su ayudante de campo La Baume, de regreso de entregar a don Carlos la bandera cogida en Molina de Aragón, y una carta en la que le pintaba el estado lastimoso en que se encontraba el distrito; pues bien, al presentar aquella bandera, un oficial de órdenes de don Carlos se permitió la siguiente exclamación, proferida en presencia del amo: “—¡Esto será de alguna iglesia!”. Ante la indignación que mostró La Baume, el Rey, por toda satisfacción, dijo sonriendo: “No hagas caso, es una chirigota de este”.

»Esta camarilla de ojalateros e intrigantes es la que hizo salir del Norte a Dorregaray y la que ahora le niega todo auxilio, para que se desprestigie en el Centro. Las últimas noticias son que para parar el golpe de los 58 batallones, 35 escuadrones y 62 cañones que vienen sobre nosotros, el Rey piensa —piensa nada más— mandar a Mogrovejo con una expedición a Castilla; a Savalls que atravesase el Ebro y marche sobre las fuerzas de Martínez Campos; y a Pérula, con otra expedición al Alto Aragón, es decir, más cerca de Estella que de Cantavieja. Por si acaso, *El Cuartel Real*, previendo el sitio de Cantavieja, excita a Dorregaray “a que renueve las hazañas de Guzmán el Bueno y de san Ignacio de Loyola”. ¿Qué ensalada, verdad?

XIX

DADAS las órdenes oportunas por el general Jovellar, su ejército empezó el movimiento de avance, y hubo encuentros parciales entre las columnas de uno y otro bando.

En la madrugada del 29 de junio, el comandante Morinchón recibió orden perentoria de acudir en auxilio del general en jefe, amenazado por el enemigo en Villafranca del Cid, distante siete kilómetros de Iglesuela. En un periquete, se cumplió la orden, y las compañías de *almogávares* quedaron incorporadas al cuartel general.

Venía Jovellar por el barranco de Monlleó, con la división Esteban, fuerte de ocho batallones, un escuadrón y siete piezas de montaña. El camino entre Vistabella y Villafranca es llano y de suave descenso al principio; pero después hace una cuesta áspera, cerca de hora y media, para volver a bajar a un terreno de pendientes más suaves, con bosque claro y cercas de ganado de un metro de altura.

A pesar de lo muy encargada que estaba la vigilancia, y de las disposiciones que se habían adoptado, el aviso de la aproximación del enemigo no se recibió con la anticipación debida, y esto impidió que los carlistas pudieran situarse en las posiciones más favorables para ellos. De todos modos, para llegar Jovellar a Villafranca, necesitaba cruzar el Monlleó, a cuya desembocadura está la Casa Leandra, y tomar Coll-Divoll y Loma de Bart para salir al llano Movorra, desde el que se divisa Villafranca del Cid.

Noticioso Dorregaray de la aproximación del enemigo, mandó tocar llamada a la carrera, reuniéndose la brigada de Villalaín, que escasamente sumaba 1.300 hombres y aun mal armados. Lo que más valía era el batallón *Guías del Centro*, formado de los restos del famoso batallón de Lozano, en número de 600 hombres aguerridos, con Remingtons y Berdan.

A las diez de la mañana estaba ya formada nuestra línea, apoyando la derecha en la Casa Leandra, y la extrema izquierda a la salida del barranco. Aún no se veía al enemigo, que había hecho alto a la orilla derecha del Monlleó, temiendo una emboscada.

Desde el flanco izquierdo en que me hallo se divisa una nube de polvo que se levanta sobre una loma cercana; el sol, que brilla sin nubes, muestra a poco las blancas boinas y los relucientes sables del escuadrón de Guías que ya corona la eminencia. Dorregaray se acerca: las agudas notas de los cornetines de órdenes van recorriendo la línea de la brigada; los soldados presentan sus armas; relucen los sables de los oficiales al movimiento del saludo, como relámpagos: charangas y clarines rompen a tocar la vieja *Marcha* conforme pasa el general ante las fuerzas. La tropa está inmóvil; hay en la escena una majestad marcial que se armoniza con la militar figura de Dorregaray, bien puesto a caballo, muy soldado.

La fisonomía del general es la misma que en el despacho de Cantavieja; el peligro y la responsabilidad no alteran un solo músculo de su tostado rostro. Como de costumbre, lleva el brazo en cabestrillo, y saluda con una inclinación de cabeza, por que la mano derecha la necesita para manejar las bridas.

Le preceden los batidores de la escolta y dos ayudantes. A la derecha y un poco a retaguardia, el jefe de Estado Mayor, brigadier Oliver; y entre el pelotón, Villalaín y Cucala, y ayudantes de campo y de Estado Mayor. Cerrando la comitiva, los 86 caballos del brillante escuadrón de Guías.

La revista termina. Dorregaray y su séquito desaparecen al galope por una hondonada; deben ir a colocarse en la posición que hemos de ir a atacar. Vuelve a pasar Villalaín, y casi al mismo tiempo el coronel Ordóñez con los Guías de a caballo, parte hacia vanguardia para explorar, reconocer y descubrir. Nuestro objetivo es la Loma de Bart y tenemos la misión de envolver. Despliegan dos batallones; las guerrillas se dibujan sobre el fondo verde de las ondulaciones del terreno; el batallón de Guías también se despliega, y las guerrillas de Morinchón se dan la mano con las primeras. Toda la masa está en movimiento; un enjambre de liebres, sorprendidas en sus camas, corren alocamente.

das por entre infantes y jinetes; algunos de aquellos animales son hechos prisioneros con el mayor silencio y orden; no se oye una voz.

La preocupación es cubrirse, aprovechar el terreno avanzando, producir lo que se llama «el vacío del campo de batalla»; pero es difícilísimo; primero, porque la posición del enemigo es muy dominante, y después porque se dispone de poco terreno para que cada fracción de tropa pueda elegir camino; hay que contentarse con el encuadre que se tiene.

El cañón enemigo suena ya; su sección de montaña se desprende de la línea y colócase en batería. Empiezan a aparecer por las crestas sus compañías de infantería de Marina. Una de ellas avanza rápida, valerosa, indomable, allí donde más fuego hacemos en oposición a la metralla de los artilleros. Aparece Dorrregaray entre nosotros con el cuartel general, y comprendiendo que es indispensable un supremo esfuerzo para contener aquellos valientes, nos anima, nos arenga y manda una carga a la bayoneta. La compañía de Marina, agobiada por el número, se retira.

El combate sigue con más rudeza y más bravura en la zona del bosque, donde el valiente Villalaín está a punto de envolver el ala izquierda enemiga. Vamos a ayudarle. El comandante Morinchón se encuentra al brigadier junto a un pino, y extrañándole verle a pie y sumamente triste, le pregunta qué le sucede.

—¡Qué he de tener! —contesta el general—. Que me han matado el caballo y el macho.

Villalaín tenía un caballo y un macho que eran casi unas fieras y a los que trataba con mucho mimo; el caballo, sobre todo, era célebre porque le alimentaba con pan y vino.

Pocos instantes después, junto al mismo pino, el general cae muerto de un balazo en la sien. Su ayudante Cardona, a pesar del fusileo que le rodea, pone el cadáver a la grupa de su caballo y lo retira del campo de batalla. Cuando se enterró a Villalaín en Mosqueruela, se vio que tenía en diferentes partes del cuerpo 47 heridas recibidas en varias acciones de una y otra guerra.

El momento es crítico, terrible. Los dos bandos extreman su empuje para alcanzar una victoria que creen estar tocando. Los heridos juntan sus ayes a los clamores de los combatientes. Vese

un infante contrario que avanza solo al frente nuestro y mata tres carlistas, en combate personal. Un corneta, un pobrecito imberbe, avanza resuelto, le pone los puntos, y de un disparo le deja fuera de combate. Parece la escena al vivo de Goliat vencido por David. Dorregaray, que anda por allí cerca, se entera del suceso y quiere felicitar personalmente al muchacho.

—Bien, pero muy bien —le dice, estrechándole la mano—. ¿Cómo te llamas?

—¡Se ha olvidado usted de mí, mi general!... Soy *El Inútil*.

—¡Ah! Conque tú eres... Pues bien —repuso Dorregaray volviéndose a los demás—: ahí tenéis un valiente que en Cantavieja era incapaz de conquistar un bollo al asalto y ahora se ha ganado *la Laureada*...

Sigue el fuego. A cada paso se sortean cadáveres en posición supina o boca abajo, en charcos de sangre. Cuento diez, veinte, treinta, cuarenta de los nuestros, pero muy pocos de los contrarios, sin duda porque su ambulancia se apresura a retirar los heridos.

O porque fuese más vivo nuestro avance del flanco izquierdo, o porque el que tiene que envolver necesita siempre darse más prisa que el resto de la línea, el centro se retrasó, de lo que supo aprovecharse el enemigo reforzando su posición y rompiendo un horroroso fuego sobre nuestras escasas fuerzas. Su caballería se había reunido a la salida del pinar para acuchillarnos; pero el escuadrón de Guías, con Ordóñez a la cabeza, sale al llano y le hace retroceder con dos valientes cargas.

Pero no había tiempo que perder si queríamos salvarnos. Dorregaray, que no hurtó el cuerpo un solo instante, como que le mataron el caballo y recibió una fuerte contusión, viendo que a la infantería se le acababan las escasas municiones con que había entrado en fuego, y que el enemigo extendía su línea por ambos flancos, mandó tocar retirada... ¡Qué vergüenza! ¡Mi primera batalla, y la perdí!

Porque el combate de Villafranca tuvo el aspecto de una verdadera batalla: duró toda la tarde; se inició a la una y a las cinco se había decidido.

Los nuestros se dispersaron en el mayor desorden, unos hacia Mosqueruela con Dorregaray; otros hacia Cantavieja por Iglesuela, con Oliver. Las fuerzas de Morinchón efectuaron la retirada por el segundo itinerario; pero era tal el acoso del enemigo, que el comandante dio orden de volver caras y repeler el ataque. Como el terreno nos favorecía y además empezaba a oscurecer, los perseguidores optaron por dejarnos en paz, no sin despedirnos antes con una granizada de balas.

De esta hecha, el batallón tuvo más bajas que en todo el combate; Gouvión cayó junto al comandante, y este, el excelente Morinchón, recibió un balazo que le rompió el brazo izquierdo y le entró por el pecho. Yo me había desviado con una sección de la compañía para recoger a los fugitivos que salían de todas partes, y al incorporarme al grueso de la columna, supe la desgracia del comandante. Corrí a informarme de su estado. Entre cuatro hombres le llevaban en una angarilla improvisada con ramas de árbol. Estaba el pobre tendido boca arriba y sumamente pálido. Sus ojos, de un brillo vivo especial por el reflejo de los espejuelos, ahora aparecían velados.

Se le había despojado de la guerrera y mostraba la camisa ensangrentada, el brazo roto mal vendado, y el pecho agujereado por una bala que aún no se le había extraído. Quedé asustado de la alteración de rasgos del herido. Al estrecharle la mano derecha con efusión, me preguntó si nuestras pérdidas eran muchas. Le participé que al capitán Gouvión le habíamos dejado atrás, muerto.

—¡Pobre Gouvión! —exclamó Morinchón—. ¿Conque el papagayo ha hincado el pico? Yo también lo hincaré pronto...

Traté de disuadirle de tan fúnebre presentimiento. Se quejaba de violentos dolores y le atormentaban el calor y la sed. Le dimos a beber agua y le abaniqué el rostro con la boina para engañarle, porque lo que no podía conseguir la brisa nocturna, mal podía lograrlo un abanico cualquiera. Lo peor era que no teníamos un mal físico que hiciera sobre el terreno la primera cura.

La humareda que el viento traía del lado de Villafranca, producida, sin duda, por los cadáveres de mulas y caballos que que-

maba el enemigo, entristecía el ambiente y aumentaba el bochorno. Yo no me separaba del lado del comandante, al que por momentos veía más abatido. En una naturaleza enérgica como la suya, eso era un indicio terrible; él, que no tenía costumbre de quejarse por nada, suspiró una vez: «¡Sufro horriblemente!». Es imposible decir el acento triste con que pronunció estas palabras.

Conseguimos llegar a Iglesuela e instalar al herido en su alojamiento. Al apartarme de su lado me apretó la mano, y, sin poder articular palabra, rompió a llorar.

—¿Quería usted algo de mí, mi comandante? —le dije.

—Sí; que me pusieras al pie de la cama la Virgen del Cid, y si me muero hazme enterrar con ella... ¡Me recuerda tantas cosas!... A cambio de este favor te nombro mi heredero, es decir, heredero de unas pocas pesetas y de mis *Comentarios*. Guárdalos como recuerdo de un amigo; pero no se te ocurra publicarlos, porque como nadie los leerá, perderías tu dinero... Por último, avisa al guardián del Cid, que venga enseguida.

Fui a cumplir el encargo y el guardián se apresuró a acudir junto a Morinchón. Por el camino íbamos hablando de este hombre singular, de su bondad y de tantos otros méritos que él trataba siempre de ocultar; nos dolía pensar que una naturaleza vigorosa como la suya se abatiese así, tan de golpe. Por mucha prisa que nos diéramos, ya estaba agonizando el herido. En estos últimos momentos su semblante parecía indicar un alivio, iengañosa ilusión!, primer síntoma de la suprema belleza que debía revestir en su eternal reposo aquel espíritu privilegiado y noble.

Me vi en la necesidad de dejar al comandante, porque me llamaron para reconocer el fúnebre cortejo de muertos y heridos de Villafranca y dar parte de las bajas de mi compañía. Finida esta comisión, al volver al alojamiento del comandante tropecé con el guardián: —¡Dios le tenga en su santa gloria! —me dijo—. Estas palabras me hicieron daño en el corazón.

El cuerpo del querido comandante fue trasladado a una especie de capilla ardiente que entre el guardián y yo improvisamos en la sala despacho. A la luz de los cirios contemplé la cara del pobre Morinchón como si ella fuese de mármol. ¡Tales eran

la calma y el reposo de las facciones y las líneas esculturales de los rasgos, llenos de nobleza y majestad, como si toda su alma se hubiera grabado afuera antes de volar al espacio! El cadáver fue velado toda la noche por algunos camaradas que tuvimos a grande honra tributar este último y piadoso honor a un jefe querido.

Las exequias fueron al día siguiente, 30 de junio, muy temprano, y todo lo solemnes que lo consintieron las circunstancias. El fúnebre cortejo se componía de seis ataúdes de tabla, en los que iban otros tantos oficiales muertos en la retirada de Villafranca, entre ellos el capitán Gouvión, y un féretro más lujoso que con el dinero de Morinchón compré al sacristán del pueblo, y que era el que servía para las misas de aniversario en la parroquia; en él iba el comandante, amortajado con su uniforme y llevando consigo la espada y el cuadro del Papa Luna; y sobre la tapa una corona de flores, modesta ofrenda de sus ahijados de la víspera.

Al llegar al camposanto, el baturro, padre de la recién desposada, no consintió que el cadáver del comandante fuese enterrado en la fosa común y le dio reposo en un nicho de su propiedad. Una descarga cerrada fueron todos los honores póstumos tributados a Morinchón, comandante; en cuanto a Morinchón, hombre, es de suponer que ni el guardián le olvidaría en sus oraciones, ni la hija del baturro, con siemprevivas, en cada aniversario.

EN la dispersión de Villafranca, los *almogávares* nos vimos cortados del cuartel general, y desde Iglesuela seguimos a Cantavieja.

Dorregaray se dirigió a Fortanete y desde este punto a Villarluengo, donde tuvo consejo de generales para acordar una solución que salvara el Ejército del Centro. La opinión fue unánime: Palacios, Gamundi, Adelantado y Boet, estuvieron conformes en que había llegado el triste e inevitable caso de evacuar el territorio, y que la resolución adoptada debía efectuarse sin dilación. En consecuencia, se avisó a la guarnición de Cantavieja que clavara los cañones y evacuara la plaza. Pero los acuerdos de Villarluengo fueron el día 1 de julio, y para esta fecha Cantavieja estaba ya sitiada.

Dicho queda que el brigadier Albarrán estaba encargado de la defensa. Las obras de fortificación, que venían construyéndose desde el mes de mayo, aún no estaban terminadas, porque no se esperaba ser sitiados tan pronto; así es que aquellas se reducían a una trinchera en toda la extensión del frente posible de ataque, a unos quinientos metros de la villa, en dirección a Fortanete y Mosqueruela; a otra segunda en el mismo frente, a 150 metros, y a un lienzo de muralla de metro y medio de espesor con cinco órdenes de aspilleras, cuyos entrantes y salientes proporcionaban múltiple y eficaz flanqueo. Dos cañones bajos, con dos piezas de artillería de las tomadas en Cuenca, facilitaban barrer con fuegos rasantes las inmediaciones de la puerta de entrada; y aprovechando todo el maderaje del destruido arrabal, se pusieron numerosos traveses para retardar la entrada en las calles, caso que entrara el enemigo. Pero todo esto incompleto, porque quedaban todavía en pie algunas casas del arrabal; las granadas no eran para los cañones rayados de a ocho que te-

níamos, sino para los de sistema Plasencia; en el interior de la villa no se había hecho obra alguna para desenfilar las calles de indispensable tránsito, viéndose todo su trayecto expuesto a los fuegos exteriores; municiones para la infantería las había muy escasas, y aunque los víveres parecían suficientes, como no se había hecho evacuar la plaza a los viejos, convalecientes y demás gente inútil para la defensa, aquellos llegarían a faltar. Y por este estilo, otra porción de detalles.

La guarnición consistía en tres mermados batallones, dos de Castilla y el tercero de Aragón; una compañía de veteranos, o de la *Tos*, la de cadetes y la Junta Superior carlista de Aragón (Diputación e Intendencia), sumando entre todos 170 jefes y oficiales, 50 cadetes y 1.075 individuos de tropa. De toda esta gente, estorbaba la mitad, porque no había fusiles para todos.

Así las cosas, el día 1 de julio el enemigo hizo alto a un kilómetro de la población, adoptando disposiciones para sitiar la plaza y privarla de exteriores auxilios. Desde lo alto de las aspilleras, o bien desde los terrados de las casas, veíamos los sitiados el avance del enemigo, sin poderlo remediar. Sólo cuando, como saludo, nos enviaron los primeros cañonazos, nuestros artilleros correspondieron disparando las pocas granadas disponibles. Después silencio absoluto, precursor de la tempestad.

A las seis de la tarde se oyó un cañoneo distante en las posiciones enemigas. Dijeron algunos que ello obedecía a que los batallones de Dorregaray o los de Adelantado venían en auxilio nuestro, pero pronto se averiguó la verdad: era que Martínez Campos acababa de llegar de Morella para completar el cerco y los dos generales en jefe, el del Centro y el de Cataluña se saludaban al cañón.

¡Ya no había remedio para nosotros! Se hacía imposible la escapatoria. Sin embargo, al cerrar la noche, hízose una tentativa por si podíamos escurrirnos por el barranco de Mirambel, que parecía tener descuidado el enemigo; este se percató enseguida y cerró el paso con un puesto armado, quedando así formalizado el bloqueo.

Al llegar a este punto de mi *Diario*, lo transcribiré tal como lo apunté en aquellos días, si bien ampliando ciertos pormenores que entonces ignoraba.

Día 2 de julio.—Desde los altos de Mosqueruela, de Fortanete y desde las cañadas de Tronchón y Mirambel, los cuatro puntos cardinales del cerco, nos despiertan las dianas de los batallones enemigos allí acampados. Disipada la niebla matutina, se ve el humo de los fuegos del vivac. Como nos tienen seguros, almuerzan con todo sosiego, y después será ella; nos dejan en paz, como diciéndonos que también nosotros nos desayunemos. A ello nos disponíamos cuando nos encontramos con la novedad que nos han cortado el agua del manantial que alimenta las fuentes del pueblo. No nos queda más sino proveernos de una cisterna del Calvario en una explanada que da al barranco, abierta por todos lados a los fuegos de enfrente. Tanto es así, que apenas entran en funciones nuestros aguadores, los tiradores enemigos se divierten en cazarlos. A esto se ocurre, cubriéndose aquellos de medio cuerpo arriba con ollas y tapaderas de rancho, hasta salvar la zona peligrosa. Para evitar bajas, se ordena aplazar la aguada hasta la noche, cuando no puedan vernos; a este efecto se nombran diez hombres por compañía que van a sacar el agua y la conducen en aportaderas y marmitas.

El enemigo aprovecha la mañana adelantando sus cañones en la primera trinchera; dos baterías de a cuatro piezas cada una, frente al punto que tendrán señalado para el asalto; otra del mismo número de bocas de fuego, en posición intermedia; dos piezas en el mas de Perales, sobre la margen izquierda del barranco, para enfilar el frente del ataque, y otras dos en la extrema derecha de la línea para batir de revés nuestros cañones, *¡nuestros cañones!*, y el fuego de las aspilleras del muro.

Se oponen a estos trabajos nuestros tiradores sin conseguir nada, porque la artillería sitiadora contesta con 400 disparos, dando tiempo a que sus ingenieros construyan espaldones y caminos cubiertos para emplazar nuevas baterías.

Además de abrir brecha, hacen fuegos parabólicos sobre nuestras cabezas; es imposible andar por las calles y se corre pe-

ligro en las casas, que empiezan a destecharse. El espectáculo, en medio de todo, resulta interesante. Las explosiones en el aire parecen astros que estallan; mil trayectorias de balines y cascos silban con ruidos estridentes: unos, graves como los del bordón de una guitarra gigantesca; otros, agudos, lastimeros, como un quejido humano. El gobernador Albarrán dicta órdenes para que se abran boquetes en las paredes medianeras y se pueda transitar a cubierto de las bombas. Entre la tropa causa mal efecto ver a los señores de la Junta ponerse a seguro en la iglesia, edificio que por su maciza construcción ofrece más garantías de seguridad. ¡No que no! Bien tontos serían si no lo hicieran así. También la chusma en los descansos de las guardias se acoge al seguro de silos y cuevas de los alojamientos.

Me toca la guardia en una aspillera de quinto piso. La tal aspillera es una raja de medio metro de altura hecha a través del muro, con un repecho interior para comodidad del tirador; y hacia la parte externa la hendidura justa para embocar el fusil. Reúne, por consiguiente, la doble ventaja de ser un magnífico cazadero y un soberbio observatorio. Hay la consigna de tirar a discreción en cuanto se ponga alguien a tiro; pero como el enemigo hurta el cuerpo y todo lo encomienda a la artillería, los tiradores nos aburrimos en los andamios. Unos se tienden a la bartola, otros cantan, otros juegan a los naipes, y yo me entretengo en otear el horizonte.

Por el camino de Mirambel contemplo ondular una masa de infantes, de jinetes y de acémilas que acaban por desdibujarse en los repliegues de la sierra; es la división de Martínez Campos que va a traer de Morella un convoy de boca y guerra, para el campamento. Se supo posteriormente, que las mujeres de Morella pasaron toda una noche amasando treinta mil panes que pidió el general.

Llega la tarde, y los cañones enemigos envían sus destructores proyectiles. Al cabo de cuatro horas de incesante cañoneo, los disparos se reducen a uno cada cinco minutos, y finalmente, cada ocho; sin duda para ahorrar municiones. Los tiros van con preferencia al lienzo de muralla donde está mi puesto y a una casa que hace ángulo con él. Los indinos tiran con tanta precisión, que de cinco en cinco minutos, ponen una granada don-

de pusieron la anterior. No hay quien pare allí; pero en cuanto cesa el fuego, trabajamos a porfía en reparar los desperfectos con esportillas de piedras y con vigas.

También entre los nuestros hay buenos tiradores, no de cañón, porque nuestras bombardas se quedaron sin voz, sino de fusil, sobresaliendo entre todos el famoso *Chepa de Montalbán*.

En mi andamio está y en la aspillera junto a la mía; que no obstante ser teniente de caballería, trabaja como un fusilero. Es un perfecto jorobado, es decir, casi enano, con corcova delante y atrás. La enorme boina que cubre su cabezota le da la apariencia de un hongo. Su barba es rala y sus ojos exudan bilis.

Está al acecho de dos piezas que el enemigo tiene situadas a pocos metros, entre los escombros del arrabal. *Chepa* está retrepado en la tronera; empuña un buen Remington y atisba por entre la raja de la aspillera. En cuanto asoman los servidores de la pieza, *Chepa* les pone los puntos, y de cada tiro un hombre en tierra. Es tanta su destreza, que en el acto de estar cargando un cañón, y estando abierta la recámara, metió una bala, inflamando la carga y produciendo heridos y muertos. ¡Qué satisfacción la suya! No ya la del que obra en legítima defensa, sino por el placer de hacer daño.

Cuentan las crónicas de Indias que allá en la batalla de Xaquixaguana, así cuando vio Francisco de Carvajal el campo real, pareciéndole que los escuadrones venían bien ordenados, dijo: *Seguramente el diablo o Valdivia está entre ellos*; porque era notoria la pericia táctica del conquistador de Chile; evocación histórica que viene a cuento, porque en nuestro campo contrario era famosa la puntería de *Chepa*, como se verá por un detalle que viene después.

Como de costumbre, se reza el rosario a las siete, y después se hacen rogativas a la Virgen para que no nos abandone y nos envíe el beneficio de la lluvia para llenar los aljibes. Anochecido, el enemigo descansa y nosotros también. Vuelven a encenderse las fogatas del cerco y a oírse las alegres notas de la retreta.

Desde los puestos más inmediatos, frente a los tajos de Cantavieja, nos gritan:

—*¡Carcas!* Buenas noches. ¿Qué tal os va? Preparaos para ir a Valencia.

—Entregaos, que os daremos cuartel —responden los nuestros— como el portugués del cuento. No entraréis, no.

—Maricas.

—Hijos de la gran...

Y tales y tales.

Cenamos espléndidamente, porque como en la plaza quedan 300 ovejas y se barrunta ellas han de perderse, por si nos las quitan se carnea sin tasa.

Hace un viento huracanado y un frío de invierno. Los sitiadores no tienen más alojamiento que las peñas por lecho y el cielo por techumbre. Su cuartel general lo tienen establecido en una masada³.

Día 3.—Empieza el bombardeo muy temprano. Nos vamos acostumbrando a los regalos de los cañones; y llamamos *pepinos* a los proyectiles. Hay quien se va a la plaza o a otro descampado, por el gusto de ver venir una bomba; yo también hago la prueba, que no resulta tan peligrosa como parece. Vese un pequeño bólido que hiende los aires con su penachito de humo; que cae en tierra y explota abriéndose como una granada. De ahí su otro nombre. Como uno tenga la precaución de echarse de bruces al verle caer de cerca, sale indemne, porque los cascos se despliegan en abanico. Por esto habréis leído que en los sitios de Zaragoza y de Gerona, se avisaba con un tambor la caída de uno de estos aerolitos, para que los que estaban distraídos se espatarraran en el suelo; así se comprende también que los gaditanos se rieran de las bombas francesas el año 12.

Parece mentira; pero en los tres días que llevamos de bombardeo no hemos tenido ni un herido ni un contuso.

Como entre nosotros abundan los aragoneses, los muchachos se divierten improvisando coplas de jota; pero es una jota triste, porque no hay mozas a quien dedicarla y está jaleada por tiros y cañonazos.

³ En estas tierras de Aragón, lo mismo que en Cataluña, hay *mas* y *masada*. Un *mas* es una casa de campo en seco; una *masía* o *masada* es una casa de labor con sus tierras y aperos.

Me acuerdo muchas veces del pobre Morinchón y de su *Delenda est Cartago*. Empiezo a entrar en cuidado. ¿Qué pasará, Dios mío? Capitular, bien; pero si logran sorprendernos antes... Tanto como la angustia me ahoga el calor; ¡qué lástima de la Alameda de Valencia y de los baños del Cabañal que me pierdo por hacer el héroe en los muros de Cantavieja! Peor castigo no podía desear mi madre para este hijo pródigo.

—Pelillos a la mar —me dice un veterano filósofo, fumando su pipa, con el que pego la hebra de firme y le hago confidente de mis cuitas—; cuidémonos de las balas, que de los cuchillos no hay cuidado. Cantavieja es inexpugnable, así vengan cien mil demonios sobre ella. Capitularemos, ¡qué duda cabe! *Plaza sitiada, plaza tomada*; pero hay que resistir para hacernos valer. La vida de nuestros jefes garantiza las nuestras; buen cuidado se tendrán estos de capitular en el momento oportuno; ¿ni qué remedio les queda, si estamos abandonados?

Me corrobora esto último alargándome un periódico que en una piedra tiró con honda un soldado y en el que se daba cuenta de la dispersión de nuestro Ejército del Centro. Weyler había batido en Tronchón los seis batallones de Gamundi y Boet, que andaban por las inmediaciones de Cantavieja; y Dorregaray pasó el Ebro, dejándonos por perdidos... En esta retirada el general carlista anduvo la enorme distancia de 100 kilómetros en cuarenta horas; para animar a su gente díjoles que iba al encuentro de una división navarra, que con cuatro cañones venía a levantar el sitio de Cantavieja.

Como la luna sale cada vez más tarde, se refuerzan los puestos y pasamos sobre las armas el primer cuarto de noche. En ocasiones se oye tan de cerca el fusileo enemigo, que nuestros oficiales salen de sus alojamientos en averiguación de lo que ocurre, temiendo que fuera atacado algún puesto o retén.

Muy de tarde en tarde, disparan un cañonazo, que en el silencio de la noche retumba como un trueno. Un aficionado carlista toca la flauta con gran primor en uno de los baluartes. Los sitiadores más próximos premian el concierto con aplausos; pero a lo mejor se ve la espoleta de una bomba que se viene encima,

y calla la flauta, volviéndose a oír en cuanto se ha repuesto del susto el tañedor del instrumento.

Día 4.—Está lloviendo desde media noche, y el enemigo debe de haberlo pasado muy mal, porque desahoga su mal humor azotando la plaza a tiros y cañonazos. Para resguardarse del frío y de la lluvia ha improvisado un pueblo de chozas que llaman *Cantajoven*; pero, como siga el temporal, eso no será una población, sino un *acuarium*.

Es muy posible que la compasión pública no se de cuenta exacta de lo que significa el mal tiempo para un ejército en operaciones. La lluvia en la guerra abate el ánimo, acongoja el espíritu. El cielo, como una bóveda negruzca, se apesadumbra y cae deshecho en agua; unas veces con furia de enemigo y a ratos mansamente, cual si tomara alientos para otra acometida. La trinchera comienza a ponerse resbaladiza, y pronto es una balsa, en la que chapotean los centinelas; los pobres se cubren la cabeza con las mantas, ocultando el fusil, el amigo inseparable, que hay que preservar de la humedad.

El piso del campamento se enfanga con el lodo, y ya no se podrá dormir echado hasta que el sueño rinda y no se detenga en barro más o menos. Tampoco se podrá cocinar al aire libre; la leña, húmeda, se niega a arder, y los rancheros, de rodillas, apoyadas las manos en la mojada tierra, soplan y lloran, no sólo por el humo que ennegrece sus ojos, sino porque la olla no cuece...

El servicio avanzado se refuerza; no se ve a veinte pasos; un telón de agua, que unos minutos cae vertical y otros sesga el viento, borra del todo las sinuosidades del terreno. Y así llega la noche, y la tropa nombrada de trinchera entra en la zanja junto al parapeto, con agua a la rodilla. Y llega la aurora, y una luz gris sustituye a la claridad del día; la diana, alegre cuando precede al sol, tiene sonidos de tristeza acompañada por el sordo rumor de la lluvia. Ya nadie se preocupa de mojarse más o menos; no hay nada seco. Se come el rancho por vivir, por tener fuerzas, no porque apetezca; se duerme en el charco, porque ante el sueño nada se resiste. No hay enfermos, porque no hay sanos; todos tiemblan, todos tienen frío.

«A mal tiempo, buena cara, muchachos», dicen los oficiales para animar a la tropa; y los muchachos sonríen con sus caras llenas de churretes de lodo, sus trajes pegados al cuerpo y reluciendo de agua. No tocan las músicas la marcial retreta; no se oye guitarreo junto a las cantinas; no se escucha más que el incansable llover, siempre igual, siempre desesperante, y algún juramento lanzado por un cristiano que resbala y cae sobre la charca.

Es preciso ver todo esto, siquiera sea con la imaginación, para comprender lo que significa la noticia del mal tiempo en la guerra...

Abonanza, y el enemigo adelanta el tren de batir haciendo estragos formidables en la muralla y en el casco de la población. El rebote de tanta metralla ocasiona las primeras víctimas del sitio: dos heridos; el uno en un brazo, el otro en una pierna. Se les lleva al hospital de sangre y los físicos resuelven que procede la amputación; pero tropiezan con el magno inconveniente de no tener aparatos de operar. Esto da idea de lo mal servidos que están nuestros servicios castrenses; todos los batallones tienen cura, pero ninguno médico.

A las dos de la tarde, el gobernador Albarrán, previas las formalidades de parlamento y suspensión de hostilidades, envía un oficial sanitario al campamento enemigo con una carta al general en jefe, en la que, invocando sentimientos de humanidad, pide que las baterías respeten el hospital de sangre y envíe, por gracia particular, un botiquín de cirugía para amputación. Jovellar se hace el farruco; expresa al parlamentario que la última petición no está dentro del derecho de la guerra, y en cambio da ocasión a treguas que contrarían sus propósitos de atacar rudamente hasta lograr la rendición de la plaza; pero, al fin, accede a la demanda.

Dada su embajada, se entabla el siguiente diálogo entre el emisario carlista y los ayudantes de Jovellar:

—Deben ustedes tener un frío horrible estando al raso con tan mal tiempo —dice el carlista.

—Bastante —le contestan—. El agua está pesada; quiere sin duda desquitar a ustedes de la que les hemos cortado.

—Verdad; mejor les vendría el sol, aunque también aprieta.

—Las boinas deben de preservar poco del sol —observa otro de los edecanes.

—Muy poco; hacen caer el pelo —responde el carlista descubriendo una calva magna.

—Bien se conoce por la muestra, camarada.

—Es que estoy calvo de estudiar...

—Hermoso defecto; ¿y qué es usted?

—Soy veterinario.

Es decir, que un veterinario hacía de médico cirujano en Cantavieja. De todos modos, Jovellar dispuso que dos oficiales de Sanidad militar fueran con el enviado a la plaza, a entregar lo pedido.

El *intermezzo* es divertido. Acompañando a nuestro emisario, que está de vuelta, llegan a la puerta dos oficiales de Sanidad militar, y allí se les venda los ojos por pura fórmula; porque yo, que estoy entre la gente que les abre camino, observo que los tapados andan sin tropiezo y sortean sin lazarillos los obstáculos de las calles.

Llegados al hospital se les quitó la venda, y allí harían entrega del material, previo recibo: otra vana fórmula también que ha determinado el viaje de los sanitarios. Se les vuelve a vendar los ojos y se les acompaña afuera.

Durante la tregua, sitiados y sitiadores se asoman al descubierto, hablándose y preguntándose algunos por amigos y parientes. ¡Cosas de las guerras civiles! Lo más chusco es una voz que desde la muralla pide al general Esteban unos cigarros, de parte de Albarrán. Esteban, que es amigo particular del gobernador carlista, de cuando era éste coronel de Ejército, le manda algunas brevas de su petaca y un cajón de habanos de parte de Jovellar...

Tropiezo con mi veterano filósofo, comentamos el incidente, y me dice:

—Esto no sucedía en la guerra de los *siete años*. Tigres y leones se arañaban de firme y se hacían guerra sin cuartel. ¿Etiquetas entonces? Los recaditos entre Cabrera y Pardiñas eran para desafiarse cuerpo a cuerpo en el campo de batalla. Además, al que le toque el guante que se lo chante; ¿porque se gangrenen una pierna y un brazo vamos a descubrir al enemigo la vergüenza de

nuestros recursos, y, sobre todo, vamos a dejarle que nos espíe a sus anchas? ¡Caro vamos a pagar este parlamento!

El veterano fue zahorí. Arriada nuestra bandera blanca, el enemigo prosiguió el fuego con mayor intensidad que antes, y ocurrió un caso singular. Detrás de la puerta, abarrotada de vigas y tablones, acostumbraba reunirse un grupo de gente a la hora de la sombra, por creerlo el sitio más seguro. Formaba aquel lado ángulo recto con la muralla, y no le enfilaba ningún fuego. Era naturalmente imposible que por allí viniera una bala, como no fuera una bomba por elevación. Pues esta bomba vino, y con una precisión tan matemática, que cayó sobre el grupo que allí estaba descuidado; señal evidente que el aviso partió de los parlamentarios enemigos.

Resultaron varios heridos y dos muertos, entre estos el corneta de Villafranca, el *Inútil* de Dorregaray. Al pobre muchacho le llevaron a enterrar, dejándole el cornetín y la cruz que le dieron en Cantavieja. Un responso y una bendición fueron todas las exequias fúnebres del pequeño héroe. Yo asistí a su sepelio, y como estaba enterado de la historia del muchacho, me condolí de su suerte, reflexionando que estuvo a las duras y no a las maduras; es decir, en la arrebatía de bollos no atrapaba ninguno, y la muerte la hacía en él. ¡Triste sino de muchas criaturas!

Día 5.—Toda la noche hemos visto al gobernador taciturno recorriendo la muralla, enterándose de los boquetes que ha hecho la artillería.

Al toque de diana se nos hace ir formados a la iglesia, a que nos confesemos, señal cierta de que la catástrofe se avecina. Varios capellanes castrenses nos aguardaban en los confesonarios. Uno de ellos sube al púlpito y hace la aplicación de las doctrinas de Jesucristo, todas dulzura y mansedumbre, a los deberes militares, todo energía y bravura. La tropa escucha silenciosa aquellos conceptos, en que el matar y el morir por la causa, se sobreponen a los mandamientos de la ley de Dios. El *páter*, soldado, no puede sustraerse al recuerdo de sus campañas, y comunica a su plática piadosa algo sonoro y marcial como el tintineo de las espuelas.

La confesión es rápida. En los pecadillos mundanos se roza apenas. Los capellanes conocen muy bien en qué puede pecar un soldado; son indulgentes, y no incurren en la falta de pesadez. En campaña la absolución es colectiva y la bendición coge desde la punta de vanguardia hasta la extrema retaguardia. No es preciso llegar al tribunal de la penitencia; el buen cura se contenta con que se llegue a las posiciones del enemigo. Un breve responso al romper el fuego, cuando las balas preludian la sinfonía; una bendición de cabeza a cola de la columna, y ya lleva uno todos los requisitos y el pasaporte espiritual.

Y, sin embargo, ¡qué grandeza tiene ese perdón bajo la inmensa bóveda del cielo y en el mismo lugar donde se mezclan la muerte y el valor!

No se comulga porque, ni aun partiéndolas en cachos, hay sagradas formas para todos. Luego, a la salida del templo, tomamos la mañana con aguardiente con pólvora, que es un bota-fuego; y a la hora del rancho nos dan vino a discreción. Síntomas son todos estos de que vamos a entrar en el desenlace del sitio...

El enemigo reconcentra los fuegos de las baterías en la casa esquina a la muralla, y hace todo el día descargas por salvas para abrir la brecha que le indique el sitio del asalto; camino cuajado de peligros, estrecho y difícil, cobijado por las negras alas de la muerte, pero camino al fin. Nuestros ingenieros están alerta, y todos les ayudamos a formar barricadas con sacos de arena, piedras y vigas en punta.

Llega la noche y en el campo enemigo no se ven fogatas ni se oyen toques de banda. Nuestros oficiales recorren los puestos y encargan suma vigilancia, porque este silencio es sospechoso. Se refuerzan los puntos vulnerables, que son la muralla de los cinco pisos de aspilleras y el chaflán de la casa aportillada.

La chusma va armada hasta los dientes. Algunos no se fían de su bayoneta y fusil, y se ponen una navaja en los riñones, a estilo matancero. Yo me conformo con mi provisión de cartuchos, y aguardo los acontecimientos.

Hay algo que oprime el ánimo en esta clase de emboscadas. Afrontar el peligro, la muerte, aunque sea en campo abierto, es lance de la guerra que enardece; pero luchar en la oscuridad, clavado al boquete de una aspillera, siempre con el temor de que

el enemigo se cuele y le coja a uno entre la espada y la pared, es horripilante. Tales consideraciones se agravan en el asaltante; este ha de venir a pecho descubierto; avanzar entre una rociada de balas invisibles; llegar a la brecha, subir y después entrar, lo cual supone tres riesgos de muerte: ataque, escaló y asalto.

Sea como fuere, el vino con que se les hinchó todo el día, tenía a los defensores de Cantavieja convertidos en unos titanes, dispuestos a aplastar a cuantos asaltaran la plaza.

No tardó en llegar la prueba.

A esto de las ocho y media, en la oscuridad más completa, un cañoneo general y fuego de fusilería desde toda la línea, sobre la brecha, anunciaron la intención del enemigo; luego un punto de silencio y a poco sus cornetas que anuncian un falso ataque por el flanco derecho para desviar la atención de la columna asaltante, que silenciosa, sin disparar un tiro, avanzaba hacia la brecha.

Venía en dos fracciones. Brava, resuelta y decidida, adelantaba la primera, sufriendo con indiferencia estoica el chaparrón de balas que se les vino, cuando los de adentro se apercibieron del movimiento. Llegan al pie del codiciado paso; pero lo áspero de la rampa formada por los escombros, y los sacos y fuertes vigas colocadas en puntas, que obstruían la entrada, les hace comprender las dificultades de la empresa. No se arredran por esto; intentan montar la brecha, pero inútilmente; el vivo fuego del contrario desde la quintuple línea de aspilleras, no menos que las piedras y objetos inflamados que arroja, les obliga a retroceder, y a que entre de tanda la otra media columna, ya apresada a veinte pasos del muro.

Hay un momento de vacilación entre los defensores de la casa, que es el centro de aquel infierno; ya van a cejar, cuando aparece un hombre con una tea en la mano y les grita: —¡Cobardes! Aún no han entrado; ¿por qué huís? Todos se rehacen, forcejean con las bayonetas, y mientras unos arrojan camisas embreadas, otros con grandes piedras aplastan a los asaltantes.

De tan poca cosa dependió la salvación de dos mil vidas; si no es por esto, las tropas entran aquella noche en la plaza, y antes

de que se cumpliera el novenario de la muerte de mi gran amigo Morinchón, le iba yo hacer la visita de ultratumba...

El resto de la noche se pasó sosteniendo el fuego los defensores con las tropas replegadas en el arrabal, a la distancia de veinticinco metros.

Día 6.—Conjurado el peligro, cundió en la plaza la noticia de que los jefes superiores estaban reunidos en consejo, en los sótanos de la iglesia, discutiendo los términos de la capitulación. Comprendían, y comprendían bien, que Cantavieja no tenía condiciones de defensa, que nadie de afuera nos ayudaría y, sobre todo, que si de la primera habíamos librado, caeríamos a la segunda o a la tercera embestida.

Izose bandera de parlamento y el gobernador salió a conferenciar con el enemigo. Los soldados que se dejaban ver en las posiciones avanzadas ya no lanzaban chirigotas, sino que contemplaban las murallas con el religioso respeto que infunden el valor y la muerte que tras ellas se parapetaban. La capitulación se firmó sobre un cajón de municiones delante de una de las baterías de brecha. Acordada que fue, nos hizo saber nuestro jefe que cuantos, por una u otra causa, no quisieran entregarse, se fugaran como pudieran. A ninguno le pasó por las mientes hacerlo, porque para entonces no se habían inventado los aeroplanos, y ello equivalía a exponerse como palomas en campo de tiro; pero el famoso *Chepa*, que bien sabía que para él no había de haber cuartel, preparó la fuga.

De qué medios se valdría, ni qué camino tomó, no ha llegado a mí noticia; quizás como un íncubo volaría por las nubes en un palo de escoba, y nadie le vio. Ello es que se fugó, y dio la gran desazón al invasor cuando preguntó por él, para sentarle la mano; a bien que el Cuasimodo de Montalbán las pagó todas juntas, días después, cuando incorporado a las fuerzas de Madrazo fue sorprendido con estas, en su mismo pueblo, y fusilado como un facineroso.

Volvió a la plaza Albarrán, acompañando a Martínez Campos, seguido este de un solo ayudante. Con su eterna sonrisa, el general vencedor nos miraba a todos y por un momento creí que se fijaba en mí.

—Mi general—estuve por decirle, acordándome del episodio del *Raimundo Lulio*— sálveme usted.

Pero don Arsenio no me conoció sin duda, pasó de largo y haciéndose conducir a la cárcel, lo primero que hizo fue dar libertad a los prisioneros y rehenes de Cariñena y otros puntos.

Ido Martínez Campos, y hasta tanto se hacía la ocupación por el contrario, la intendencia echó la casa por la ventana, repartiendo a porrillo tabaco y alpargatas a los voluntarios. Algunos se amotinaron, pidiendo también el reparto de las pesetas; pero se les hizo saber que las cajas estaban vacías; no hay duda que lo estarían, después que entre cuatro o cinco las limpiaron. Las otras cosas sustanciosas de que estaban abarrotados los almacenes, incluso las ovejas, que en gran número quedaban, no hubo más remedio que dejarlas a disposición de la Administración militar del enemigo.

Una de las bases de la capitulación era que quedaban prisioneros toda la guarnición, los diputados a guerra y el personal afecto a la intendencia y parque; los jefes y oficiales, bajo palabra de honor, en libertad con residencia a elegir, y los individuos de tropa presos a los depósitos, hasta que les correspondiera ser canjeados, si la guerra continuaba.

Con esto, cada cual fue haciendo su petate para desalojar Cantavieja, y a eso del mediodía, comido el primer rancho por tirios y troyanos, un batallón de cazadores vino del campamento a la explanada frente a la puerta. A la voz de firme y tercién armas, las fuerzas sitiadas desfilaron ante él, a tambor batiente, a cuyo tiempo las baterías del cuartel general celebraron el triunfo con una salva de veintiún cañonazos.

Luego que los prisioneros hicimos pabellón de nuestras armas, nos arrearón en montón camino de Morella y Vinaroz. El vecindario de esta población nos recibió a naranjazos y pedradas, porque meses antes habían entrado allí los carlistas y cometido mil atrocidades. Recuerdo que nos gritaban: *¡Lladres de la religió!*, que una vieja me arañó en la cara y que un soldado me arrancó de aquella arpía.

Nos encerraron en la plaza de toros, donde abrevamos en las carricubas de regar el redondel, y enseguida a embarcar en tres vapores de guerra que nos estaban esperando.

Nos metieron en el sollado, como si fuéramos negros, y hasta llegar al *Grao* de Valencia no respiramos aire libre. Por fin, vinieron órdenes de Madrid de que se nos trasladara al castillo de la Mola, de Mahón, y en él estuve hasta que acabó la guerra y me dieron pasaporte.

Si algún día estoy de humor les contaré a ustedes los lances de este cautiverio, que también tienen su miga.

Y pues he llegado al fin de mi relación, séame lícito terminar con otra cita de aquel Cieza que puse en el comienzo:

«... mi escritura no se hace solamente para dar contento a los presentes, sino para satisfacer a los que han de nacer en el tiempo futuro; cuando las escrituras se hacen, muchas cosas los escritores dejan de poner por parecerles menudas; mas después, andando los tiempos se tienen por grandes, lo cual por mí mirado, en el curso de nuestra historia no busco estilo subido ni adornado de ornato, pues conozco mi facundia cuán poca es y mi mano ser muy escambrosa; pero a lo menos precieme de decir la verdad, con la cual satisfago bastante a mi honor allegándome a la sentencia de Tulio, que dice que para escribir no es menester orar, ni más que componer la escritura cierta y verdadera» (*Op. cit.*, cap. 137).

FIN

